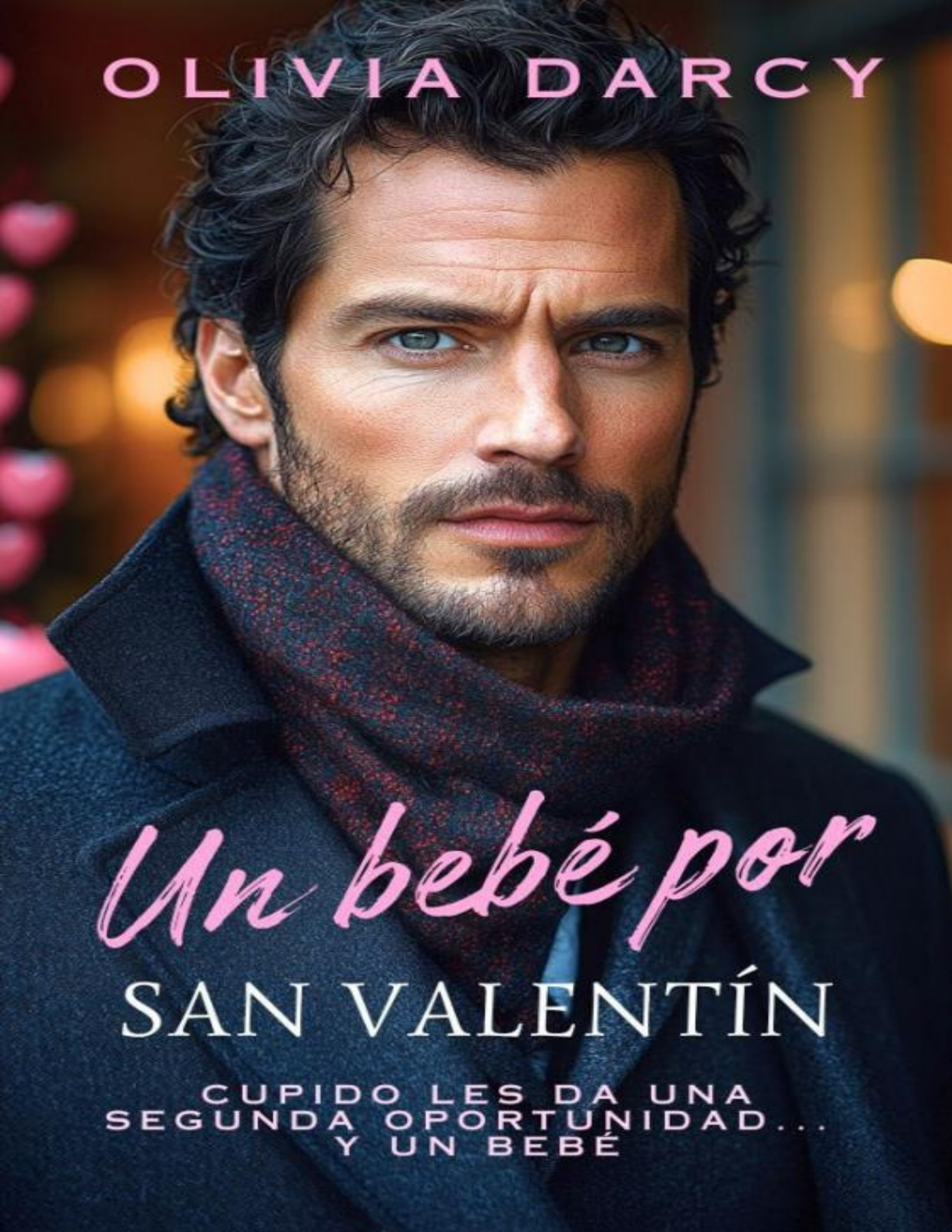
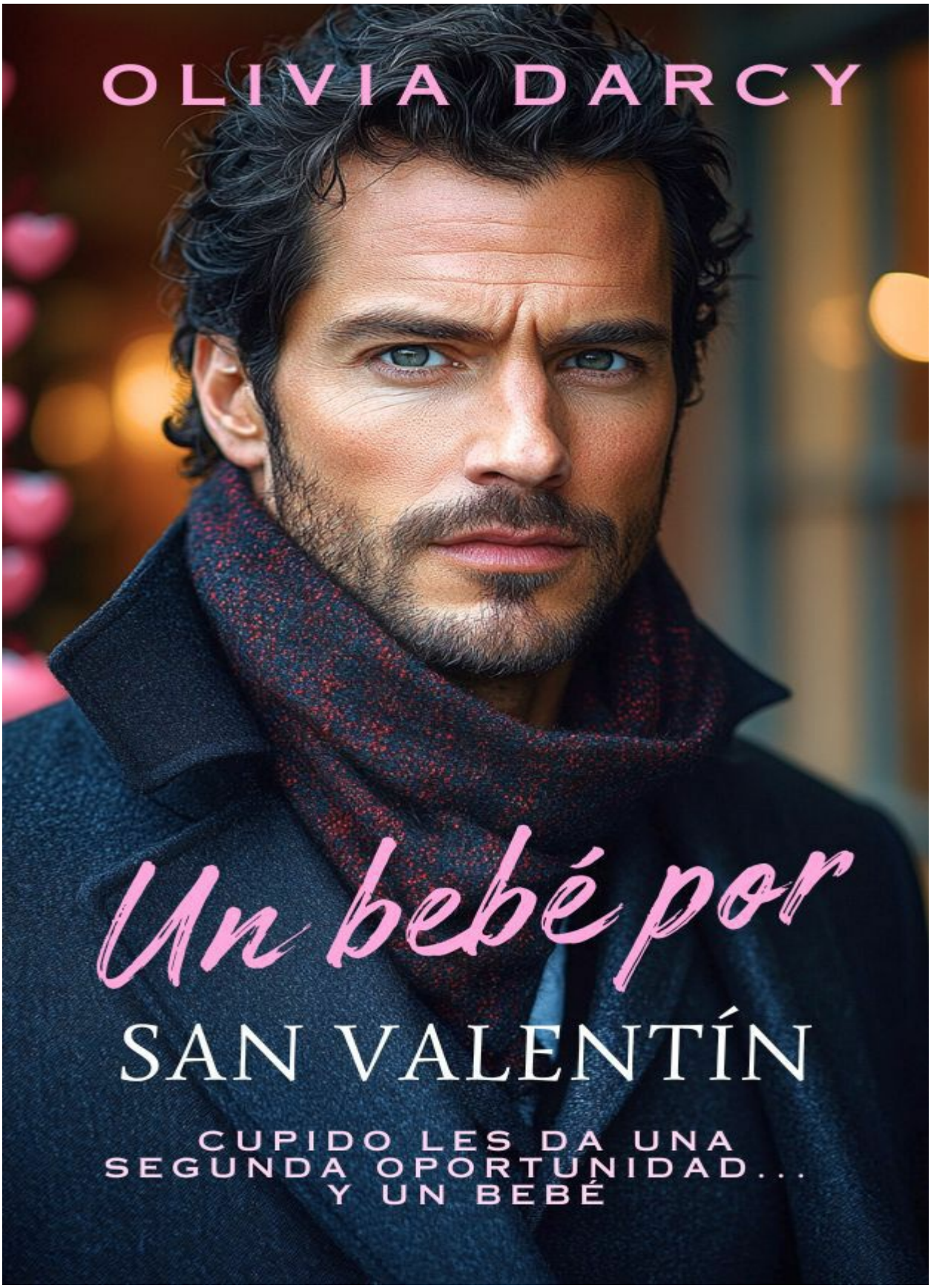

OLIVIA DARCY
Un bebé por
SAN VALENTÍN
CUPIDO LES DA UNA
SEGUNDA OPORTUNIDAD...
Y UN BEBÉ


OLIVIA DARCY
Un bebé por
SAN VALENTÍN
CUPIDO LES DA UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD...
Y UN BEBÉ

UN BEBÉ POR SAN VALENTÍN TENTACIÓN EJECUTIVA EN SAN VALENTÍN

LIBRO 1

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

Í

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me

siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa AQUI

PRÓLOGO

EMMA

Nueva York, 10 años atrás

El roce del raso azul contra mi piel me provoca un escalofrío mientras me observo en el espejo de cuerpo entero de mi habitación. O quizás son los nervios. O el recuerdo de cómo Marcus me invitó al baile hace apenas unas semanas.

Era un día lluvioso, de esos que tanto odio. Me había refugiado en la biblioteca durante el recreo, escondida entre las estanterías de la sección de clásicos ingleses. El lugar donde siempre me escondo cuando necesito paz.

—¿Jane Austen otra vez? —su voz grave me había sobresaltado tanto que el ejemplar de «Orgullo y Prejuicio» casi se me cae de las manos.

Marcus estaba allí, apoyado contra la estantería con esa pose despreocupada que hacía suspirar a media escuela. Alto, fuerte, con ese pelo negro siempre perfectamente despeinado y esos ojos azules que parecían atravesarte el alma.

—Algún día tendrás que contarme qué tiene de especial —había añadido, señalando el libro con un gesto de la barbilla.

—Quizás si lo leyeras... —respondí, abrazando el libro contra mi pecho como un escudo.

Una sonrisa torcida apareció en sus labios mientras se acercaba un paso más. Tan cerca que pude oler su perfume, una mezcla de sándalo y algo más que nunca he podido identificar.

—Tengo una idea mejor —murmuró—. ¿Por qué no me lo cuentas tú? ¿En el baile de graduación?

El recuerdo me arranca una sonrisa mientras Sarah ajusta las últimas horquillas en mi moño. A veces me pregunto si él sabe que conozco todos sus pequeños gestos de protección: las chocolatinas que aparecen en mi taquilla los días que me ve triste, cómo «casualmente» pasa por mi lado cuando Jason Thompson y su grupo de matones merodean cerca, o la forma en que siempre parece estar ahí cuando lo necesito, como una sombra silenciosa.

—¡Emma! —la voz de Sarah me devuelve al presente—. Como sigas moviéndote así voy a acabar pinchándote con todas las horquillas.

Me observo en el espejo y casi no me reconozco. El vestido azul celeste cae en suaves ondas hasta mis pies, el corsé ajustado realza una figura que no sabía que tenía, y Sarah ha conseguido domar mis rebeldes mechones castaños en un moño romántico del que escapan algunos rizos estratégicamente colocados.

—Estáis preciosas —susurra la señora Miller desde la puerta, con esa sonrisa maternal que

siempre usa—. Marcus y Tom van a quedarse sin palabras.

El solo escuchar su nombre hace que mi corazón se acelere. Miro el reloj: las siete y media. Solo treinta minutos más.

Sarah se coloca frente a mí con el estuche de maquillaje, su expresión tan seria como si fuera a realizar una operación a corazón abierto.

—Vale, ahora quieta. Y cuando digo quieta, es quieta de verdad — me amenaza con la brocha del colorete—. Vamos a hacer que ese chico se arrepienta de haber tardado tanto en invitarte a salir.

Cierro los ojos mientras Sarah hace su magia, y mi mente vuela a todas esas veces que he pillado a Marcus observándome en la cafetería, en clase, en la biblioteca... Siempre con esa intensidad en su mirada azul que me hace contener el aliento, siempre apartando la vista cuando lo descubro. Pero últimamente, sus ojos se detienen un segundo más, y juraría que he visto cómo su mandíbula se tensa cuando algún otro chico se me acerca.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Sarah con una sonrisa pícara—. Te has puesto roja.

—En nada —miento, pero el calor en mis mejillas me delata.

La verdad es que estoy pensando en sus manos. En cómo serán sus dedos largos y elegantes entrelazados con los míos, en cómo se sentirá su tacto en mi cintura durante el baile lento. Y quizás, solo quizás, en cómo será sentir sus labios sobre los míos al final de la noche.

—Ya, claro —Sarah ríe mientras aplica un toque de brillo en mis labios—. ¿Sabes? Tom me ha contado que Marcus ha estado preguntando si hay algún sitio bonito cerca del lago para ir después del baile.

Mi corazón da un vuelco. El lago es famoso entre las parejas del instituto. Dicen que, bajo la luz de la luna, con el reflejo del agua y rodeado de árboles... Me muerdo el labio, intentando contener una sonrisa que amenaza con partir mi cara en dos.

—¿Crees que él...? —ni siquiera me atrevo a terminar la pregunta.

—Emma Mitchell, ese chico lleva años mirándote como si fueras la única mujer del mundo — Sarah deja el pincel y me mira directamente—. La manera en que te protege, cómo siempre sabe cuándo necesitas uno de esos chocolates que finge no dejarte...

—Y cómo apareció de la nada cuando Jason intentó propasarse en la fiesta de Halloween — añade la madre de Sarah desde la puerta—. Menos mal que ese chico estaba allí.

Asiento, recordando esa noche. Cómo Marcus surgió de entre la gente como un ángel vengador, cómo su voz, normalmente suave, se convirtió en un gruñido amenazador. «Aléjate de ella», fue todo lo que dijo, pero Jason palideció y desapareció entre la multitud. Esa noche, Marcus me acompañó a casa, y aunque no dijo nada, su mano rozó la mía varias veces durante el camino.

El reloj marca las ocho menos cuarto. Sarah da los últimos toques a mi pelo mientras yo jugueteo nerviosa con el pequeño colgante que llevo al cuello, un regalo de mi madre. Esta noche todo va a cambiar. Lo sé. Lo siento en cada latido de mi corazón, en cada mariposa que revolotea en mi estómago.

—Vale, ya estás lista —Sarah da un paso atrás, admirando su obra —. Cuando Marcus te vea, se va a...

El timbre de la puerta la interrumpe y mi corazón se detiene por un segundo.

—¡Ya voy yo! —grita la señora Miller, y yo me quedo congelada frente al espejo, el corazón latiendo tan fuerte que temo que se escuche en toda la casa.

Pasos en la escalera. Murmullos. Pero no la voz grave que espero oír.

—Era el repartidor —dice la señora Miller al volver—. Tom ha encargado el ramillete para Sarah.

La decepción me golpea como una ola, pero intento sonreír. Claro. Solo era eso. Marcus llegará en cualquier momento.

Las ocho.

—Los chicos siempre llegan tarde —dice Sarah, pero noto que evita mirarme directamente—. Tom también lo hace siempre.

Las ocho y cuarto.

La señora Miller me trae un vaso de agua. Mis manos tiemblan tanto que casi lo derramo sobre el vestido.

—¿Y si le ha pasado algo? —susurro, mirando por enésima vez el móvil. Ningún mensaje. Ninguna llamada.

—Voy a llamar a Tom —Sarah sale de la habitación con el teléfono en la mano.

Las ocho y media.

El vestido que antes me hacía sentir como una princesa ahora pesa como una losa. El maquillaje perfecto empieza a emborronarse en las esquinas de mis ojos. Sarah vuelve, hablando en susurros con su madre.

—Tom dice que no sabe nada de él —me dice finalmente—. Ha llamado a su casa, pero nadie contesta.

Las nueve menos cuarto.

—Cariño —la señora Miller se sienta a mi lado en la cama—, ¿por qué no vais al baile? Quizás ha tenido algún problema y ha ido directamente allí.

Me aferro a esa posibilidad como un náufrago a un salvavidas. Sí, eso tiene que ser. Habrá tenido algún problema con el coche, o se le habrá estropeado el móvil. Marcus nunca me haría daño. No él.

El trayecto hasta el instituto es una tortura. Sarah no suelta mi mano en todo el camino, pero apenas siento su contacto. Solo puedo pensar en todas las veces que Marcus ha estado ahí para mí, en cómo sus ojos siempre me buscan en una habitación llena de gente, en cómo su sonrisa cambia cuando habla conmigo.

El gimnasio está irreconocible. Luces tenues, estrellas plateadas colgando del techo, música suave. Parejas bailando, riendo, viviendo su cuento de hadas particular.

Cada vez que se abre la puerta, mi corazón da un vuelco. Cada chico alto de pelo oscuro hace que contenga el aliento. Pero ninguno es él.

—Emma... —Sarah intenta llevarme a la pista de baile, pero niego con la cabeza.

—Solo un poco más —suplico—. Seguro que está a punto de llegar.

Pero la verdad es que nunca lo hace.

Me quedo hasta el último vals, viendo cómo las parejas abandonan la pista entre risas y besos. El vestido azul, que empezó la noche oliendo a sueños, ahora solo huele a promesas rotas.

Al final regreso a casa con el corazón roto, cuando se hace dolorosamente evidente que Marcus no va a venir.

El fin de semana pasa en un borrón.

Cuando llega el lunes, su taquilla ya está vacía. Nadie sabe decirme qué ha pasado con Marcus Walker. Mi sombra protectora, mi primer amor, que se ha esfumado de mi vida tan silenciosamente como entró en ella, llevándose consigo mis sueños de princesa y mi corazón de cristal.

La noche del baile aprendí que a veces las personas simplemente... se desvanecen, y nunca vuelves a saber nada de ellas.

CAPÍTULO 1

EMMA

La campana de la puerta tintinea mientras organizo la nueva remesa de novelas románticas. Jane Austen, las Brontë, clásicos seguros. Nada de segundas oportunidades ni amores que se redimen. Mi librería, mis reglas.

—¡Buenos días, cariño! —la voz de Claire resuena por toda la tienda—. Traigo café, donuts y el último cotilleo de Nueva York.

Levanto la vista para ver a mi mejor amiga sortear las pilas de libros con la gracia de una bailarina, equilibrando dos vasos de Starbucks y una revista bajo el brazo. Su traje sastre impecable y su manicura perfecta contrastan con mi jersey de talla grande y mis vaqueros gastados.

—Por favor, dime que es un café doble —murmuro, alcanzando mi salvación matutina.

—Triple —bromea ella con una sonrisa—. Lo vas a necesitar cuando veas esto.

Deja caer la revista sobre el mostrador. El rostro sonriente de James Richardson, el portavoz de Walker Enterprises, ocupa la portada. «El imperio en la sombra», reza el titular. «James Richardson habla en exclusiva sobre el misterioso Marcus Walker y la revolución tecnológica que está cambiando Nueva York.»

Mi estómago da un vuelco al leer su nombre.

—¿No has tenido suficiente con llenar mi móvil de artículos sobre él? —intento que mi voz suene despreocupada mientras aparto la revista, pero mis dedos se demoran un segundo de más en la portada.

—Emma... —Claire se sienta en el mostrador, ignorando mi mirada de reproche—. Walker Enterprises acaba de conseguir el contrato de seguridad más importante de la ciudad. Están en todas partes: bancos, edificios gubernamentales, sistemas de vigilancia...

—Fascinante —murmuro, volviendo a mis libros—. ¿Algo más?

—Sí. Nadie ha visto al gran Marcus Walker en persona desde hace años. Ni fotos, ni entrevistas... —Claire baja la voz como si compartiera un secreto de estado—. Es como un fantasma dirigiendo un imperio desde las sombras.

Un fantasma. Casi me río. Para el mundo quizás, pero para mí... Para mí es el chico de ojos azules que me miraba por encima de «Orgullo y Prejuicio» en la biblioteca del instituto. El que dejaba chocolatinas en mi taquilla los días que me veía triste. Mi primer amor. El que desapareció sin dejar rastro la noche del baile.

—Emma... —Claire me toca el brazo suavemente. Me he quedado demasiado tiempo mirando

la nada—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —miento, como llevo mintiendo diez años—. Es solo... una historia antigua. Pasada, ya lo sabes —añado, como si repetirlo muchas veces fuese a hacer que me lo creyese yo también.

Claire asiente, pero veo la preocupación en sus ojos. Nos conocemos desde la universidad, desde que me encontró llorando en la biblioteca sobre una copia gastada de «Orgullo y Prejuicio». Nunca le he contado toda la historia, solo que Marcus me rompió el corazón. Que desapareció. Que a veces, incluso ahora, me despierto pensando en él.

—Sabes que podemos hablar de...

El tintineo de la campana nos interrumpe. Una clienta entra, salvándome de esta conversación. Claire suspira, recogiendo su café.

—Cena esta noche en casa —no es una pregunta—. Abriré una botella de vino y hablaremos de Marcus Walker.

—Claire...

—No acepto un no por respuesta —se dirige hacia la puerta, sus tacones marcando un ritmo perfecto contra el suelo de madera—. ¡Ah! Y dile a ese profesor de literatura que te invitó a salir que sí, por el amor de Dios. Han pasado diez años, cariño.

La campana vuelve a sonar cuando sale, dejándome sola con mis pensamientos y una revista que no quiero leer pero que sé que acabaré devorando en cuanto cierre la librería.

La clienta se pierde entre las estanterías y yo vuelvo al mostrador, donde la revista parece burlarse de mí. Debería tirarla. O al menos guardarla en el cajón con todas las demás noticias sobre Walker Enterprises que he ido coleccionando en secreto durante años.

Pero mis dedos ya están acariciando la portada. James Richardson sonríe a la cámara con ese encanto despreocupado que tanto le gusta a la prensa. «El rostro público del hombre invisible», dice el subtítulo. Paso las páginas hasta encontrar el artículo principal.

«Marcus Walker ha revolucionado el concepto de seguridad en Nueva York», leo. «Sus sistemas son prácticamente infalibles, como si pudiera anticipar cada movimiento, cada amenaza. 'Marcus tiene un don', explica James Richardson. 'Ve patrones donde otros solo ven caos. Es como si pudiera leer la mente de las personas, predecir sus acciones antes de que ocurran.»

Casi puedo oír mi propia risa amarga. ¿Predecir acciones? ¿Leer mentes? Entonces debería haber sabido exactamente cuánto me destrozaría su desaparición. Cuántas noches pasaría esperando una explicación que nunca llegó. Cuántas veces revisaría ese último día buscando señales que no vi.

Mis ojos se detienen en una foto borrosa: una figura oscura entrando en un edificio, el rostro oculto de las cámaras. «La única imagen captada del enigmático CEO en los últimos años», reza

el pie de foto.

¿Eres tú, Marcus? ¿Te escondes del mundo como te escondiste de mí? ¿O es solo otra sombra más, como las que dejaste en mi vida?

La clienta se acerca al mostrador con un libro y me obligo a sonreír, a ser la librera eficiente que todos conocen. Pero mientras proceso la venta, mi mente sigue en esa figura borrosa, en los mil porqués que nunca obtuvieron respuesta.

¿Qué pasó aquella noche, Marcus? ¿Por qué el chico que me protegía de todo acabó siendo quien más daño me hizo?

Cuando la clienta se va, vuelvo a mirar el artículo. «Un imperio construido desde cero», «El millonario más cotizado y misterioso de Nueva York» «El genio detrás de la seguridad moderna»...

Títulos grandilocuentes para alguien que ni siquiera tuvo el valor de decir adiós.

Cierro la revista de golpe y la guardo en el cajón, junto a todas las demás. Junto a todas las preguntas sin respuesta, junto a todos los «y si...» que me he preguntado durante diez años.

Pero mientras cierro el cajón, sé que esta noche, como tantas otras, sacaré el artículo y buscaré en cada palabra, en cada imagen borrosa, alguna pista de qué pasó con el chico que me robó el corazón y nunca lo devolvió.

Y lo odiaré un poco más por seguir importándome después de tanto tiempo.

CAPÍTULO 2

MARCUS

El reflejo en la ventana de mi despacho me devuelve la misma imagen de siempre: traje oscuro hecho a medida, corbata perfectamente anudada, expresión impasible. El imperio de cristal y acero que he construido se extiende bajo mis pies, cuarenta pisos de poder y control absoluto.

El dolor en la pierna me recuerda que llevo demasiado tiempo de pie. Lo ignoro, como ignoro tantas cosas.

—¿Se puede saber qué llevas puesto?

James Richardson acaba de irrumpir en mi despacho, con esa familiaridad irritante que solo le permito a él. Lleva gafas de sol. En el interior. A las once de la mañana.

—Buenos días a ti también, rayito de sol —se deja caer en uno de mis sillones de cuero italiano, ignorando mi mirada de reproche—. Y esto —señala las gafas—, es lo que pasa cuando sales a vivir la vida en vez de quedarte encerrado en tu torre de marfil.

Vuelvo a mi escritorio, cada movimiento medido y controlado. El ligero cojeo apenas perceptible.

—La reunión con los inversores era a las nueve, no entiendo que hayas trasnochado.

—La reunión fue perfecta —sonríe, aflojándose la corbata con un gesto que me hace rechinar los dientes—. Firmaron todo. La celebración de después... quizás se nos fue un poco de las manos.

—Eres increíblemente infantil.

—Y tú necesitas relajarte, Marcus. No todo en la vida es control y perfección —se quita las gafas, revelando unas ojeras impresionantes—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo espontáneo?

Hace diez años. La última vez que perdí el control, todo se fue al infierno.

—¿Has revisado los informes del nuevo sistema de seguridad? — cambio de tema, ignorando su pregunta.

James suspira dramáticamente.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué eres el soltero más cotizado de Nueva York y aun así nadie te ha visto en una cita en... nunca?

—No todos necesitamos aparecer en la sección de sociedad cada semana.

—No, tú prefieres ser el gran misterio de Manhattan —se levanta para servirse un café de mi máquina italiana—. El enigmático Marcus Walker, el millonario invisible... ¿sabes que hay teorías sobre ti en internet? Mi favorita es que en realidad eres un robot.

El intercomunicador interrumpe su perorata.

«Señor Walker, su cita de las once y media está aquí.»

Me tenso imperceptiblemente. James no puede estar aquí para esto.

—Fuera —mi voz no admite discusión.

—¿Perdón? —James arquea una ceja con esa expresión que usa cuando cree que está siendo particularmente gracioso—. ¿Me estás echando de tu despacho?

—Reunión privada.

—Siempre tan comunicativo —se levanta con un suspiro teatral, la taza de café a medio terminar—. ¿Sabes? Algún día tendrás que confiar en alguien.

Si supieras, viejo amigo. Si supieras.

—¿Has revisado los contratos para el nuevo sistema del banco central? —pregunto, ignorando deliberadamente su comentario.

—Por supuesto. También he preparado la presentación para la junta, reorganizado el departamento de desarrollo y salvado tres gatitos de un árbol —hace una pausa junto a la puerta —. Ah, y todo eso con una resaca monumental. Deberías estar impresionado.

Lo estoy, aunque nunca lo admitiré. James es brillante bajo esa fachada de playboy despreocupado. Es por eso que lo contraté. Es por eso que es el único que puede hablarme así.

—Que te diviertas, señor misterioso —añade antes de salir, su sonrisa dejando claro que sabe exactamente lo mucho que odio ese apodo.

Espero a que la puerta se cierre. Cuento mentalmente: uno, dos, tres... El tiempo exacto que tarda James en llegar al ascensor. Solo entonces activo el sistema de seguridad desde mi tablet.

Las persianas blindadas descienden silenciosamente, sumiendo el despacho en una penumbra controlada. Los paneles de madera tras mi escritorio se deslizan, revelando una pared de monitores. Cada movimiento está cronometrado, cada detalle calculado.

Control. Todo se reduce a control.

—Adelante —mi voz suena diferente en la penumbra del despacho, más fría, más controlada.

El detective Stevens entra con esa discreción que lo hace tan valioso. Es un hombre que podría estar en una habitación durante horas sin que nadie notara su presencia. Cabello castaño indefinido, altura media, rostro olvidable. El tipo de persona que la gente mira a través, nunca

directamente.

Perfecto para su trabajo.

—Señor Walker —coloca una carpeta sobre mi escritorio con movimientos precisos—. El informe semanal.

No la abro inmediatamente. Es un ritual, este momento de anticipación. Como cada semana, mis dedos rozan el borde de la carpeta mientras mi mente repasa todo lo que podría contener. Todo lo que necesito saber. Todo lo que no debería querer saber.

—¿Alguna novedad? —pregunto, manteniendo mi voz deliberadamente neutra.

—El profesor de literatura —Stevens hace una pausa, estudiando mi reacción—. Ha vuelto a la librería. Tres veces esta semana.

Mis dedos se tensan sobre la carpeta, pero mi rostro no traiciona nada.

—¿Y?

—Le ha pedido salir. Otra vez —Stevens se aclara la garganta—. La señorita Mitchell lo rechazó, como siempre.

Algo oscuro y primitivo en mi interior se relaja. Algo que no debería sentir, que no tengo derecho a sentir.

—¿Algo más?

—Su rutina habitual no ha variado —Stevens recita con precisión militar—. Abre la librería a las nueve. Desayuna en la cafetería de la esquina: café doble y un scone de arándanos. Los martes y jueves almuerza con la señorita Price. Los domingos...

—Los informes detallados están en la carpeta —lo interrumpo. No necesito que me diga lo que ya sé, lo que me sé de memoria. Cada detalle de su vida está catalogado y archivado en mi mente.

Stevens asiente, entendiendo que nuestra charla ha llegado a su fin. Se dirige hacia la puerta con la misma discreción con la que entró, pero se detiene un momento.

—Señor Walker...

—¿Sí?

—Hay algo más —duda, algo raro en él—. La vi leyendo una revista esta mañana. Estaba leyendo un artículo sobre usted.

Todo mi cuerpo se congela. Trato de no reaccionar mientras el detective abandona el lugar para que no se dé cuenta de lo mucho que me afecta lo que acaba de decirme.

Me quedo solo en la penumbra del despacho, la carpeta abierta frente a mí. Las fotografías están organizadas cronológicamente, cada una con fecha y hora exacta. Emma entre las estanterías de su librería. Emma con su taza de té en la cafetería. Emma sonriendo a un cliente.

Emma leyendo el artículo sobre mí.

En esta última foto, sus dedos acarician la página de la revista, y por un momento me permito imaginar que es mi rostro el que toca, no el de James. Pero sé que si viera mis cicatrices... si supiera en qué me he convertido...

Cierro la carpeta de golpe. No puedo permitirme estos momentos de debilidad. No cuando he construido todo esto para mantenerla a salvo. Para protegerla. Para asegurarme de que nunca sufra daño alguno.

Incluso si ese daño viene de mí mismo.

Me levanto, ignorando el dolor familiar en la pierna, y me acerco a los monitores. Docenas de cámaras muestran diferentes ángulos de su librería, de las calles que recorre cada día. Sistemas de última generación que rastrean cada movimiento, que anticipan cualquier amenaza.

Las mismas cámaras que también tengo en mi habitación en casa.

Todo un imperio de seguridad construido alrededor de una única persona.

«Obsesivo», me llamaría James si lo supiera. Pero él no entiende. Nadie entiende que esto no es una elección. Es una necesidad, tan vital como respirar.

Porque hace diez años le fallé. La abandoné sin poder darle una explicación y no puedo regresar a ella.

Nunca más.

El teléfono suena, devolviéndome al presente. La junta directiva espera, los contratos necesitan revisión, el mundo sigue girando. Me ajusto la corbata, compruebo que las sombras oculten el lado derecho de mi rostro, y presiono el botón que hace desaparecer los monitores tras los paneles de madera.

Vuelvo a ser Marcus Walker, el CEO, el hombre invisible, el misterio de Manhattan.

Pero en la oscuridad de mi despacho, las imágenes de Emma siguen brillando en mi mente como estrellas inalcanzables.

Y me pregunto cuánto tiempo más podré mantener estas dos vidas separadas antes de que todo se derrumbe.

CAPÍTULO 3

EMMA

El tintineo de la campana me hace levantar la vista del libro de cuentas. Mi estómago se contrae al ver al señor Peterson, puntual como un reloj suizo el primer martes de cada mes. Lleva el mismo traje gris de siempre, las mismas gafas redondas, la misma carpeta de cuero gastado bajo el brazo.

—Buenos días, señorita Mitchell —su voz suena como papel de lija.

—Buenos días —cierro el libro de cuentas intentando que no note cómo mis dedos tiemblan ligeramente. Los números no mienten: este mes ha sido flojo.

El señor Peterson pasea su mirada por la librería mientras se acerca al mostrador, deteniéndose en cada detalle como si lo catalogara mentalmente. Sus ojos se detienen en la nueva grieta del techo, esa que intento ignorar cada mañana.

—Bonita decoración —comenta, señalando los nuevos cojines del rincón de lectura. Los encontré en una tienda de segunda mano, perfectos para las tardes de cuentacuentos de los sábados—. Aunque este sitio necesita algunas reparaciones urgentes.

—El techo es solo cosmético —miento—. Ya sabe cómo son los edificios antiguos.

Asiente sin realmente escucharme, ocupado en sacar papeles de su carpeta. El aroma a cuero viejo y colonia barata invade mi espacio mientras ordena los documentos con una precisión casi dolorosa.

—Señorita Mitchell —se aclara la garganta—, como sabe, el contrato inicial de arrendamiento está a punto de...

La campanilla vuelve a sonar y una cliente entra, dirigiéndose directamente a la sección de novela romántica. El señor Peterson frunce el ceño ante la interrupción.

—¿Podríamos hablar en privado?

Asiento, guiándolo hacia la pequeña oficina tras el mostrador. Es apenas un cubículo con espacio para un escritorio y dos sillas, pero es mi santuario. Las paredes están cubiertas de pósters vintage de primeras ediciones, y sobre el escritorio descansa la vieja máquina de escribir de mi madre, un recordatorio constante de mis sueños postergados.

El señor Peterson se sienta con rigidez en una de las sillas de madera, colocando su carpeta sobre mi escritorio con una precisión inquietante. Siempre me ha recordado a uno de esos personajes de Dickens, todo ángulos afilados y severidad victoriana.

—Como le decía... —saca un sobre y lo desliza hacia mí con un movimiento estudiado—. El contrato inicial está llegando a su fin.

Mis dedos rozan el papel, pero no lo abro. Aún no. Hay algo en su tono que me hace querer retrasar este momento lo máximo posible.

—El local está en una ubicación privilegiada, señorita Mitchell — continúa, limpiando sus gafas con un pañuelo inmaculado—. El mercado inmobiliario ha cambiado mucho en estos cinco años. Los precios en el West Village se han disparado.

Mi mirada se desvía hacia la ventana de la oficina, desde donde puedo ver el rincón de lectura. Una niña acaba de sentarse en el sillón verde, un ejemplar gastado de «El jardín secreto» en su regazo. Su madre está en la sección de novela histórica, hojeando un libro con esa sonrisa que tanto me gusta ver en mis clientes.

—El alquiler actual esta… —el señor Peterson se aclara la garganta, reclamando mi atención —, significativamente por debajo del valor de mercado.

Finalmente, abro el sobre. La cifra que veo hace que mi estómago dé un vuelco.

—¿Una subida de un treinta por ciento? —mi voz suena pequeña incluso para mis propios oídos.

—Siendo honestos, señorita Mitchell —se inclina hacia adelante, sus gafas brillando bajo la luz fluorescente—, deberíamos estar hablando de una subida mucho mayor. Este local, en pleno West Village... Es un milagro que consiguiera el contrato inicial a ese precio.

Un milagro. Eso es lo que pensé hace cinco años cuando encontré este lugar. Era perfecto: el edificio histórico, los ventanales, la ubicación... Demasiado perfecto para mi presupuesto. Pero entonces, de alguna manera, el propietario anterior aceptó un alquiler ridículamente bajo.

—El contrato... —empiezo, pero él me interrumpe.

—El contrato inicial vence en un mes —su tono no admite discusión—. La nueva tarifa entrará en vigor entonces. Por supuesto, si no puede asumir la subida...

Deja la frase en el aire, pero el mensaje es claro. Hay una lista de espera de personas dispuestas a pagar el triple por este local. Personas con más recursos. Personas que no venderían cuentos y sueños por unos céntimos de beneficio.

La niña del sillón verde ha encontrado la sección donde Frances descubre el jardín secreto. Lo sé porque sus ojos se han iluminado de esa manera especial que solo los libros consiguen. Su madre sigue entre las estanterías, ahora con tres novelas en los brazos.

Intento concentrarme en eso, en los pequeños momentos que hacen que todo valga la pena, pero los números en el papel me devuelven a la realidad.

—Necesito tiempo para... —mi voz se apaga cuando el señor Peterson levanta una mano.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos, señorita Mitchell — se ajusta las gafas con ese gesto suyo que me recuerda a un profesor a punto de dar una reprimenda—. Tengo otras ofertas.

Franquicias interesadas. Gente con... planes más rentables.

Planes más rentables. Como si los libros, los sueños, la magia que ocurre entre estas paredes pudiera medirse en dólares y centavos.

—¿Cuánto? —pregunto, y odio cómo tiembla mi voz—. ¿Cuánto están ofreciendo los otros?

Su sonrisa es casi compasiva. Casi.

—El triple, como mínimo —se inclina hacia atrás en la silla, que cruje bajo su peso—. Una cafetería de moda, creo. De esas con wifi gratis y bebidas con nombres impronunciables.

Mi mirada recorre la oficina: los pósters enmarcados, la máquina de escribir de mamá, las pilas de libros por catalogar. Cinco años de mi vida entre estas paredes. Cinco años construyendo no solo una librería, sino un hogar.

—Podría hablar con mis padres... —las palabras saben amargas en mi boca.

—Por supuesto —asiente él, pero su tono sugiere que ya sabe cómo terminará esa conversación—. Tiene un mes para decidir. O para encontrar... alternativas.

La forma en que dice «alternativas» hace que se me erice la piel. Como si supiera algo que yo no sé. Como si este fuera un juego cuyas reglas desconozco.

—Piénselo bien, señorita Mitchell —el señor Peterson se levanta, alisando arrugas invisibles de su traje—. Una mujer joven como usted... debería considerar opciones más... prácticas.

La campanilla de la entrada vuelve a sonar. A través de la ventana de la oficina, veo a la niña y su madre acercándose al mostrador principal.

—Si me disculpa —murmuro, levantándome—. Tengo clientes.

Se va como llegó, con pasos medidos y esa aura de inevitabilidad que siempre lo rodea. Lo observo salir mientras me dirijo al mostrador, donde la pequeña abraza «El jardín secreto» como si fuera el mayor tesoro del mundo. Que lo es.

—¿Te gusta el libro? —pregunto a la niña, intentando que mi voz no revele la conversación anterior. Sus ojos brillan mientras asiente con entusiasmo.

—¡Es perfecto! —exclama—. ¿Sabías que hay un jardín secreto de verdad?

Sonrío mientras paso el libro por la caja registradora, envolviendo cada movimiento en esa pequeña ceremonia que reservo para las primeras lecturas especiales: el marca páginas de regalo, la bolsa de papel con el logo de la librería, ese momento de complicidad con un nuevo lector.

Y por un instante, mientras la niña salta de emoción con su nuevo tesoro, me permito imaginar este espacio convertido en otra cafetería genérica, con sus paredes desnudas de historias y sus mesas llenas de ordenadores portátiles.

No. No puedo permitirlo.

Pero mientras veo salir a madre e hija, la campanilla tintineando una vez más, y guardo el sobre en el cajón junto a las facturas pendientes y los recordatorios de pagos, una pregunta se repite en mi mente: ¿tengo realmente otra opción?

El timbre de la puerta vuelve a sonar mientras reorganizo la sección de clásicos. Me giro, preparando mi mejor sonrisa de librera, pero se congela en mis labios cuando veo quién es.

—¡Emma! —David Morgan avanza entre las estanterías con esa confianza típica de profesor universitario—. Sabía que te encontraría aquí.

Por supuesto que lo sabía. Estoy siempre aquí. Es mi librería.

—David... —intento mantener un tono profesional mientras coloco la última edición de «Cumbres Borrascosas» en su sitio—. ¿Buscas algún libro en particular?

Se apoya en la estantería, bloqueando sutilmente mi vía de escape. Lleva el mismo tipo de chaqueta de tweed con coderas que usan todos los profesores de literatura, pero en él parece más un disfraz que un uniforme. Demasiado estudiado, como su sonrisa.

—En realidad, venía a por un café —se pasa una mano por el pelo castaño en un gesto que seguramente vuelve locas a sus alumnas—. Acaban de abrir una cafetería nueva a dos calles. Dicen que tienen el mejor chai latte de Manhattan.

—Qué bien —respondo vagamente, intentando escabullirme hacia el mostrador—. Espero que lo disfrutes.

—Emma —su mano toca mi brazo, deteniendo mi huida—. Venía a invitarte. A ti.

Me tenso bajo su contacto y él lo nota, porque retira la mano inmediatamente. Al menos tiene ese tipo de sensibilidad.

—David, ya hemos hablado de esto...

—Como colegas —añade rápidamente—. Solo dos amantes de la literatura compartiendo una taza de té. He traído un artículo sobre la influencia de las hermanas Brontë en la literatura contemporánea que creo que te encantará.

Por supuesto que lo ha traído. David siempre tiene una excusa literaria bajo la manga, siempre encuentra una razón para aparecer en mi librería, para intentar una conversación que vaya más allá de lo profesional.

—Tengo mucho trabajo —señalo hacia el mostrador, donde una pila de libros nuevos espera ser catalogada—. Quizás otro día.

—Emma...

—De verdad, David. Hoy no.

Algo en mi tono debe convencerlo porque, por una vez, no insiste. Se despide con una sonrisa que pretende ser encantadora y la promesa de volver otro día. La campanilla suena una vez más y me quedo sola, rodeada de historias ajenas.

Su invitación resuena en mi mente, y no puedo evitar pensar en otra invitación, hace diez años, en la biblioteca del instituto. «¿Por qué no me lo cuentas tú? ¿En el baile de graduación?»

Marcus también fingía interés por Jane Austen entonces. Pero había algo diferente en la forma en que sostenía los libros, en cómo sus ojos azules recorrían las páginas como si realmente quisiera entender qué veía yo en ellas. Como si quisiera entenderme a mí.

Sacudo la cabeza, intentando alejar el recuerdo. Es ridículo que después de tanto tiempo, después de leer artículos sobre el imperio que ha construido, una parte de mí aún se pregunte si aceptaría un café con él. Si después de diez años, sus ojos seguirían teniendo ese poder de hacerme olvidar todo lo demás.

Mis ojos se desvían hacia la máquina de escribir de mamá, testigo silencioso de sueños aplazados. La limpio cada semana, como un ritual, pero hace meses que no paso una hoja en blanco por su rodillo. ¿Cuándo fue la última vez que escribí algo más que facturas y pedidos?

Me acerco y paso los dedos por las teclas, sintiendo su relieve familiar. En algún lugar de mi apartamento hay una caja llena de borradores a medio terminar, historias que empecé con el entusiasmo de quien cree que tiene algo que contar. Ahora apenas recuerdo de qué trataban.

«Algún día», me digo siempre. Algún día, cuando la librería sea más estable. Cuando tenga más tiempo. Cuando la vida deje de ponerse en medio.

Pero los «algún día» se han ido acumulando como el polvo en las esquinas, y aquí estoy, vendiendo los sueños de otros mientras los míos duermen en una caja olvidada.

La campanilla de la puerta me devuelve a la realidad. Otro cliente. Otra venta. Otra historia que no es la mía.

¿En qué momento dejé de ser la protagonista de mi propia historia para convertirme en una simple espectadora?

CAPÍTULO 4

MARCUS

La luz se filtra entre los edificios del West Village, creando sombras perfectas para ocultarse. Para observar. Para proteger.

Debería estar en la oficina. Debería dejar que Stevens haga su trabajo. Pero hoy... hoy necesitaba verla yo mismo. Solo por un momento. Solo para asegurarme.

Emma está reorganizando la sección de clásicos, y algo se retuerce en mi interior al ver cómo sus dedos acarician el lomo de «Cumbres Borrascosas» con esa delicadeza que siempre ha tenido con los libros. La misma delicadeza con la que solía pasar las páginas en la biblioteca del instituto, cuando yo fingía estudiar mientras la observaba por encima de mis propios libros.

Lleva el pelo recogido en ese moño descuidado que se le forma cuando está concentrada, con mechones rebeldes enmarcando su rostro. El sol que se cuela por los ventanales de la librería la baña en una luz dorada, y por un momento... por un momento parece que nada ha cambiado. Que sigo siendo aquel chico que soñaba con besarla entre las estanterías.

Me tenso instantáneamente cuando veo acercase a la librería a David Morgan. Lo reconocería en cualquier parte: chaqueta con coderas, pelo castaño cuidadosamente despeinado, esa sonrisa que pretende ser encantadora. Treinta y dos años. Profesor asociado de Literatura en Columbia. Divorciado. Sin hijos. Demasiadas visitas a una librería para alguien que tiene acceso a la biblioteca universitaria.

Lo observo avanzar entre las estanterías hacia Emma, y cada paso que da hace que mis dedos se cierren en un puño. La forma en que la mira... como si tuviera algún derecho. Como si ella fuera algo que puede poseer.

Sus dedos rozan el brazo de Emma y algo primitivo ruge en mi interior. La sangre me hierve en las venas mientras veo cómo invade su espacio, cómo la acorrala sutilmente contra la estantería.

Un paso. Es todo lo que necesitaría. Un paso y podría entrar, podría arrancar esa mano presumida de su brazo, podría enseñarle lo que significa el verdadero miedo. Mis músculos se tensan, preparados para moverse.

Pero entonces Emma se gira ligeramente, y la luz da de lleno en el escaparate, convirtiendo el cristal en un espejo. La imagen que me devuelve me paraliza: un hombre en las sombras, con cicatrices que deforman la mitad de su rostro como un mapa de pesadillas.

El aire se congela en mis pulmones mientras imagino ese mismo horror reflejado en los ojos de Emma. La forma en que su sonrisa se congelaría, cómo retrocedería instintivamente. He visto esa reacción cientos de veces: en socios comerciales, en empleados, incluso en mi propia madre la primera vez que me vio después del accidente.

Pero en ella... en ella no podría soportarlo.

Retrocedo más profundo en las sombras, donde pertenezco, mientras observo cómo Emma rechaza amablemente su invitación. El alivio que siento es casi doloroso. Pero la forma en que él insiste, cómo se inclina hacia ella ignorando su incomodidad...

Mi teléfono vibra en el bolsillo. El agente inmobiliario espera. Por un momento considero cancelar la reunión, quedarme aquí hasta asegurarme de que ese profesor entienda que sus atenciones no son bienvenidas. Pero Emma parece tener la situación bajo control, y yo... yo tengo otros medios para protegerla.

El trayecto hasta el despacho del agente inmobiliario es corto, pero suficiente para que mi furia se asiente en algo más frío, más controlado. Más peligroso.

El señor Peterson palidece visiblemente cuando entro en su oficina. Es un espacio pequeño y descuidado, con papeles apilados en cada superficie y un ventilador que hace más ruido que aire. El tipo de lugar que me recuerda por qué trabajo tan duro para mantener a Emma en un entorno mejor.

—Señor Walker —se levanta tan rápido que tira algunos papeles —. No... no le esperaba tan pronto.

Por supuesto que no. La gente como él prefiere no verme en persona. Es más fácil olvidar quién firma realmente sus cheques cuando no tienen que enfrentarse a mis cicatrices.

—Siéntese —mi voz suena engañosamente suave.

Se hunde en su silla como si sus piernas hubieran dejado de funcionar. Sus ojos hacen ese baile familiar: intentando mirarme sin realmente mirarme, saltando de un punto a otro de mi rostro antes de fijarse en algún punto sobre mi hombro.

—Ha estado usted causando problemas, Peterson.

—¿Problemas? Yo... —se afloja el cuello de la camisa—. No entiendo...

Saco un sobre de mi maletín y lo deslizo sobre su escritorio. Es una copia exacta del que le entregó a Emma.

—¿Treinta por ciento? —cada palabra gotea hielo—. ¿En qué universo creyó que esto era aceptable?

—El mercado... los precios en el West Village... —se interrumpe cuando me inclino hacia adelante, la luz fluorescente revelando completamente el lado derecho de mi rostro.

El horror en sus ojos alimenta algo oscuro dentro de mí. Si así reacciona ante unas cicatrices, ¿qué haría si supiera lo que realmente soy capaz de hacer?

—Señor Peterson —mi voz es apenas un susurro—. ¿Con quién cree que tiene realmente el

contrato de arrendamiento?

—Yo... yo no sabía que usted... —sus ojos siguen evitando mi rostro, fijos en la esquina de su escritorio donde la madera está astillada.

—¿Que yo qué, Peterson? —me inclino más cerca, observando cómo las gotas de sudor se forman en su frente—. ¿Que soy el propietario real? ¿O que me tomo muy en serio que nadie, absolutamente nadie, perturbe la paz de la señorita Mitchell?

Se remueve en su silla, que cruje bajo su peso. El ventilador sigue haciendo ese ruido infernal, como un zumbido que se mete bajo la piel. Me recuerda a las noches en el hospital, al pitido constante de las máquinas mientras me recuperaba.

—Señor Walker, le aseguro que no era mi intención...

—¿Asustarla? —mi voz es engañosamente suave—. ¿Presionarla? ¿Hacerle creer que podría perder todo por lo que ha trabajado?

El silencio que sigue a mis palabras es denso, casi tangible. A través de la ventana sucia de su despacho, puedo ver el edificio donde está la librería de Emma. Donde ahora mismo ella estará entre sus libros, probablemente preocupada por un futuro que yo nunca permitiré que se tambalee.

—El contrato se mantendrá como está —no es una sugerencia—. De hecho, redactará uno nuevo. Diez años, mismas condiciones.

—¿Diez...? Pero señor Walker, el mercado...

—El mercado no me importa —lo interrumpo—. Lo que me importa es que la señorita Mitchell pueda dormir tranquila sabiendo que su librería está segura. ¿Lo entiende?

Asiente frenéticamente. Sus dedos tiemblan mientras busca un papel limpio, probablemente para tomar notas.

—Y Peterson... —espero hasta que levanta la mirada—. Si vuelve a causarle un momento de preocupación, si vuelve siquiera a mencionar una subida de alquiler... —dejo que mis ojos se fijen en la foto de su familia sobre el escritorio—. Digamos que hay otros administradores de propiedades en Nueva York.

El mensaje está claro. Se hunde más en su silla, como si quisiera desaparecer en ella.

—Para mañana quiero el nuevo contrato sobre mi escritorio —me levanto, ajustando mi corbata—. Y Peterson... ni una palabra sobre mi implicación. Jamás.

Salgo de su despacho sin esperar respuesta. El aire de la calle me golpea, llevándose parte de la tensión acumulada. Pero no toda. No mientras recuerdo las manos de ese profesor sobre Emma, la forma en que invadió su espacio.

Mi teléfono vibra. James.

«La dirección que pediste. ¿Necesitas respaldo?»

Sonrío mientras leo el mensaje. James, siempre tan eficiente. Siempre sabiendo exactamente lo que necesito sin necesidad de preguntar.

«No. Esta visita es personal.»

Guardo el teléfono y me dirijo hacia mi coche. El profesor Morgan necesita entender que hay líneas que no se cruzan. Que cuando una mujer dice «no», significa no.

Y yo... yo necesito recordar que, aunque no pueda ser su príncipe, puedo seguir siendo su sombra protectora.

Aunque ella nunca lo sepa.

CAPÍTULO 5

EMMA

El vestíbulo del edificio huele a limón y a café recién hecho, como siempre a esta hora. El señor García, nuestro portero, levanta la vista de su crucigrama en cuanto me oye entrar. Su sonrisa, cálida y familiar después de cinco años, me recibe antes que sus palabras.

—Señorita Mitchell —deja el bolígrafo sobre el mostrador y se inclina bajo el escritorio—. Han llegado esta tarde.

Ya sé lo que viene. Es un ritual que se repite cada martes desde que me mudé aquí: el crujido del papel de seda, el aroma dulce que impregna el aire, la sensación de que algo mágico está a punto de suceder.

El ramo es siempre el mismo: rosas blancas con un toque de lavanda. Perfectamente arregladas, como si alguien supiera exactamente cómo me gustan. Nunca demasiado elaboradas, nunca pretenciosas. Solo... perfectas.

—Gracias —murmuro mientras mis dedos rozan los pétalos suaves. Están fríos por el agua, y algunas gotas salpican mi muñeca.

—¿Sigue sin tarjeta? —pregunta el señor García, aunque ya sabe la respuesta. Es parte de nuestro pequeño ritual semanal.

Niego con la cabeza, sonriendo. Nunca hay tarjeta. Nunca hay una pista. Solo estas flores que aparecen puntualmente, como recordándome que todavía existen misterios en el mundo.

El ascensor suena con su «ding» característico mientras subo al tercer piso. El ramo descansa contra mi pecho, y su aroma me envuelve en una burbuja de nostalgia. Por un momento, me permito imaginar quién podría enviarlas. ¿Un admirador secreto? ¿Un ángel guardián? ¿O quizás...?

No. No voy a permitir que mi mente vaya por ese camino. No esta noche. No puedo permitirme pensar en Marcus.

Las llaves tintinean mientras abro la puerta de casa. El aroma a ajo y romero me da la bienvenida; Claire debe estar cocinando.

Desde la cocina llega el sonido de música suave y el repiqueteo de sartenes.

—¿Eso que huelo es tu famoso pollo al limón? —pregunto mientras me descalzo, dejando los zapatos junto a la puerta. El parqué está fresco bajo mis pies cansados.

—¡Emma! —Claire asoma la cabeza desde la cocina, el delantal protegiendo su impecable traje de diseñador—. Llegas justo a tiempo para... —sus ojos se fijan en el ramo—. Ah, es martes.

Hay algo en su tono, esa mezcla de curiosidad y preocupación que siempre aparece con las flores. Me dirijo al aparador donde guardo el jarrón de cristal que uso cada semana. Es un ritual más: llenar el jarrón con agua fresca, cortar los tallos en diagonal, añadir el sobre de conservante.

—Ni siquiera lo intentes —le advierto mientras arreglo las flores. Una gota de agua resbala por mi muñeca—. No quiero teorías esta noche.

—No iba a decir nada —protesta ella, volviendo a la cocina—. Aunque...

—Claire.

—Vale, vale —el sonido de algo friéndose llena el silencio—. Pero tienes que admitir que es romántico. Cinco años, Emma. Cinco años de flores perfectas.

Mis dedos se detienen sobre un pétalo especialmente suave. Tiene razón, por supuesto. Las flores siempre llegan los martes o en los momentos importantes: después de un día difícil, cuando las ventas han sido malas, cuando la nostalgia amenaza con consumirme.

Como si alguien supiera. Como si alguien vigilara.

Como si...

—El vino está en la nevera —la voz de Claire interrumpe mis pensamientos—. ¿Podrías...?

—Claro —agradezco la distracción.

La botella está perfectamente fría, como siempre. Claire es así: precisa, organizada, perfecta hasta en los detalles más pequeños. Sirvo dos copas mientras ella termina con la cena, observando cómo el líquido dorado captura la luz de la tarde que se cuela por las ventanas.

—¿Un día duro? —pregunta mientras coloca dos platos en la isla de la cocina.

Pienso en el sobre del señor Peterson, en David y su invitación, en el artículo sobre Marcus que aún pesa en mi bolso como una piedra.

—Algo así.

Claire me estudia por encima de su copa de vino. La conozco lo suficiente para saber que está eligiendo cuidadosamente sus siguientes palabras.

—¿Tiene algo que ver con el profesor de literatura? —pregunta finalmente.

Suspiro, hundiendo el tenedor en el pollo. El aroma a limón y hierbas llena el espacio entre nosotras.

—David apareció de nuevo —admito—. Con otro artículo sobre las hermanas Brontë y una invitación a café.

—¿Y?

—Y nada —el vino está delicioso cuando tomo un sorbo—. Le dije que no, como siempre.

Claire deja los cubiertos sobre el plato con esa precisión que pone en todo lo que hace. Incluso con el delantal de cocina puesto, mantiene esa elegancia que la caracteriza.

—Emma... —empieza, y reconozco ese tono. Es el mismo que usa cuando intenta convencer a una novia indecisa sobre un vestido—. David es guapo, inteligente, comparte tu pasión por los libros...

—No es... —me interrumpo, buscando las palabras correctas—. No es eso.

—¿Entonces qué es? —su voz se suaviza—. Han pasado diez años, cariño.

Diez años. A veces parece una eternidad, y otras... otras parece que fue ayer cuando estaba en la biblioteca del instituto, con el corazón latiendo tan fuerte que pensaba que todos podían oírlo, mientras Marcus me invitaba al baile fingiendo interés en Jane Austen.

—No puedo explicarlo —murmuro, jugando con la comida en mi plato—. Cuando David habla de literatura, cuando intenta impresionarme con sus conocimientos... suena falso. Como si estuviera recitando un guion.

—¿Y tu chico misterioso no sonaba falso? —pregunta suavemente —. Cuando fingía interés en tus libros...

—No —la palabra sale antes de que pueda detenerla—. Él... era diferente.

Claire espera, dándome espacio para continuar. El sonido de la ciudad llega amortiguado a través de las ventanas, creando un telón de fondo para mis recuerdos.

—Cuando Marcus sostenía un libro, lo hacía como si realmente quisiera entenderlo. Como si quisiera entender por qué me importaba tanto —una sonrisa triste se dibuja en mis labios—. A veces lo pillaba leyendo los mismos libros que yo había leído, con notas en los márgenes... preguntas, observaciones. Como si estuviera intentando ver el mundo a través de mis ojos.

El silencio que sigue a mis palabras está cargado de todas las cosas que nunca he dicho en voz alta. De todos los «y si...» que he guardado durante una década.

—Emma... —Claire estira su mano sobre la isla de la cocina, sus dedos rozando los míos—. No todos los hombres son como Marcus Walker.

—Lo sé —aprieto su mano brevemente antes de soltarla—. Ese es exactamente el problema.

Más tarde, en la soledad de mi habitación, observo las flores junto a la ventana. La luz de la luna las hace brillar con un aura casi mágica, como si guardaran todos los secretos que no me atrevo a descubrir.

Me pongo el pijama de algodón gastado, ese que Claire siempre amenaza con tirar y reemplazar por algo más «apropiado para una mujer de negocios». Pero hay algo reconfortante

en su suavidad familiar, en cómo huele a mi detergente de lavanda y a tardes de domingo con un libro.

La cama está fría cuando me deslizo entre las sábanas. Desde aquí puedo ver el reflejo de las luces de la ciudad en mi ejemplar gastado de «Orgullo y Prejuicio» sobre la mesita de noche. Lo tomo casi sin pensarlo, mis dedos encontrando automáticamente la página donde el lomo está más quebrado.

Pero esta noche las palabras se mezclan y se desdibujan. En lugar de a Elizabeth y Darcy, veo a una chica con un vestido azul celeste, esperando. Veo a un chico de ojos intensos fingiendo que Jane Austen le interesa solo para pasar más tiempo en la biblioteca.

Cierro el libro de golpe, pero las imágenes persisten.

¿Cómo sería mi vida si Marcus hubiera aparecido aquella noche? ¿Tendríamos una casa llena de libros? ¿Un jardín con rosas blancas como las que ahora decoran mi ventana? ¿Habría niños con sus ojos azules correteando entre las estanterías de la librería?

Me giro en la cama, enterrando la cara en la almohada. Es patético. Diez años y aún puedo recordar exactamente cómo sonaba su risa, cómo sus ojos brillaban cuando me pillaba mirándolo en clase, cómo su mano rozaba «accidentalmente» la mía cuando me pasaba los libros.

Lo odio. Lo odio por abandonarme sin una explicación, por convertirse en un imperio sin rostro, por aparecer en artículos que me niego a dejar de leer. Lo odio por hacer que cada hombre que conozco parezca una mala copia, un borrador incompleto de algo que quizás solo existió en mi imaginación.

Pero más que nada, me odio a mí misma. Por seguir preguntándome. Por seguir esperando. Por ese pequeño tirón en el corazón cada vez que suena la campanilla de la librería, como si una parte de mí aún creyera que un día será él quien entre.

Me incorporo, frustrada, y enciendo la lámpara de la mesilla. El resplandor ahuyenta los fantasmas, pero no los recuerdos. Nunca los recuerdos.

Mi mano se estira hacia el cajón donde guardo los recortes de periódicos y revistas. Los artículos sobre Walker Enterprises. Sobre él. No debería, no esta noche, no cuando ya estoy tan vulnerable, pero...

El último artículo está arriba del todo. Su empresa, su éxito, su misterio. Ni una sola foto reciente. Como si se hubiera convertido en una sombra, en un nombre sin rostro.

¿Te acuerdas de mí, Marcus? ¿Te acuerdas de la chica que creía en cuentos de hadas? ¿O soy solo otro recuerdo que dejaste atrás en tu camino hacia la cima?

MARCUS

Las pantallas cubren la pared de mi cuarto secreto, bañando la habitación en una luz azulada. En una de ellas, Emma se incorpora en su cama, encendiendo la lámpara de su mesilla. El

movimiento es tan familiar que casi puedo predecirlo: ahora estirará la mano hacia el cajón, sacará los recortes de prensa...

Tomo un sorbo de whisky, el mismo Macallan de 25 años que siempre bebo en estas noches. Es un ritual, como tantos otros que he construido alrededor de ella. Como las flores de los martes. Como estas vigilias nocturnas.

La observo acariciar el artículo más reciente sobre Walker Enterprises. Si supiera que cada entrevista, cada foto borrosa, cada mención en la prensa... todo está cuidadosamente orquestado. Todo forma parte de un elaborado baile: lo suficientemente presente para que sepa que estoy vivo, lo bastante distante para mantener el misterio.

Para mantener las cicatrices en las sombras.

El hielo tintinea contra el cristal cuando dejo el vaso sobre el escritorio. En otra pantalla, Claire se asoma brevemente a la habitación de Emma para desearle buenas noches. La luz del pasillo dibuja sombras en la alfombra por un momento antes de que la puerta se cierre.

Me he aprendido de memoria cada detalle de su rutina nocturna. La forma en que siempre deja un vaso de agua en la mesilla. Cómo dobla la esquina de la página que está leyendo, aunque tiene media docena de marcapáginas. El modo en que se enrolla en las mantas cuando hace frío, como si intentara construir un refugio contra el mundo.

Esta noche parece especialmente inquieta. La veo dar vueltas en la cama, el artículo aún en sus manos. ¿Está buscando pistas en él? ¿Intentando encontrar algo de mí entre las líneas de tinta?

Si supiera que cada palabra fue elegida pensando en ella...

Mis dedos rozan inconscientemente la cicatriz que parte mi mejilla. El cristal del vaso me devuelve un reflejo distorsionado: medio rostro en sombras, medio rostro en ruinas. Como mi vida. Como todo lo que soy.

—Tan cerca y tan lejos —murmuro, viendo cómo Emma finalmente apaga la luz.

Sería tan fácil... Un paseo en coche, un ascensor, tres pisos, una puerta. Eso es todo lo que nos separa. Podría cruzar esa distancia en un tiempo récord. Podría explicarle todo: la noche del baile, los años de silencio, las flores, la protección constante...

Pero entonces recuerdo la forma en que el casero se estremeció hoy al ver mi rostro. La manera en que incluso James, que me conoce mejor que nadie, a veces desvía la mirada cuando la luz es demasiado directa. El horror en los ojos de mi propia madre la primera vez que me vio después del accidente.

No. No puedo hacerle eso a Emma. No puedo manchar sus recuerdos con esta realidad. En su mente sigo siendo el chico del instituto. Es mejor así. Mejor ser un fantasma en sus sueños que un monstruo en su realidad.

CAPÍTULO 6

EMMA

Me incorporo cuando termino de colocar los últimos corazones de papel en el escaparate. San Valentín. La librería está decorada con guirnaldas rojas y rosas, y he preparado una sección especial de novelas románticas para la tarde. Claire me ha ayudado a organizar un pequeño evento de lectura, con chocolate caliente y galletas en forma de corazón.

«El amor está en las páginas, reza el cartel que he colgado esta mañana. Irónico, considerando que mi propia vida romántica es tan inexistente como las posibilidades de que cierto CEO aparezca de repente en mi puerta.

El tintineo de la campana me hace girarme hacia la entrada. Mi estómago da un vuelco al ver al señor Peterson... ¿Otra vez? Apenas ha pasado tiempo desde su última visita, desde que amenazó con subirme el alquiler.

Entra con su habitual traje gris y su carpeta de cuero gastado, pero hay algo diferente en él. La arrogancia ha desaparecido, reemplazada por algo que parece... ¿miedo?

—Buenos días, señorita Mitchell —su voz suena más aguda de lo normal mientras se acerca al mostrador.

—Señor Peterson —respondo—. No le esperaba tan pronto.

De hecho, no le esperaba en absoluto. El señor Peterson nunca hace visitas consecutivas. En cinco años, sus apariciones se han limitado al primer martes de cada mes, como un reloj suizo programado para recordarme mi precaria situación.

Coloca su carpeta sobre el mostrador con movimientos casi ceremoniosos, diferentes a su habitual eficiencia brusca. El aroma a cuero viejo y su colonia barata invade mi espacio mientras saca unos documentos. Sus manos tiemblan ligeramente. ¿El señor Peterson, temblando?

—Tengo... —se aclara la garganta—. Tengo buenas noticias.

Arqueo una ceja, escéptica. ¿Buenas noticias? ¿Del mismo hombre que prácticamente me amenazó con dejarme sin librería?

—El propietario ha decidido... —vuelve a aclararse la garganta, sus ojos evitando los míos—. Es decir, hemos revisado su contrato y...

—¿Sí? —le animo a continuar, notando cómo sus ojos saltan nerviosamente por la librería, como si temiera que alguien más estuviera escuchando.

—Queremos ofrecerle una renovación. Diez años, con las mismas condiciones.

—¿Diez años? —repito, incapaz de ocultar mi incredulidad—. ¿Las mismas condiciones que

quería aumentar un treinta por ciento?

Sus ojos siguen evitando los míos, fijos ahora en la estantería de novedades como si los últimos bestsellers fueran lo más interesante del mundo.

—A veces... las circunstancias cambian —murmura, deslizando los documentos hacia mí con manos temblorosas—. Solo necesita firmar aquí y aquí. Cuanto antes mejor.

Hay algo extraño en todo esto. El señor Peterson que conozco jamás ofrecería un contrato así, y desde luego no estaría tan ansioso por cerrar el trato. Pero antes de que pueda indagar más, El teléfono de la librería suena, interrumpiendo mis pensamientos sobre el extraño comportamiento del señor Peterson.

—Once Upon a Page, buenos días.

—¿Señorita Mitchell? —una voz masculina, grave y profesional—. Soy Robert Collins, de Collins & Associates. ¿Es un buen momento para hablar? Es sobre Thomas y Sarah Miller.

El corazón da un vuelco. Tom y Sarah. La pareja perfecta del instituto. No los he visto desde su boda, hace... ¿cuánto? ¿Cuatro años?

—¿Ha... ha pasado algo? —pregunto, aunque algo en su tono me dice que no quiero saber la respuesta.

Hay una pausa al otro lado de la línea. De esas pausas que preceden a las malas noticias.

—Lamento informarle que los señores Miller fallecieron anoche en un accidente de coche.

El mundo se detiene por un momento. Las palabras flotan en el aire como fragmentos inconexos: «accidente», «instantáneo», «sin sufrir». Me apoyo en el mostrador, las piernas repentinamente débiles.

—Señorita Mitchell... —hay una pausa incómoda al otro lado de la línea—. Sé que es mucho pedir, pero necesitaría que viniera ahora mismo a mi despacho. Hay... hay una menor en situación de desamparo.

—¿Una menor? —mi voz tiembla.

—Preferiría discutir los detalles en persona. ¿Podría estar aquí en media hora?

Miro alrededor de la librería vacía, los acontecimientos de la mañana dando vueltas en mi cabeza: el extraño comportamiento del señor Peterson, esta llamada, Tom y Sarah...

—Por supuesto —respondo, ya buscando las llaves del local. mi voz suena lejana, como si perteneciera a otra persona—. Estaré allí.

Anoto mecánicamente la dirección que me dicta. El papel tiembla ligeramente bajo mi bolígrafo.

Cuando cuelgo el teléfono, el silencio de la librería parece más pesado que nunca. Tom y Sarah. Muertos. Los recuerdos me golpean sin aviso: Sarah prestándome sus apuntes de química, Tom nervioso antes de pedirle salir, los cuatro en la cafetería del instituto...

Los cuatro. Sarah, Tom, yo y... Marcus.

No. No voy a pensar en él. No ahora.

Pero no puedo cortar los recuerdos que me asaltan. Sarah y su risa contagiosa, Tom y su manera de mirarla como si fuera la única persona en el mundo. La última vez que los vi fue en su boda, radiantes y perfectos como siempre lo habían sido.

Miro los corazones de papel que decoran la librería con una punzada de dolor. San Valentín. El día que se supone que celebra el amor se ha convertido en el día que me informan de la muerte de la pareja más enamorada que he conocido. El destino tiene un sentido del humor retorcido.

Ni siquiera registro cómo me despido del señor Peterson o cómo cierro la librería. Lo siguiente de lo que soy consciente es de que me he montado en un taxi que avanza entre el tráfico de media mañana. A través de la ventanilla, Nueva York parece diferente, como si la noticia hubiera teñido la ciudad de gris. O quizás son las nubes que se acumulan sobre los rascacielos, prometiendo lluvia.

—¿Está bien, señorita? —pregunta el taxista, mirándome por el retrovisor.

No, no lo estoy. ¿Cómo podría estarlo? Pero asiento de todas formas, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos.

Mi mente vuelve a la última vez que los vi. Su boda fue como ellos: perfecta. Sarah, resplandeciente en su vestido blanco; Tom, nervioso y emocionado. Bailaron su primer baile al son de «At Last», y todos comentamos lo apropiada que era la canción para la pareja del instituto que siempre supo que estaban destinados el uno al otro.

El taxi se detiene frente a un edificio de oficinas en el centro. Elegante, discreto, con ese aire de dinero antiguo que caracteriza a ciertos rincones de Manhattan. Pago distraídamente, apenas registrando el cambio que el taxista me devuelve.

El vestíbulo es todo mármol y madera pulida. Mis pasos resuenan en el suelo mientras me dirijo al ascensor, el sonido rebotando en las paredes como un eco de mi corazón acelerado.

Planta 15. El bufete ocupa todo el piso. «Collins & Associates» reza una placa dorada en la pared. Empujo la puerta de cristal esmerilado, entrando en una recepción decorada con el mismo gusto sobrio y caro que el vestíbulo.

—¿Señorita Mitchell? —la recepcionista me sonríe con esa mezcla perfecta de profesionalidad y condolencia—. El señor Collins la está esperando.

Me guía por un pasillo flanqueado por cuadros de paisajes en tonos suaves. El aire huele a

cuero y a café recién hecho, ese aroma característico de las oficinas donde se toman decisiones importantes. Donde las vidas cambian.

La oficina del bufete es exactamente como esperaba: madera oscura, cuadros antiguos, ese aire de solemnidad que parece flotar en el ambiente...

El señor Collins, un hombre de mediana edad con gafas de montura fina, se levanta para recibirme. Hay algo en su manera de moverse, en cómo sus ojos evitan mantener el contacto visual demasiado tiempo, que me dice que esto no es una simple lectura de un testamento.

—Señorita Mitchell —me indica un sillón de cuero frente a su escritorio—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Agua? ¿Café?

Niego con la cabeza. Mi garganta está demasiado cerrada para tragar nada.

A través de una puerta entreabierta, escucho un suave arrullo. Un bebé. El sonido hace que algo se retuerza en mi interior. ¿El bebé de Tom y Sarah? ¿Cuántos meses tendrá? Ni siquiera sabía...

—Por favor, siéntese —el señor Collins cierra la puerta, aislándonos del sonido—. Lo que voy a decirle... bueno, es algo delicado.

Se sienta tras su escritorio, sacando una carpeta marcada con el apellido «Miller». El ruido del papel al pasar me parece extrañamente fuerte en el silencio de la oficina.

—Thomas y Sarah la nombraron en su testamento —comienza, ajustándose las gafas con un gesto que parece ensayado—. Como tutora legal de su hija Sophie.

El aire abandona mis pulmones de golpe. Las palabras flotan en el aire, pero no tienen sentido. No pueden tener sentido.

—¿Qué?

Mi voz suena pequeña, perdida. Como me siento.

—Junto con otro tutor —continúa, y algo en su tono me hace tensarme—. Los Miller fueron muy específicos sobre esto. La custodia compartida entre dos personas de su máxima confianza.

El mundo parece girar demasiado rápido. ¿Tutora? ¿Custodia compartida? Las palabras se mezclan en mi cabeza mientras intento procesarlas.

—No... no entiendo —logro articular—. ¿Por qué yo? Hace años que no...

—Los Miller no explicaron sus razones, supongo que pensaron que tenían tiempo —interrumpe suavemente, sacando un sobre de la carpeta—. Pero preferiría esperar a que llegue el otro tutor para...

—¿Quién...? —empiezo a preguntar, pero él levanta una mano, deteniéndome.

—El otro tutor viene de camino —hay algo en su manera de evitar mis ojos que me inquieta —. Creo que... creo que es mejor que hablemos todos juntos.

El llanto del bebé... de Sophie, me recuerdo, se filtra a través de la puerta cerrada. Sophie Miller. La hija de mis antiguos amigos. La niña que, aparentemente, está a punto de convertirse en mi responsabilidad.

¿En qué estaban pensando Tom y Sarah? ¿Y quién es ese otro tutor que el señor Collins parece tan reacio a nombrar?

MARCUS

Dos horas antes

El café humea en mi escritorio mientras reviso los informes de seguridad junto a James. La luz de la mañana se filtra a través de los cristales tintados de mi despacho cuando mi teléfono privado suena.

Muy pocas personas tienen este número.

La pantalla muestra un número desconocido. Interesante.

—Walker —mi voz es cortante, precisa. La voz que uso para los negocios.

—¿Señor Walker? Soy Robert Collins, de Collins & Associates — hay una breve pausa—. Es sobre Thomas y Sarah Miller.

Mis dedos se tensan imperceptiblemente sobre el teléfono. Tom y Sarah. La pareja perfecta del instituto. Los únicos que intentaron mantener el contacto después de... después del accidente. A los que he ayudado económicamente tantas veces. Es una pena que no pueda verlos en persona.

—¿Qué quiere? —mantengo el tono frío, controlado. Es más fácil así.

—Lamento informarle que fallecieron anoche en un accidente de coche.

No reacciono inmediatamente. He aprendido a procesar las emociones antes de mostrarlas. A filtrarlas. A controlarlas.

Joder. No me puedo creer que hayan muerto.

—¿Y esto me concierne porque...? —mi voz suena incluso más dura de lo habitual, no quiero hablar con un extraño después de enterarme de algo tan jodido.

—Señor Walker, necesito que venga a mi despacho inmediatamente —hay una urgencia en su tono que no encaja con una simple notificación de fallecimiento—. Hay asuntos que requieren su presencia.

—No. Para eso están los abogados —me levanto, acercándome al ventanal. La ciudad se extiende bajo mis pies como un tablero de ajedrez—. Envíe los documentos a mi departamento

legal.

—Me temo que esto es diferente —insiste Collins—. Se trata de...

—No me interesa.

—Señor Walker —la voz de Collins tiembla ligeramente—. Hay una menor en situación de desamparo.

Mi mano se tensa sobre el teléfono. Imágenes no deseadas destellan en mi mente: un niño en un hospital, vendas manchadas de sangre, el silencio ensordecedor después de que sus padres se fueran.

—La niña no tiene a nadie más —continúa Collins, su voz suave pero urgente—. Sus abuelos paternos fallecieron hace años, los maternos viven en el extranjero y son demasiado mayores. No hay hermanos, ni tíos...

Cierro los ojos. El dolor en mis cicatrices se intensifica, como siempre que los recuerdos amenazan con emerger.

James se ha sentado en el sofá de cuero, fingiendo jugar con su teléfono mientras me observa con atención. Es lo suficientemente inteligente para mantenerse en silencio, para dejarme procesar esto a mi manera.

—¿Por qué yo? —mi voz suena más áspera de lo habitual.

—Los Miller fueron muy específicos en su testamento, confiaban en usted —hay una pausa, el sonido de papeles moviéndose—. Señor Walker, sé que es mucho pedir, pero necesito que venga personalmente. Hay... hay detalles que debo discutir en privado.

Algo en su tono, en la urgencia contenida de sus palabras, me dice que hay más. Mucho más.

—Estaré allí en una hora.

Cuelgo antes de que pueda responder. El silencio del despacho solo es interrumpido por el zumbido suave del aire acondicionado.

—¿Marcus? —la voz de James es cautelosa—. ¿Está todo bien?

No respondo inmediatamente. Mi reflejo en el cristal tintado me devuelve la mirada: medio rostro en sombras, medio rostro marcado por cicatrices que cuentan una historia que preferiría olvidar.

—Necesito el expediente completo de Thomas y Sarah Miller —mi voz recupera su tono profesional—. Todo: finanzas, propiedades, contactos. Y quiero un informe detallado sobre ese bufete, Collins & Associates.

James asiente, ya tecleando en su teléfono. No pregunta por qué. Es una de las razones por las que confío en él.

—¿Vas a ir? —pregunta finalmente, mientras me ajusto la corbata.

Una niña sin padres. Sin familia. Como yo, pero diferente. Ella tiene una oportunidad de que las cosas sean distintas.

—Sí —respondo, cogiendo mi abrigo—. Voy a ir.

El trayecto en el Bentley es silencioso. James conduce, lanzándome miradas ocasionales que pretendo no notar. Las calles de Manhattan pasan como una película en blanco y negro a través de los cristales tintados.

Una niña sin padres.

Los recuerdos se filtran sin permiso: noches interminables esperando a que alguien llegara a casa, la nevera vacía excepto por cerveza rancia, el sonido de peleas que intentaba ahogar estudiando. La trabajadora social que venía a veces, con su carpeta llena de informes que nunca llevaban a nada. «Todo estará bien, cariño». Como si las palabras pudieran arreglar años de negligencia.

El coche se detiene frente a un edificio de oficinas en el centro. Elegante, discreto. El tipo de lugar donde las vidas cambian con la firma de un documento.

—¿Quieres que suba contigo? —pregunta James, su tono cuidadosamente neutral.

—No —mi voz no admite discusión—. Espera aquí.

El vestíbulo es todo mármol y madera pulida. Mis pasos resuenan con precisión militar mientras me dirijo al ascensor privado. El guardia de seguridad evita mirarme directamente, como hacen todos. Es más fácil así.

Planta 15. «Collins & Associates» reza una placa dorada. El tipo de bufete que maneja divorcios millonarios y herencias complicadas. El tipo de lugar que mi yo de dieciséis años nunca hubiera imaginado pisar.

La recepcionista palidece ligeramente cuando me ve. Sus ojos hacen ese baile familiar: intentando mirarme sin realmente mirarme.

—Señor Walker —su voz tiembla casi imperceptiblemente—. El señor Collins lo está esperando.

Asiento secamente y la sigo por un pasillo flanqueado por cuadros que probablemente cuestan más que el salario anual de quien los limpia. El aroma a cuero y café caro no logra enmascarar completamente el olor a miedo que mi presencia siempre provoca.

A través de una puerta entreabierta, escucho algo que me hace detener en seco: el llanto de un bebé. Suave, casi un susurro. Como una pregunta sin respuesta.

Por un momento, solo un momento, mi máscara de control absoluto tiembla.

—Por aquí, señor Walker —la recepcionista señala una puerta al final del pasillo, ansiosa por alejarse de mí.

Respiro hondo. Ajusto mi corbata. Me aseguro de que el lado derecho de mi rostro quede en sombras.

Control. Todo se reduce a control.

Abro la puerta.

La primera persona que veo es a Collins, un hombre de mediana edad con gafas de montura fina que se levanta apresuradamente de su sillón. Pero mis ojos se desvían inmediatamente hacia la figura sentada frente a su escritorio.

El tiempo se detiene.

Ese cabello castaño con reflejos dorados. La forma en que sus manos se entrelazan sobre su regazo cuando está nerviosa. La curva suave de su cuello...

Emma.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, girándome bruscamente hacia las sombras. El movimiento es tan repentino que Collins se sobresalta, pero apenas lo noto. Mi corazón, ese órgano que creía domado por años de control, golpea contra mis costillas como un animal salvaje.

Diez años.

Diez años construyendo muros, creando un imperio desde las sombras, protegiéndola desde la distancia. Diez años de control absoluto destruidos en un segundo por su simple presencia.

—Señor Walker... —la voz de Collins tiembla ligeramente.

Pero no puedo responder. No cuando el aire parece haberse congelado en mis pulmones. No cuando puedo sentir su mirada en mi espalda, quemándome como un hierro al rojo vivo.

El silencio en la oficina es ensordecedor.

No me giro. No puedo. Las sombras son mi único refugio ahora, la única barrera entre mi rostro marcado y sus recuerdos de quien fui una vez.

—Señor Walker, por favor, tome asiento —la voz de Collins suena lejana, como si viniera de otro mundo—. Tenemos mucho que discutir.

Cada músculo de mi cuerpo está en tensión, luchando entre el instinto de huir y la necesidad de mantener el control.

—Prefiero estar de pie —mi voz suena extraña incluso para mí, más áspera, más controlada que nunca.

Puedo sentir su presencia detrás de mí como una corriente eléctrica. ¿Me habrá reconocido? ¿O los años y las cicatrices me han convertido en un extraño?

—Marcus...

Su voz. Dios, su voz. Suave, sorprendida, con un temblor apenas perceptible. Mi nombre en sus labios después de diez años es como una puñalada directa al corazón.

Me mantengo inmóvil, medio rostro oculto en las sombras. El control se me escapa entre los dedos como arena. Contengo la respiración, esperando el jadeo de horror, la pregunta inevitable sobre las cicatrices. Es la reacción que siempre obtengo, la razón por la que vivo entre sombras.

Pero en su lugar...

—¿Por qué? —su voz es suave, casi un susurro—. ¿Por qué ese día no apareciste?

La pregunta me golpea con más fuerza que cualquier muestra de repulsión. Diez años, y lo único que quiere saber es...

—No hace falta que contestes —me interrumpe antes de que pueda encontrar mi voz—. La verdad es que me da igual.

EMMA

El mundo se detiene cuando lo veo entrar.

Es más alto de lo que recordaba, más ancho de hombros. El traje negro hecho a medida grita poder y control. Pero es él. A pesar de los años, a pesar de la forma en que se mantiene en las sombras, lo reconocería en cualquier parte.

Marcus.

Mi Marcus.

Se gira bruscamente al verme, pero no antes de que la luz lo ilumine por un segundo. Mi corazón se detiene, pero no por las razones que él parece pensar. Las cicatrices... una red de marcas que recorre el lado derecho de su rostro, desde la sien hasta la mandíbula. Cicatrices antiguas, profundas, que hablan de un dolor que no puedo ni imaginar.

Por eso se oculta en las sombras.

Diez años de preguntas sin respuesta cobran un nuevo significado. Pero no son las cicatrices lo que me duele. Es el tiempo perdido. Los porqués sin respuesta.

—Marcus... —su nombre escapa de mis labios sin permiso, y lo veo tensarse aún más, como si esperara una reacción que no llega.

Solo puedo ver al chico que desapareció sin una palabra.

—¿Por qué? —la pregunta que he ensayado mil veces en mi mente sale casi como un susurro —. ¿Por qué ese día no apareciste?

Lo veo contener la respiración, como si mi pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—No hace falta que contestes —las palabras saben a café frío y promesas rotas—. La verdad es que me da igual.

Es mentira, por supuesto. Me importa tanto que duele. Pero han pasado diez años y ya no soy esa chica con un vestido azul esperando a su príncipe.

—Bien —el señor Collins se aclara la garganta, rompiendo el momento—. Ahora que estamos todos, podemos discutir los detalles del testamento y la custodia de Sophie.

La palabra «custodia» flota entre nosotros como una bomba a punto de estallar.

Oh, Dios mío.

La realización me golpea con la fuerza de un tsunami: Marcus es el otro tutor. Marcus, el chico que desapareció sin explicación. Marcus, el hombre que se ha convertido en una sombra en el mundo empresarial.

Marcus, con quien tendré que compartir la custodia de un bebé.

Esto no puede estar pasando.

A través de la puerta cerrada, escucho el suave arrullo de Sophie. La niña que acaba de quedarse huérfana. La niña que, por alguna razón que aun no comprendo, Tom y Sarah decidieron confiar a dos personas que ni siquiera pueden mirarse a la cara.

El señor Collins sigue hablando, algo sobre documentos y responsabilidades legales, pero sus palabras se mezclan con el sonido de mi corazón latiendo demasiado rápido. Solo puedo pensar en la ironía de todo esto: el destino, o quizás el último acto de una pareja que siempre creyó en el amor, forzándonos a estar juntos de nuevo.

Marcus sigue en las sombras, tan inmóvil como una estatua, y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo: ¿cómo vamos a criar a una niña cuando ni siquiera podemos mantener una conversación?

Pero Sophie... Sophie no tiene la culpa de nuestra historia. Sophie solo necesita lo que todos los niños necesitan: amor, seguridad, un hogar.

Y tal vez, solo tal vez, eso sea más importante que diez años de preguntas sin respuesta.

CAPÍTULO 7

MARCUS

Nueva York, 10 años atrás

El espejo está empañado por el vapor de la ducha, pero aun así puedo ver el nudo de la corbata negra. Mis dedos tiemblan mientras intento ajustarlo por tercera vez. Tiene que estar perfecto. Esta noche todo tiene que ser perfecto.

El traje me queda bien. Seis meses sirviendo cafés después de clase y limpiando coches los fines de semana han valido la pena. Es el más barato de la tienda, pero el dependiente aseguró que el negro nunca falla. La camisa blanca es de segunda mano, pero la he planchado tantas veces que parece nueva.

Sobre la cama descansa la caja con el ramillete para Emma. Rosas blancas con un toque de azul, como su vestido. La vi comprarlo con Sarah hace semanas. No es que la siguiera, solo... pasaba por allí. Como siempre paso por donde está ella, intentando que no me note, contentándome con verla sonreír desde lejos.

El primer golpe retumba en toda la casa.

Mi corazón se detiene. Por favor, esta noche no. Cualquier noche menos esta.

—¡Maldita yonki! —la voz de mi padre hace temblar las paredes—. ¿Dónde está el dinero del alquiler?

Cierro los ojos. Respiro hondo. Si me doy prisa, puedo salir por la ventana. Emma me espera. Solo tengo que...

El sonido de golpes. Un grito. Después, silencio.

Y sé que no puedo irme.

Bajo las escaleras de dos en dos, el corazón martilleando contra mis costillas. El aire huele a whisky barato y a ese perfume dulzón que mi madre usa para ocultar el olor a crack. La escena en el salón es la de siempre, pero hoy... hoy duele más.

Mi padre, con su camiseta manchada de cerveza, tiene a mi madre agarrada del pelo. Ella ni siquiera llora ya. Sus ojos están vidriosos, perdidos en algún lugar donde el dolor no existe. El jarrón que la abuela me dejó está hecho añicos en el suelo, junto con las últimas fotos familiares que quedaban.

—Te he preguntado dónde está el puto dinero —gruñe él, y veo cómo su puño se tensa.

—Suéltala.

Mi voz suena más firme de lo que me siento. El traje nuevo me pica en el cuello, recordándome que, en algún lugar, Emma me espera. Emma, con sus libros de Jane Austen y su sonrisa dulce. Emma, que cree que soy alguien mejor de lo que en realidad soy.

Mi padre se gira hacia mí, y su risa amarga llena la habitación.

—Miren quién está aquí... el príncipe con su trajecito —se tambalea, soltando a mi madre que cae como una muñeca rota sobre el sofá—. ¿Te crees mejor que nosotros? ¿Eh? ¿Crees que esa chica rica va a querer algo contigo cuando sepa de dónde vienes?

Cada palabra es un puñal, porque llevo años preguntándome lo mismo. Porque cada vez que Emma me mira con esos ojos brillantes, una parte de mí susurra que no la merezco, que nunca podré darle la vida que merece.

—Al menos yo intento ser mejor —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

El puñetazo llega tan rápido que apenas lo veo venir. Mi cabeza golpea contra la pared, y por un momento todo se vuelve borroso. Siento el sabor metálico de la sangre en mi boca.

—¿Mejor? —escupe mi padre—. Mírate. Eres igual que nosotros. Basura intentando parecer oro.

Mi madre se ríe desde el sofá, una risa histérica que me hiela la sangre. Sus ojos, tan parecidos a los míos, están vacíos de todo lo que alguna vez fue maternal.

—Déjalo, Jack —murmura ella—. Deja que vaya a su bailecito. Deja que sueñe un poco más...

—Tu hijo, el del instituto privado —mi padre arrastra las palabras mientras se acerca—. ¿Sabes cómo paga las cuotas? —le pregunta a mi madre como si yo no estuviera presente, su voz cargada de desprecio—. Limpiando mesas. Como un criado.

Aprieto los puños. No por sus palabras, hace tiempo que dejaron de importarme. Sino porque cada segundo que paso aquí es un segundo que no estoy con Emma. Emma, que probablemente ya está lista, con ese vestido azul que la hace parecer un ángel. Emma, que confía en mí.

—Déjalo ya —murmuro, intentando pasar junto a él hacia la puerta.

Su mano se cierra como una garra sobre mi hombro, manchando de cerveza el traje que tanto me ha costado conseguir.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas de nosotros? —me empuja contra la pared—. ¿Le has contado a tu princesita que tu madre se gasta el dinero del alquiler en crack? ¿Que tu padre limpia vómitos en un bar de mala muerte?

—Jack... —la voz de mi madre suena distante, como si viniera de otro mundo.

—¡Cállate! —ruge él, girándose hacia ella con el puño en alto.

No lo pienso. Mi cuerpo se mueve por instinto, años de protegerla convertidos en reflejo. Me interpongo entre ellos, empujando a mi madre hacia atrás. Por un momento, veo sorpresa en los ojos inyectados en sangre de mi padre. Después, solo furia.

El primer golpe me alcanza en el costado, robándome el aire. Retrocedo un paso, la mesa de cristal golpea contra mis piernas. El segundo impacta en mi mandíbula, haciendo que mi mundo

gire. Mi madre grita algo ininteligible desde el sofá. Intento mantener el equilibrio, pero mis piernas chocan contra el borde de la mesa de nuevo.

Todo ocurre a cámara lenta.

Mientras caigo, veo el reflejo de las luces en la superficie de cristal. Pienso, absurdamente, en cómo brillará el vestido de Emma bajo las luces del gimnasio. Después, el impacto.

El cristal cede bajo mi peso con un crujido ensordecedor. Siento cada fragmento hundirse en mi piel como pequeños puñales de hielo. El dolor explota en mi cara cuando un trozo especialmente grande me atraviesa desde la sien hasta la mandíbula. La sangre caliente contrasta con el frío del cristal.

Mi padre está gritando algo. Mi madre ríe, ese sonido histérico que me perseguirá en pesadillas. El mundo empieza a difuminarse en los bordes, oscureciéndose.

Emma, pienso mientras la consciencia se me escapa. Emma esperando con su vestido azul y sus sueños de cuento de hadas. Emma, que nunca sabrá que su príncipe yace sobre un mar de cristales rotos, sangrando en un suelo manchado de cerveza y promesas rotas.

La oscuridad me reclama al sonido de la risa rota de mi madre.

El pitido rítmico de una máquina me despierta. El olor a desinfectante me revuelve el estómago. Estoy en un hospital. Intento moverme, pero cada centímetro de mi cuerpo protesta.

—¿Señor Walker? —una voz femenina, profesional—. No intente moverse. Ha perdido mucha sangre.

Abro los ojos. La luz fluorescente me ciega por un momento. Una enfermera ajusta algo en mi vía intravenosa.

—¿Mis padres? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Se fueron hace tiempo —hace una pausa incómoda—. Su padre firmó los papeles del ingreso y... —deja la frase en el aire.

Por supuesto que se fueron. Probablemente en busca del siguiente trago, del siguiente chute.

—¿Qué hora es? —mi voz suena extraña, pastosa.

—Casi medianoche.

El baile. Emma. Mi corazón se acelera tanto que la máquina empieza a pitar más rápido.

—Necesito... —intento incorporarme, pero el dolor me atraviesa como un rayo.

—Lo que necesita es descansar —la enfermera me empuja suavemente contra la almohada—. La operación duró más de tres horas. Tiene más de cuarenta puntos en la cara, señor Walker. Y eso sin contar los del torso y su pierna. Los cirujanos hicieron lo que pudieron, pero necesitará

más intervenciones cuando baje la inflamación.

Levanto la mano hacia mi cara. Vendas. Gasas. Pero puedo sentir la hinchazón debajo, el lado derecho tan inflamado que apenas puedo abrir el ojo. Mis dedos rozan un punto donde la venda está húmeda.

La oscuridad fuera de la ventana convierte el cristal en un espejo improvisado. En el reflejo, veo una figura que apenas reconozco: vendas manchadas de rojo, el lado visible de mi cara morado e hinchado, tubos y más tubos.

—El cirujano plástico dice que con el tiempo... —empieza la enfermera.

Pero ya no la escucho. Solo puedo ver ese fantasma vendado en el reflejo, esa sombra de lo que fui. Y entonces lo entiendo: nunca podré volver.

No puedo dejar que Emma me vea así. No puedo arrastrarla a este mundo de violencia y miseria. No puedo manchar su luz con mi oscuridad.

Ella merece cuentos de hadas, no pesadillas.

Cierro los ojos mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas, ardiendo en los cortes frescos. Esta será la última vez que me permita llorar. La última vez que seré débil.

Emma necesita olvidarme. Y yo... yo necesito convertirme en alguien más fuerte. Alguien que pueda cuidarla, aunque sea desde las sombras.

El monitor cardíaco sigue pitando, un recordatorio constante de que, a pesar de todo, sigo vivo. Y mientras viva, me prometo, nadie volverá a hacerme daño. Nadie volverá a controlar mi vida.

Y, sobre todo, nadie sabrá jamás de dónde vengo.

CAPÍTULO 8

EMMA

Intento concentrarme en el sonido del reloj de pared. En el sonido del tráfico que llega amortiguado a través de las ventanas. En cualquier cosa excepto en su presencia, una sombra inmóvil a mi derecha que hace que el aire sea demasiado denso para respirar.

El señor Collins sigue hablando, su es voz un zumbido monótono sobre fideicomisos y responsabilidades legales. Las palabras flotan en el aire como pompas de jabón: custodia compartida, tutela legal, decisiones consensuadas...

Decisiones consensuadas. Casi me río. ¿Cómo vamos a consensuar algo cuando ni siquiera puede mirarme a la cara?

—La voluntad de los Miller es muy específica —Collins despliega otro documento sobre su escritorio—. La custodia debe ser compartida. Ambos tutores tienen que estar de acuerdo en las decisiones importantes: educación, residencia, salud...

Marcus se tensa aún más, si es posible. Su mandíbula está tan apretada que temo que se rompa los dientes. Bien. Que sufra. Que se sienta tan incómodo como yo.

Estoy enfadada, me recuerdo. Tengo que estar enfadada. Es más fácil que este otro sentimiento, este dolor sordo que amenaza con ahogarme cada vez que el aire se mueve y su aroma —sándalo y algo más, el mismo perfume que hace diez años— llega hasta mí.

—Los Miller dejaron una casa —continúa Collins—. Está completamente pagada y...

—No —la voz de Marcus corta el aire como un cuchillo. Es la primera palabra que pronuncia desde que entró, y suena como si la hubiera arrancado de su garganta.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse. Collins se remueve incómodo en su silla, sus ojos saltando entre nosotros como si temiera que en cualquier momento uno de los dos explote.

Respiro hondo. Cuento hasta diez. La rabia burbujea en mi interior, caliente y familiar. Es mejor que el dolor. Mejor que los recuerdos.

—Si tanto te molesta —las palabras salen más afiladas de lo que pretendo—, no tienes por qué formar parte de esto. Puedo hacerme cargo yo sola.

El aire cambia. La temperatura de la habitación parece descender varios grados. Marcus se gira lentamente desde las sombras, y por primera vez desde que entró, me mira directamente.

—¿Qué has dicho? —su voz es un susurro peligroso.

—Lo que has oído —mantengo la barbilla alta, aunque mi corazón late tan fuerte que temo

que todos puedan oírlo—. Si la idea te resulta tan insoportable, Sophie y yo estaremos bien solas. No necesitamos...

—No —la palabra sale como un gruñido. Sus manos se cierran en puños a los costados—. Una cosa es que no os merezca, y otra muy diferente es que no seáis mías.

El aire se congela en mis pulmones. ¿Mías? ¿Ha dicho mías?

—Bien —Collins se aclara la garganta—. Sobre el tema de la residencia...

—Vivirán en mi casa —la voz de Marcus no admite discusión—. Las dos. Desde hoy.

Me levanto de golpe, la butaca chirriando contra el suelo.

—¿Disculpa? —la indignación me da valor para enfrentarlo—. ¿Y cuándo exactamente has decidido eso por las dos?

Se gira completamente hacia mí, abandonando por fin su refugio en las sombras. Contengo la respiración. Es... enorme. No solo alto, sino imponente. El traje hecho a medida no oculta la fuerza que hay debajo, cada músculo tenso. Las cicatrices, visibles ahora bajo la luz directa, no lo hacen menos atractivo. Al contrario. Son como un mapa de batallas ganadas, de guerras que ha sobrevivido. Me pregunto qué historia hay detrás de ellas.

—Es lo más lógico —su voz me devuelve al presente—. Mi casa tiene el mejor sistema de seguridad de la ciudad, está en una zona segura, tiene espacio más que suficiente...

—Tengo una contraoferta —lo interrumpo, ignorando cómo mi pulso se acelera cuando sus ojos se estrechan—. Custodia compartida. Una semana con cada uno. Es lo más justo para...

—No.

—¿No? ¿Así, sin más?

—Por encima de mi cadáver voy a dejar que... —se detiene abruptamente, como si hubiera dicho más de lo que pretendía—. Esto no estaba en mis planes, pero ahora que ha sucedido...

—Disculpen —interviene Collins, y juraría que hay alivio en su voz por la interrupción—. En realidad, el señor Walker tiene razón. El testamento es muy específico sobre esto. Deben compartir residencia, al menos durante el primer año.

Marcus sonríe. Es apenas un gesto, una curva arrogante en la comisura de sus labios, pero hace que mis rodillas amenacen con traicionarme. Maldito sea.

—Como decía —continúa, y hay un toque de suficiencia en su voz que me dan ganas de abofetearlo—, mi casa es la opción más lógica. Tiene un ala completa que podéis usar tú y Sophie. Sistema de seguridad de última generación. Personal las veinticuatro horas. Acceso directo al parque...

Sigue enumerando ventajas, cada una más ridículamente perfecta que la anterior. Lo peor es

que tiene razón. Todo lo que dice tiene sentido. Es lo mejor para Sophie.

Sophie. El pensamiento de la niña hace que algo se ablande en mi interior. Esto no es sobre nosotros. No es sobre el pasado. Es sobre una bebé que nos necesita a ambos.

Una bebé que todavía no conocemos.

—De acuerdo —lo interrumpo. Sus cejas se alzan con sorpresa—. Pero con condiciones.

—¿Condiciones? —hay algo peligroso en cómo pronuncia la palabra.

—Mi trabajo, mi independencia, mis horarios... son innegociables.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. El aire entre nosotros prácticamente chispea con tensión no resuelta.

—Bien —dice finalmente—. Pero la seguridad no se discute. Y quiero saber dónde estáis en todo momento.

—Obseso del control —murmuro, pero asiento.

Collins carraspea, extendiendo varios documentos sobre la mesa.

—Si están de acuerdo, necesito que firmen aquí y aquí —señala varios puntos en los papeles —. Después podrán conocer a Sophie.

Sophie. El nombre flota entre nosotros como una promesa, como un futuro que ninguno de los dos esperaba. Mientras firmamos, nuestras manos se rozan accidentalmente sobre el papel. La electricidad del contacto me hace contener el aliento.

¿Cómo vamos a vivir juntos cuando apenas puedo respirar el mismo aire que él?

—Por aquí —Collins se levanta, dirigiéndose hacia la puerta que ha estado cerrada todo este tiempo—. Sophie está esperando.

El tiempo se detiene cuando Collins abre la puerta.

Sophie está en brazos de una mujer que supongo es la asistente social. Es tan pequeña... tan perfecta. Rizos dorados como los de Sarah, los mismos ojos azules de Tom. Mi corazón se expande dolorosamente en mi pecho.

La niña gira la cabeza al oírnos entrar y, por un momento, el mundo entero desaparece. Me mira con esa curiosidad infinita que solo tienen los bebés, y entonces... sonríe. Una sonrisa que ilumina toda la habitación, que hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

Ocho meses. Solo ocho meses y ya ha perdido tanto.

Mis pies se mueven solos hacia ella. La asistente social dice algo sobre papeles y procedimientos, pero apenas la escucho. Sophie estira sus bracitos hacia mí y, cuando la tomo en

brazos, cuando su pequeño cuerpo se acurruca contra mi pecho... sé que haría cualquier cosa por ella.

Es entonces cuando noto que Marcus no se ha movido de la puerta.

MARCUS

No puedo moverme.

Mis pies parecen soldados al suelo mientras observo la escena frente a mí como si fuera una película que no me pertenece. Emma sostiene a Sophie con una naturalidad que me resulta extraña, ajena. Sus brazos parecen saber exactamente cómo acunar ese pequeño cuerpo, cómo proteger esa vida diminuta que Tom y Sarah nos han confiado.

Sophie. Es tan... frágil. Tan infinitamente pequeña. Sus rizos dorados me recuerdan a Sarah, la forma en que brillaban bajo el sol en el patio del instituto. Sus ojos, del mismo azul que los de Tom, exploran el mundo con una curiosidad que hace que mi pecho se contraiga dolorosamente.

El pánico me paraliza. ¿Qué sé yo de bebés? ¿Qué sé yo de criar, de proteger algo tan puro? Mi mundo está hecho de contratos blindados y sistemas de seguridad. De sombras y cicatrices. De control absoluto, sobre todo.

Pero esto... esto es caos en su forma más pura. Es vida y vulnerabilidad y todo lo que he pasado años evitando.

Emma murmura algo suave al oído de Sophie, y la niña ríe. El sonido es como campanillas de cristal, tan limpio, tan inocente... tan aterrador. ¿Cómo puedo proteger esa risa? ¿Cómo puedo asegurarme de que nunca conozca el tipo de oscuridad que yo...?

—¿Señor Walker? —la voz de la asistente social me saca de mis pensamientos—. ¿Quiere sostenerla?

El terror me atraviesa como un rayo. Mis manos, estas manos que han conocido la violencia, que han construido un imperio desde las sombras... ¿cómo pueden tocar algo tan puro?

—No es necesario que... —mi voz suena extraña, tensa.

Pero Sophie ya ha girado la cabeza hacia mí. Sus ojos me miran con una curiosidad que me desarma por completo. No hay miedo en ellos. No hay horror ante mis cicatrices. Solo... interés.

Da una patadita en los brazos de Emma y estira sus manitas hacia mí. Hacia mí. Como si no fuera un monstruo. Como si mereciera tocarla.

Emma se acerca, y el pánico aumenta. Quiero retroceder, mantener la distancia segura que siempre he impuesto entre mi oscuridad y el resto del mundo. Pero mis pies no responden.

—No sé cómo... —las palabras se atoran en mi garganta.

—Solo tienes que sostenerla —la voz de Emma es suave, sin rastro del enfado anterior—. Ella

sabe qué hacer.

Antes de que pueda protestar, Sophie está en mis brazos. Es tan ligera... tan increíblemente pequeña. Mi cuerpo se ajusta instintivamente, años de control convertidos en gentileza por puro instinto de protección.

Sus manitas exploran mi cara con esa curiosidad infinita de los bebés. No se detiene en las cicatrices, no las evita. Sus dedos son como plumas sobre mi piel marcada, y algo dentro de mí, algo que lleva años congelado, empieza a agrietarse.

Entonces sonríe. Una sonrisa sin reservas, sin juicios. Y mi mundo entero cambia de eje.

El imperio que he construido, el control que he mantenido durante años, las barreras que he levantado... todo parece insignificante comparado con la confianza absoluta en esos ojos azules.

Sophie agarra mi dedo índice con su pequeña mano, y la fuerza de su agarre me sorprende. Tan frágil y tan fuerte a la vez. Como Emma. Como...

La realización me golpea con la fuerza de un tsunami: haría cualquier cosa por protegerlas. A las dos. De todo. De todos.

Incluso de mí mismo.

Sophie sigue aferrada a mi dedo mientras la asistente social explica detalles que apenas registro. Mi mente ya está calculando todo lo que necesitaremos: seguridad adicional, personal especializado, suministros...

—Podemos llevarla a casa ahora mismo —mi voz suena más firme de lo que me siento—. Tengo un coche esperando abajo.

Emma me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Marcus, no tenemos nada. Ni pañales, ni ropa, ni...

—Pasaremos por una tienda —la interrumpo. El pánico ante la idea de no tener todo controlado me impulsa a actuar—. Compraremos lo que haga falta.

—¿Una tienda? —hay un toque de diversión en su voz—. ¿Cuándo fue la última vez que pisaste un supermercado?

La pregunta me descoloca. ¿Supermercado? Mi mente repasa la lista de establecimientos exclusivos donde suelo comprar, pero de repente ninguno parece adecuado para comprar... ¿qué exactamente necesita un bebé?

Sophie suelta una risita, como si pudiera sentir mi desconcierto. Emma pone los ojos en blanco, pero hay una suavidad en su mirada que no he visto desde que entré en la oficina.

—Está bien —dice, ajustando el pequeño gorro de Sophie—. Supermercado primero. Pero después necesito pasar por mi apartamento a recoger algunas cosas y...

—Enviaré un equipo de mudanzas —las palabras salen automáticamente. Control. Necesito mantener el control—. Pueden tener todo en casa mañana mismo.

—Marcus...

—No es negociable —mi tono no admite discusión, aunque Sophie eligiendo ese momento para tirar de mi corbata socava un poco mi autoridad—. Os quiero instaladas hoy.

Las quiero instaladas. A las dos. Plural. La palabra flota entre nosotros, cargada de significado.

Dios, James va a quedarse estupefacto cuando me vea bajar con un bebé y Emma Mitchell.

Pero por primera vez en diez años, no me importa lo que nadie piense. Sophie vuelve a sonreír, y todo lo demás... todo lo demás puede esperar.

Incluso si eso significa enfrentarme a mi primer supermercado en una década.

CAPÍTULO 9

EMMA

El ascensor desciende con una suavidad que grita «edificio caro». Intento no pensar en cuánto costará el metro cuadrado en esta zona de Manhattan, o en cómo el panel de botones parece recién pulido. En su lugar, me concentro en Sophie, que se ha quedado dormida en mis brazos, su pequeño puño aferrado a mi blusa.

Marcus está a mi lado, pero podría estar a kilómetros de distancia. Toda su atención está centrada en la silla de coche que la asistenta nos ha dejado, como si fuera un dispositivo alienígena que necesita descifrar. Sus manos, esas manos que probablemente firman contratos millonarios a diario, luchan con las correas y broches con una frustración casi palpable.

Es... desconcertante verlo así. Después de diez años sin saber nada de él. Nada que no sea el imperio que ha montado. El poderoso CEO, el hombre que hace temblar a la mitad de Manhattan, completamente derrotado por un sistema de seguridad infantil. Su traje de diseñador está ligeramente arrugado después de la batalla contra la silla, y un mechón de pelo ha escapado de su peinado perfecto.

No debería encontrarlo adorable. No después de diez años. No después de todo.

Pero lo es.

Debería dar media vuelta y largarme lejos de él.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, por el contrario, cuando lo veo murmurar algo que suena sospechosamente a una maldición.

—Tengo un doctorado en empresariales y tres másteres — masculla entre dientes, su orgullo claramente herido—. Puedo con una simple silla de bebé.

Sophie se remueve en mis brazos, soltando uno de esos suspiros profundos que solo los bebés saben dar, como si ella también encontrara la situación divertida. Marcus la mira de reojo, y por un momento, solo un momento, veo cómo la máscara de CEO implacable se suaviza.

El ding del ascensor interrumpe lo que promete ser una batalla épica entre Marcus Walker y la tecnología infantil. Las puertas se abren al vestíbulo y...

Oh.

Un hombre alto, con un aire de playboy de revista, está apoyado contra la pared de mármol con la despreocupación estudiada de quien está acostumbrado a ser el centro de atención. Lleva gafas de sol y un traje que probablemente cuesta más que todo mi guardarropa, pero llevado con un descuido calculado que contrasta brutalmente con la perfección militar de Marcus.

Su sonrisa despreocupada se congela al vernos. Se quita las gafas con un movimiento lento,

como si necesitara asegurarse de que sus ojos no lo engañan.

—No me jodas... —susurra, su mirada saltando de Marcus a mí, de mí a Sophie, y de vuelta a la silla de coche que Marcus sigue sosteniendo como si fuera una bomba a punto de estallar.

Ahora que sus gafas han desaparecido lo reconozco al instante: James Richardson, el rostro público de Walker Enterprises. El que aparece en todas las entrevistas, el que da la cara mientras Marcus se mantiene en las sombras. Se acerca con pasos elegantes, su sonrisa transformándose gradualmente de incredulidad a pura diversión.

—Marcus Walker —dice, y su voz tiene ese tono de quien está conteniendo una carcajada—, ¿hay algo que quieras contarme?

Marcus gruñe algo ininteligible, todavía aferrando la silla de coche como si fuera su última línea de defensa.

—Tom y Sarah Miller nos han dejado la custodia a Emma y a mí de su hija ——dice finalmente, su voz tensa.

La sonrisa de James desaparece instantáneamente.

—¿Estás de coña? —sus ojos se suavizan al mirar a Sophie.

—James —Marcus lo interrumpe—, no tengo tiempo para esto ahora.

Pero James ya está procesando la información, y puedo ver el momento exacto en que conecta los puntos. Sus ojos se ensanchan al mirarme.

—Espera... ¿Emma Mitchell? —suelta una carcajada incrédula y me mira de nuevo—. ¿La Emma del baile? ¿La que...?

—Fuera —la voz de Marcus corta el aire como un cuchillo.

—Pero esto es... —James está prácticamente vibrando de emoción contenida—. Después de diez años, el destino os junta para criar un bebé juntos. Es como una de esas películas que...

—He dicho que fuera —Marcus da un paso adelante, colocándose sutilmente entre James y nosotras—. Yo me encargo desde aquí.

James levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa ha vuelto con más fuerza.

—¿Sabes qué? Me alegro —dice, retrocediendo hacia la puerta—. Esto es exactamente lo que necesitabas, aunque sea... —mira la silla de coche y vuelve a reír— completamente hilarante verte luchar con equipo de bebé. No puedo esperar a verte cambiar pañales.

—James... —el tono de Marcus promete venganza.

—Ya me voy, ya me voy —se pone las gafas de sol con un gesto teatral—. Pero quiero todos los detalles. Y necesito fotos de esto. El gran Marcus Walker domesticado por un bebé... es

demasiado bueno para perdérmelo.

La puerta giratoria se mueve tras él, dejando un silencio tenso. Sophie se remueve en mis brazos, y la forma en que Marcus la mira, como si fuera una bomba a punto de estallar, casi me hace poner los ojos en blanco.

El vestíbulo, todo mármol y cristal, parece burlarse de nuestra situación: una bebé somnolienta, una silla de coche que parece haber vencido al gran Marcus Walker, y dos personas que no pueden ni mirarse a los ojos sin que el aire chispee con diez años de reproches no dichos.

—Entonces... —miro la silla que sigue en sus manos—, ¿vamos al supermercado?

Su mandíbula se tensa. Este Marcus, con su traje perfecto y su necesidad obsesiva de control, es tan diferente del chico que conocí... El que se reía en la biblioteca, el que dejaba que la vida fluyera. ¿Qué te pasó, Marcus? ¿Qué te ha hecho cambiar tanto?

—Haré que mi asistente mire cuál es el mejor…

—Ni hablar —lo corto—. Vamos a un supermercado normal. Como la gente normal.

—La seguridad no es negociable —su voz tiene ese filo de acero que me resulta tan ajeno—. No pienso exponer a Sophie a...

—¿A qué? ¿A la vida real?

Sus ojos se estrechan peligrosamente. Sophie suelta un pequeño quejido, como anticipando la tormenta que se avecina. Marcus inmediatamente saca su teléfono.

—Necesitaremos seguridad adicional —teclea rápidamente—. Y un equipo de...

—Por el amor de... —respiro hondo—. Son cosas para el bebé, Marcus. Pañales. No estamos planeando un asalto al Pentágono.

Me ignora completamente, dirigiéndose hacia la salida con esa determinación que parece formar parte de su nueva personalidad.

—Mi coche está fuera —anuncia, y cuando abro la boca para protestar, añade—: Y ni siquiera lo pienses. Yo conduzco.

El Bentley negro nos espera en la acera como un recordatorio de todo lo que nos separa. De todo lo que ha cambiado.

Sophie se acurruca más contra mi pecho, ajena al campo de batalla emocional que nos rodea. Y aunque me gustaría mandarlo al infierno, aunque una parte de mí quiere gritarle que me explique qué pasó aquella noche, sé que esto no es sobre nosotros.

Es sobre ella.

Así que me trago mi orgullo y me deslizo en el asiento trasero del Bentley, ignorando cómo su

perfume invade el espacio cerrado del coche, ignorando cómo sus ojos me siguen por el retrovisor.

Esto va a ser interesante.

MARCUS

El tráfico de Manhattan fluye a nuestro alrededor mientras mi mente trabaja a toda velocidad, intentando recuperar el control de una situación que se me ha ido completamente de las manos.

—Necesito un equipo de seguridad en el Whole Foods de la Quinta —murmuro al teléfono, lo suficientemente bajo para que Emma no me oiga desde el asiento trasero—. No, no quiero que se note su presencia. Sí, inmediatamente.

A través del retrovisor, veo cómo Emma susurra algo al oído de Sophie. La intimidad del gesto hace que algo se retuerza en mi interior. Esto no estaba en mis planes. Nada de esto lo estaba.

Mi vida está construida sobre el control absoluto. Cada minuto programado, cada variable considerada, cada riesgo calculado y mitigado. Y ahora...

—¿También necesitas que acordonen la sección de pañales? —la voz de Emma interrumpe mis pensamientos, y el sarcasmo en ella es tan familiar que duele—. ¿O quizás un equipo SWAT para la leche en polvo?

Ignoro su comentario, como ignoro la forma en que mi pulso se acelera cada vez que su reflejo aparece en el espejo. En su lugar, me centro en lo que puedo controlar.

—James —vuelvo al teléfono—, necesito información sobre productos infantiles. Análisis comparativos, estudios de seguridad, rankings de...

Su risa me interrumpe.

—Marcus —dice, y puedo imaginar perfectamente su sonrisa burlona—, son artículos de bebé, no una adquisición hostil.

—Todo requiere investigación y...

—Lo que requiere es que te relajes —me corta—. Y tal vez admitir que no tienes el control absoluto de la situación y no pasa nada.

Aprieto el volante hasta que mis nudillos se vuelven blancos. El dolor en la pierna se intensifica, como siempre que pierdo el control. Como aquella noche...

No. No voy a ir ahí.

Sophie suelta una risita desde el asiento trasero, y el sonido es tan puro, tan ajeno a mi mundo de cristal y acero, que por un momento me quedo sin aire.

¿Cómo se supone que debo protegerlas cuando ni siquiera sé qué marca de pañales comprar?

—Marcus —la voz de Emma es más suave ahora—, el siguiente semáforo. Gira a la derecha.

—Conozco el camino al Whole Foods.

—No vamos al Whole Foods —hay un toque de diversión en su voz que me eriza la piel—. Vamos a un supermercado normal.

—¿Un supermercado... normal? —la palabra suena extraña en mi boca.

—Sí, ya sabes, donde la gente normal compra cosas normales a precios normales.

Normal. Como si algo en esta situación pudiera ser normal. Como si yo pudiera ser normal.

El semáforo se pone en rojo y, contra todo instinto, giro a la derecha. La sonrisa de satisfacción de Emma en el espejo hace que algo se agite en mi interior. Diez años construyendo muros, creando un imperio desde las sombras, y aquí estoy, siguiendo sus indicaciones hacia un supermercado del que probablemente ni siquiera conozco el nombre.

James no tiene razón: esto es exactamente lo que no necesitaba.

O quizás, y este pensamiento es más aterrador que cualquier junta directiva, es exactamente lo que necesitaba.

El aparcamiento del supermercado es un insulto a todo lo que representa mi imperio. Coches familiares con abolladuras, carritos abandonados, un letrero de neón que parpadea erráticamente...

—No —es todo lo que digo mientras busco la salida más cercana.

—Oh, sí —hay un toque de malicia en la voz de Emma—. A menos que quieras que Sophie pase su primera noche sin pañales.

Maldita sea. Tiene razón.

Aparco el Bentley lo más lejos posible de otros vehículos, ocupando dos plazas. La mirada que me lanza Emma podría derretir el acero, pero no pienso arriesgar la pintura de un coche de doscientos mil dólares por normalidad.

—El equipo de seguridad confirma que el perímetro está...

—Marcus —me interrumpe Emma—, como vea un solo hombre de negro dentro de ese supermercado, te juro que...

Sophie elige ese momento para hacer un sonido que suena sospechosamente a una protesta. La miro por el retrovisor: sus ojos azules me devuelven la mirada con una intensidad que me recuerda dolorosamente a Tom.

Bien. Puedo hacer esto. He negociado fusiones multimillonarias. He derribado imperios corporativos. Puedo manejar un simple supermercado.

El primer obstáculo se presenta nada más bajar del coche: el carrito.

—Necesita una moneda —dice Emma, con ese tono que sugiere que está conteniendo la risa.

—¿Una moneda? —repito. No llevo efectivo. Nunca. Para eso están las tarjetas black y los asistentes personales.

Emma suspira dramáticamente, rebuscando en su bolso con una mano mientras sostiene a Sophie con la otra.

—Ten —me lanza una moneda que atrapo por puro reflejo—. Y no, no puedes comprar el supermercado para cambiar el sistema de carritos.

¿Tan transparente soy?

El carrito chirría. Por supuesto que chirría. Probablemente no ha visto una gota de aceite desde la administración Carter. Emma coloca a Sophie en el asiento especial para bebés (¿desde cuándo los carritos tienen eso?) y la asegura con una facilidad que me hace sentir incompetente.

Las puertas automáticas se abren con un zumbido ominoso. El aire acondicionado industrial nos golpea con un aire que huele a detergente industrial y ofertas de la semana.

Bienvenido al infierno, Marcus Walker.

—¿Por dónde empezamos? —pregunto, intentando sonar profesional. Como si estuviera en una reunión de negocios y no en el pasillo de productos de limpieza.

—Sección de bebés —Emma toma el control del carrito, esquivando con gracia a una anciana que examina detergentes—. Y por favor, deja de mirar alrededor como si en cualquier momento fuera a salir un francotirador de detrás de las conservas.

—Las amenazas pueden venir de cualquier...

—La única amenaza aquí es que te dé un ataque al corazón cuando veas los precios de las toallitas húmedas —me corta—. Ahora, ¿podemos concentrarnos en lo importante?

Lo importante. Cierto. Sophie. Pañales. Leche en polvo. Una lista interminable de artículos que jamás pensé que necesitaría conocer.

Mi teléfono vibra. James.

«¿Ya has intentado comprar el supermercado?»

Lo ignoro, pero mis dedos pican por hacer exactamente eso. Sería más fácil. Más controlable. Más...

Sophie suelta una carcajada cuando pasamos junto a un expositor de peluches, y el sonido hace que algo se afloje en mi pecho.

Tal vez, solo tal vez, pueda sobrevivir a esto.

Y entonces llegamos al pasillo de artículos para bebé.

Dios santo.

El pasillo parece interminable. Decenas, no, cientos de productos se alinean en las estanterías. Pañales de diferentes tamaños, marcas, características... ¿Por qué demonios hay tantos tipos? ¿Y qué significa talla 2? ¿No deberían usar medidas estándar?

—Necesitamos la talla 3 —dice Emma, alcanzando un paquete amarillo—. Y no, no puedes comprar todas las marcas para hacer un estudio comparativo.

La miro sorprendido. ¿Cómo ha...?

—Tu mano ya iba hacia el teléfono —señala, mientras coloca dos paquetes en el carrito—. Y tienes esa expresión de querer controlarlo todo.

Aprieto la mandíbula. Diez años y todavía puede leerme con una facilidad que me irrita. O quizás es que algunas cosas nunca cambian, por mucho imperio que construyas a tu alrededor.

—Las toallitas tienen que ser sin alcohol —continúa ella, ignorando mi expresión—. Y necesitaremos crema para...

—¿Sin alcohol? —saco el teléfono instintivamente—. Debería investigar los componentes químicos y...

—Marcus —su voz tiene un filo de advertencia—, suelta el teléfono.

Sophie ríe desde el carrito, claramente disfrutando de mi desconcierto. Una señora mayor nos sonríe al pasar, murmurando algo sobre «padres primerizos». El término hace que mi estómago dé un vuelco.

Padres. Emma y yo. Con un bebé.

Dios, ¿cómo ha sucedido esto? Joder. Es mucho más de lo que merezco.

—¿Prefieres elegir tú la leche en polvo? —pregunta Emma, con un toque de diversión en su voz—. ¿O necesitas convocar una junta directiva para decidirlo?

La miro entrecerrando los ojos. Dos pueden jugar a este juego.

—De hecho —me acerco al estante, adoptando mi postura de CEO —, creo que deberíamos considerar todos los factores nutricionales antes de...

—Esta parece buena —me interrumpe, cogiendo una lata que promete ser la más completa—.

Y viene con omega 3.

La etiqueta está llena de términos científicos que no entiendo, pero asiento como si supiera exactamente qué significan. No voy a admitir que estoy tan perdido en esto.

Sophie suelta otra risita, como burlándose de mis intentos de mantener el control en un mundo que claramente se ha vuelto loco.

Y por primera vez en diez años, no tengo un plan para esto.

CAPÍTULO 10

EMMA

El ascensor privado asciende hacia el ático en completo silencio, tan suave que apenas se nota el movimiento. Cuarenta pisos. El número parpadea en la pantalla digital mientras subimos, y cada planta que pasamos parece alejarnos más de la realidad que conocía esta mañana.

Sophie duerme en mis brazos, ajena al caos que nos rodea. A nuestros pies, las bolsas del supermercado se mezclan con la caja de la cuna que Marcus insistió en comprar en una tienda de lujo cuando pasamos por la Quinta Avenida. La cuna más cara de Manhattan descansa contra la pared del ascensor, su caja es tan elegante como todo lo que parece rodear a este nuevo Marcus.

Lo observo de reojo mientras teclea en su teléfono. Su perfil es tan familiar y tan ajeno al mismo tiempo... La mandíbula fuerte que recuerdo, pero más definida, más tensa. El traje hecho a medida que ha sustituido a los vaqueros gastados del instituto. Las cicatrices que cuentan una historia que no conozco.

¿Qué te pasó, Marcus? ¿En qué momento el chico que se reía conmigo en la biblioteca se convirtió en este extraño que parece tan... contenido?

El ding del ascensor interrumpe mis pensamientos. Las puertas se abren directamente a un vestíbulo de mármol blanco.

—Por aquí —murmura Marcus, y su voz suena diferente en este espacio, como si incluso las palabras estuvieran medidas.

El ático es... irreal. No hay otra palabra para describirlo. Ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de Central Park que probablemente vale más de lo que yo podría ganar en una vida. Todo es cristal, acero y líneas limpias. Moderno. Frío. Controlado.

Como él.

—El ala este será para vosotras —dice mientras avanza, sus zapatos italianos silenciosos sobre el suelo pulido—. Tiene tres habitaciones, dos baños y...

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Claire. Por supuesto que Claire.

—Necesito hacer una llamada —anuncio—. ¿Hay algún lugar donde pueda...?

—La biblioteca —señala hacia un pasillo—. Segunda puerta a la derecha.

Por supuesto que tiene una biblioteca. Si no fuera porque me abandonó hace diez años sin ninguna explicación el hombre sería perfecto.

La habitación es tan impresionante como el resto del ático, pero de una manera diferente. Estanterías del suelo al techo cubren las paredes, llenas de libros que parecen realmente leídos,

no solo decorativos. Una parte de mí quiere explorar los títulos, ver si todavía guarda alguna de esas novelas que fingía leer solo para hablar conmigo.

Pero no. No voy a ir ahí.

Sophie se remueve en mis brazos mientras acepto la llamada.

—Emma Mitchell —la voz de Claire suena entre preocupada y excitada—, más te vale tener una buena explicación para todos esos mensajes crípticos que me has estado mandando. ¿Dónde estás? ¿Y qué es eso de un bebé?

—Claire, respira —me dejo caer en uno de los sillones de cuero, ajustando a Sophie para que esté cómoda—. ¿Recuerdas que alguna vez te he hablado de Tom y Sarah Miller, del instituto?

—¿La pareja perfecta? ¿Los que se casaron nada más terminar la universidad?

—Sí, esos. Han... —mi voz se quiebra un poco—. Han fallecido en un accidente.

El silencio al otro lado de la línea es ensordecedor.

—Oh, Emma... lo siento tanto. Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—Tenían una hija —miro a Sophie, que juega distraídamente con un botón de mi blusa—. Ocho meses. Y nos han nombrado tutores legales.

—¿Nos? —la voz de Claire sube una octava—. ¿A quién te refieres con...?

—A Marcus Walker y a mí.

El jadeo que suelta Claire probablemente se ha oído en todo Manhattan.

—¿Marcus Walker? ¿TU Marcus Walker? ¿El que desapareció la noche del baile? ¿El CEO multimillonario que nadie ha visto en años? ¿ESE Marcus Walker?

—El mismo —suspiro, observando la biblioteca a mi alrededor—. De hecho, estoy en su ático ahora mismo.

—Emma Mitchell —el tono de Claire es el mismo que usa cuando está a punto de tener un ataque de pánico por el color equivocado en un ramo de novia—, empieza por el principio y no te dejes ni un detalle.

Así que le cuento todo: la llamada del abogado, el reencuentro, las cicatrices que no me atrevo a preguntar de dónde salieron, el supermercado...

—Espera, espera —me interrumpe Claire—. ¿Me estás diciendo que Marcus Walker, el hombre que aparece en Forbes, fue a un supermercado normal? ¿Con un carrito y todo?

—Y ocupó dos plazas de aparcamiento con su Bentley —añado, y no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa al recordarlo.

—Dios mío —Claire suena como si necesitara sentarse—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a vivir con él?

La pregunta hace que mi estómago dé un vuelco.

—El testamento especifica que tenemos que compartir residencia, al menos durante el primer año.

—Emma... —su voz se suaviza—. ¿Estás bien? Es decir, después de todo lo que pasó, después de cómo te dejó...

—No lo sé —admito, y es la primera vez que me permito ser realmente honesta sobre esto—. Es tan... diferente. Como si fuera otra persona. El Marcus que yo conocía se reía por todo, era espontáneo, dejaba que las cosas simplemente sucedieran. Este... — miro hacia la puerta cerrada —. Este parece que necesita controlar hasta el aire que respira.

—¿Has pensado que quizás hubo una razón? Para que desapareciera así, para que haya cambiado tanto...

—Claire, no —la corto—. No puedo ir por ahí. No ahora. Tenemos que concentrarnos en Sophie. Es lo único que importa. Ni quiero ni puedo pensar en perdonar a Marcus.

Un golpe suave en la puerta me sobresalta. La voz de Marcus llega amortiguada:

—Emma, la cuna...

—Tengo que dejarte —susurro al teléfono—. Al parecer, tengo que ayudar al gran Marcus Walker a montar una cuna.

—Llámame esta noche —exige Claire—. Y Emma... ten cuidado. No con Sophie, sé que serás una madre maravillosa. Ten cuidado con tu corazón.

Cuelgo antes de que pueda decir más, antes de que sus palabras puedan hundirse demasiado profundo.

Cuando salgo y veo que Marcus mira las instrucciones de la cuna como si fueran códigos nucleares casi me hace reír.

Casi.

Porque tiene razón Claire: tengo que tener cuidado. Este no es el chico que me robó el corazón hace diez años.

Es un extraño.

Un extraño que, por alguna broma cruel del destino, está a punto de convertirse en mi compañero de piso y co-padre de un bebé.

El universo tiene un sentido del humor de lo más retorcido.

Y me la tiene jurada.

MARCUS

El peso de la caja de la cuna contra mi pierna derecha envía una punzada de dolor que ignoro. El pasillo hacia el ala este nunca me había parecido tan largo. Emma camina delante de mí, Sophie dormida en sus brazos, y la imagen es tan perfecta que tengo que recordarme respirar.

Esta mañana mi mayor preocupación era una fusión hostil en Hong Kong. Ahora... ahora Emma está en mi casa. Mi Emma. Aquí.

La habitación principal del ala este está exactamente como la dejé hace años cuando compré la casa: inmaculada, sin usar, con vistas a Central Park. Pero por primera vez, veo el espacio a través de otros ojos. A través de sus ojos. Es demasiado fría, demasiado impersonal para ellas.

—Es... bonita —dice Emma, pero su tono sugiere que encuentra el espacio tan frío como yo lo veo ahora.

Dejo la caja en el suelo, sacando el móvil instintivamente. Necesito hacer llamadas. Muchas llamadas. Quiero que este espacio sea perfecto para ellas, que sea un hogar, que...

—Ni se te ocurra —la voz de Emma me detiene—. Podemos montar una simple cuna.

¿Simple? La cuna cuesta más que algunos coches, pero ese no es el punto. El punto es que necesito... necesito que todo sea perfecto. Por primera vez en diez años, Emma está aquí, en mi espacio, y una parte de mí todavía no puede creerlo.

Mi iPad está en mi bolsillo. Podría buscar tutoriales sobre montaje de cunas. Estudios sobre la mejor disposición del mobiliario infantil. Cualquier cosa para mantener mis manos ocupadas y no pensar en lo surreal que es este momento.

Sophie suelta un pequeño quejido en sueños y todos mis planes se congelan.

—¿Dónde la ponemos a dormir mientras montamos esto? — pregunto, mirando la caja como si fuera una bomba a punto de estallar.

Emma observa la habitación, y me pregunto si ella también está intentando procesar la extraña realidad en la que nos encontramos.

—Podemos ir a tu cuarto y tumbarla en la cama. Podríamos rodearla de almohadas mientras montamos la cuna allí y luego traemos la cuna aquí —dice finalmente.

Mi corazón da un vuelco. Emma en mi dormitorio. El espacio donde paso noches en vela mirando las cámaras de seguridad de su librería. Donde guardo cada recuerdo sobre ella. Donde he soñado con este momento durante diez años. Menos mal que el espacio con las cámaras está bien escondido tras la pared o ahora mismo tendría un enorme problema. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado poder tenerla en mi espacio.

—Por aquí —consigo decir, y si mi voz suena ronca, ella no lo menciona.

El camino a mi habitación se siente como estar en uno de esos sueños de los que no quieres despertar. Emma Mitchell, en mi casa, caminando por mis pasillos como si perteneciera aquí. Como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Emma silba suavemente al ver el espacio.

—¿Todo es gris y negro? —pregunta, y hay algo en su tono que suena a crítica.

Lo es. Como mi vida sin ella. Como todo lo que he construido desde...

No. No voy ahí.

—Las almohadas están en el armario —consigo decir mientras la observo moverse por mi habitación con una naturalidad que hace que mi corazón se salte varios latidos.

Emma construye lo que parece una fortaleza de almohadas en el centro de mi cama de dos metros, y la imagen es tan doméstica, tan perfecta, que tengo que recordarme que esto es fruto de las circunstancias. Que ella está aquí por Sophie, no por mí.

Saco el iPad, necesitando algo que hacer con mis manos antes de cometer una locura. Como acercarme y ayudarla a colocar las almohadas. Como rozar accidentalmente sus dedos. Como...

«Montaje cuna bebé high-end», tecleo.

Tres millones de resultados.

Mierda.

—¿Sabes? —la voz de Emma interrumpe mi creciente pánico—. Para alguien que aparece en la lista Forbes, pareces sorprendentemente perdido con una cuna.

Levanto la vista del iPad. Sophie está perfectamente colocada en el centro de mi cama, rodeada de almohadas como una princesa en su castillo. Emma se ha quitado los zapatos (¿cuándo ha hecho eso?) y está sentada en el borde de la cama, observándome con una mezcla de frustración y algo más que no me atrevo a interpretar.

—Normalmente tengo gente que se ocupa de... —me detengo, dándome cuenta de lo ridículo que suena.

—¿De montar muebles? —hay un toque de burla en su voz que me resulta dolorosamente familiar—. ¿El gran Marcus Walker nunca ha usado un destornillador?

La miro entrecerrando los ojos. Dos pueden jugar a este juego.

—De hecho —me acerco a la caja de la cuna, adoptando mi postura de CEO—, tengo tres patentes registradas en sistemas de seguridad. Creo que puedo manejar una simple...

El sonido de la caja al abrirse me interrumpe. Decenas, no, cientos de piezas caen sobre la alfombra en un caos de madera, tornillos y lo que parecen ser instrucciones en seis idiomas diferentes.

A Emma se le escapa una carcajada que intenta disimular con tos.

—¿Decías?

La miro, y por un momento, solo un momento, veo a la chica de la biblioteca del instituto. La que se reía de mis intentos de entender a Jane Austen. La que hacía que todo pareciera más... ligero.

Pero el momento pasa de forma tan rápida como ha llegado.

—Bien —me quito la chaqueta del traje y empiezo a remangarse la camisa—. ¿Quieres ver cómo trabaja un CEO?

Una hora y varias discusiones sobre la correcta interpretación de las instrucciones después, la cuna está montada. No ha sido precisamente un ejercicio de trabajo en equipo: mis órdenes secas se han encontrado con sus respuestas cortantes, y el aire entre nosotros está tan tenso que casi se puede cortar.

—El tornillo va por el otro lado —señalo, mi voz más dura de lo necesario.

—Por supuesto que sí, señor CEO —murmura ella, y el sarcasmo en su voz me irrita tanto como me atrae—. ¿Quieres escribir un informe sobre la correcta colocación de tornillos mientras estamos en ello?

Sophie sigue durmiendo en mi cama, ajena a la batalla silenciosa que se desarrolla a sus pies. La observo un momento, preguntándome cómo algo tan pequeño ha conseguido poner mi mundo del revés en cuestión de horas.

—Deberíamos llevar la cuna a su habitación —digo, adoptando mi tono ejecutivo.

—¿Sólo sabes dar órdenes? —se queja, pero se mueve para ayudarme con la cuna.

Entre los dos conseguimos mover el mueble hasta la habitación que será de Sophie. El espacio es grande, luminoso y muy impersonal a pesar de la cuna.

—Ya está —dice Emma, retrocediendo para admirar cómo queda la cuna junto a la ventana—. Deberíamos traer a Sophie.

—Yo la cojo —me adelanto, y ambos volvemos a mi habitación a por la niña.

Nuestras manos se rozan cuando los dos intentamos cogerla al mismo tiempo. La electricidad del contacto me paraliza por un segundo, y por la forma en que Emma retira su mano como si se hubiera quemado, sé que ella también lo ha sentido.

Coloco a Sophie en su nueva cuna con más cuidado del que he puesto nunca en nada. Ella se

remueve un momento, pero no se despierta.

—Bueno... —Emma se balancea sobre sus pies, claramente incómoda—. Debería ir a instalarme.

—Por supuesto —mi voz suena fría, profesional. Como si no quisiera rogarle que se quede—. ¿Necesitas algo?

—No te preocupes —hay algo en su tono que suena a años de resentimiento contenido—. Sé arreglármelas sola. Siempre lo he hecho.

El golpe da en el blanco, como ella sabía que haría.

—Mañana podemos discutir cómo nos organizaremos —añade, ya en la puerta—. Horarios, rutinas...

—Haré que mi asistente prepare un documento con...

—Por Dios, Marcus —me corta—. No todo en la vida necesita un contrato y un plan estratégico.

Se va antes de que pueda responder, dejándome solo con el sonido suave de la respiración de Sophie.

Mi despacho me llama como un refugio seguro. Necesito investigar, planear, recuperar algo de control sobre esta situación. Mi iPad ya está mostrando artículos sobre desarrollo infantil, cronogramas de alimentación, teorías sobre el sueño del bebé...

Pero mi mente sigue volviendo a Emma, a cómo se veía en mi espacio, a cómo podría conseguir que esto no sea temporal. Podría usar la custodia compartida, el testamento, mil excusas legales para mantenerla aquí.

Una parte de mí susurra que debería intentar ganarme su perdón, hacer que quiera quedarse por voluntad propia. Pero ya no soy tan ingenuo. Ya no soy el chico que creía en segundas oportunidades.

Me acerco al ventanal de mi despacho en casa, mi reflejo distorsionado en el cristal me devuelve la mirada: las cicatrices que deforman la mitad de mi rostro brillan pálidamente bajo la luz nocturna. No puedo engañarme a mí mismo. Alguien como Emma, tan hermosa por dentro como por fuera, nunca elegiría estar con un monstruo marcado como yo. No voluntariamente.

Si la vida me ha enseñado algo es que a veces tienes que tomar lo que quieres y no soltarlo. Cueste lo que cueste.

Y yo quiero a Emma Mitchell en mi vida. Para siempre.

El iPad parpadea con otro artículo sobre desarrollo infantil, pero mis ojos siguen fijos en mi reflejo, en el recordatorio constante de por qué mantenía las sombras como mi única compañía.

Hasta ahora.

CAPÍTULO 11

EMMA

La habitación es demasiado perfecta, demasiado impersonal. Como una suite de hotel de lujo donde nadie ha vivido realmente. La luz de la ciudad se filtra a través de las cortinas dibujando sombras en las paredes blancas.

No puedo dormir.

La camiseta que llevo, la misma que tenía puesta esta mañana cuando todo era normal, se me pega a la piel. Debería haber pensado en comprar un pijama cuando estábamos en la tienda. O al menos ropa interior de repuesto. Pero ¿quién piensa en esas cosas cuando de repente te conviertes en la tutora legal de un bebé?

Me revuelvo en la cama king size, intentando encontrar una posición cómoda. Las sábanas son suaves, probablemente egipcias o alguna cosa igual de ridículamente cara. Todo en este lugar grita dinero y control. Todo excepto el pequeño monitor de bebé que parpadea en la mesilla, el único recordatorio de que esta no es una noche normal.

El silencio es diferente al de mi apartamento. Aquí, cuarenta pisos por encima de la ciudad, los sonidos de Manhattan llegan amortiguados, irreales. Como si estuviéramos en una burbuja separada del mundo real.

En algún lugar de este ático de ensueño, Marcus podría estar haciendo cualquier cosa. ¿Tendrá una novia esperándolo en alguna parte? ¿Alguien que comparta su vida perfectamente controlada? Diez años es mucho tiempo. Demasiado. Y yo no tengo derecho a preguntarme estas cosas.

El sueño empieza a vencerme cuando el primer llanto atraviesa el silencio.

Me incorporo de golpe, el corazón latiendo con fuerza. Por un momento, desorientada, no sé dónde estoy. Entonces el monitor de bebé cobra vida con más fuerza y la realidad me golpea: Sophie.

Salto de la cama antes de darme cuenta de mi estado de... desnudez relativa. La camiseta apenas me llega a medio muslo y, sin sujetador, la tela fina no deja mucho a la imaginación.

Mierda.

Otro llanto, más fuerte. No hay tiempo para preocuparse por la modestia.

El pasillo está en penumbra mientras me dirijo a la habitación de Sophie. El ático es enorme, y desde aquí no se ve luz en ninguna otra parte. ¿Estará Marcus dormido? ¿O quizás en su despacho, que está en el otro extremo del apartamento?

Sophie vuelve a llorar y aprieto el paso. Ya pensaré en todo lo demás después.

Cuando entro en la habitación, me detengo en seco. Marcus ya está allí.

Se ha quitado la chaqueta del traje y la corbata, y las mangas de su camisa blanca están enrolladas hasta los codos. Me sorprende verlo tan... desarreglado. Tiene a Sophie en brazos y le está hablando en voz baja, aunque por la forma en que ella llora, sus palabras no parecen estar teniendo mucho efecto.

—Vamos, pequeña —lo oigo murmurar—. Debe haber un procedimiento lógico para...

Por un momento me quedo paralizada en la puerta, súbitamente consciente de mi estado de semi-desnudez. Cruzo los brazos sobre el pecho, pero la tela fina de la camiseta no ofrece mucha protección.

Marcus levanta la vista y se queda inmóvil. Sus ojos se detienen un segundo de más en mis piernas desnudas antes de volver rápidamente al bebé, un músculo tensándose en su mandíbula.

—Yo... —su voz suena ronca. Se aclara la garganta—. No para de llorar.

Como para confirmar sus palabras, Sophie suelta otro grito que hace que ambos nos sobresaltemos.

—¿Has comprobado su pañal? —pregunto, acercándome pese a mi incomodidad. Sophie es más importante que mi modestia en este momento.

—Por supuesto que he comprobado su pañal —hay un toque de irritación en su voz—. También he revisado la temperatura de la habitación, la posición de la cuna respecto a la ventana, y he buscado tres artículos sobre llanto nocturno en bebés de ocho meses.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Has probado simplemente a ... abrazarla?

Su silencio es toda la respuesta que necesito. Está sosteniendo a Sophie como si fuera un paquete delicado, con la misma rigidez que probablemente usa en sus reuniones de negocios.

—Dámela —me acerco, intentando ignorar cómo su perfume invade mis sentidos cuando entro en su espacio personal.

Nuestros brazos se rozan durante el intercambio, y algo familiar y peligroso se agita en mi interior. El recuerdo de otras noches, de otros roces, amenaza con emerger, pero lo empujo hacia abajo.

Sophie se calma un poco en mis brazos, pero sigue sollozando.

—Tiene que haber alguna razón —Marcus ya está sacando su teléfono—. Podría llamar a un pediatra de guardia, o...

—Marcus —lo interrumpo—. Es muy tarde. A veces los bebés simplemente lloran.

Me mira como si le hubiera dicho que a veces los números simplemente no cuadran.

—Quizás tenga hambre, han pasado varias horas desde que la alimentamos —sugiero, meciendo a Sophie suavemente—. ¿Dónde dejamos la leche?

—En la cocina —Marcus guarda el teléfono, aunque parece que le cuesta un esfuerzo físico no seguir buscando soluciones online—. Sígueme.

La cocina es ridículamente grande, toda acero inoxidable y superficies de mármol negro. Marcus empieza a sacar cosas de los armarios con una precisión militar que me pondría los ojos en blanco si no estuviera tan cansada.

—Las instrucciones dicen... —empieza, estudiando el bote de leche como si fuera un contrato importante.

—Dame eso —intento coger el bote con una mano mientras sostengo a Sophie con la otra, lo que resulta ser más difícil de lo que pensaba.

—Yo lo hago —su voz no admite discusión—. Tú... sigue haciendo eso.

—¿Eso?

—Lo que sea que estés haciendo para que llore un poco menos fuerte.

—Se llama mecer, Marcus. Es lo que haces con los bebés.

—Lo sé —murmura, midiendo el agua con una precisión obsesiva —. He leído sobre ello.

—Por supuesto que has leído sobre ello —no puedo evitar el sarcasmo—. ¿También has leído que el biberón tiene que estar tibio, no hirviendo?

Se detiene a medio camino de meter el biberón en una olla con agua.

—La temperatura óptima según varios estudios...

—Dame el maldito biberón —lo corto—. ¿O necesitas convocar una junta directiva para decidir cómo calentar leche?

Sus ojos se estrechan peligrosamente, pero me pasa el biberón. Nuestros dedos se rozan y ambos retiramos las manos demasiado rápido. Sophie elige ese momento para recordarnos por qué estamos aquí, con un llanto que probablemente ha despertado a medio Manhattan.

—Vale, vale —murmuro contra su pelo—. Ya va, pequeña.

Mientras preparo el biberón con una mano (una habilidad que no sabía que tenía), noto la mirada de Marcus siguiendo cada uno de mis movimientos. Está memorizando el proceso, me doy cuenta. Como si fuera otro de sus informes empresariales.

—¿Quieres... quieres probar tú? —pregunto cuando el biberón está listo, sorprendiéndome a

mí misma.

La forma en que sus ojos se abren ligeramente, ese momento de vulnerabilidad antes de que su máscara de CEO vuelva a caer en su lugar, hace que algo se retuerza en mi interior.

—Yo no...

—Ven aquí —no sé de dónde sale esta paciencia—. No es física cuántica. Solo tienes que...

—Tienes que sujetarla así —me acerco para ajustar sus brazos, intentando ignorar lo sólido que se siente su cuerpo tan cerca del mío—. Y el biberón... no, más inclinado. Necesitas asegurarte de que no trague aire.

Sus manos son enormes comparadas con el biberón, pero hay una delicadeza en sus movimientos que me sorprende. Sophie deja de llorar en el momento en que la leche toca sus labios, y el silencio repentino es casi ensordecedor.

—Está... está comiendo —hay un toque de asombro en su voz que casi, casi me hace sonreír.

—Eso suelen hacer los bebés cuando tienen hambre —pero mi tono carece de la mordacidad anterior.

Nos quedamos así, en la cocina iluminada solo por la luz sobre la encimera, viendo cómo Sophie vacía el biberón con una determinación impresionante. El momento es tan... doméstico que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—¿Y ahora? —pregunta cuando el biberón está vacío.

—Ahora hay que sacarle los gases.

La mirada de pánico en sus ojos casi me hace reír.

—¿Los qué?

—Dámela —extiendo los brazos—. Te enseñaré.

Pero Sophie tiene otros planes. En cuanto intento cogerla, se aferra a la camisa de Marcus con sus pequeños puños y empieza a hacer pucheros.

—O... podrías hacerlo tú —digo, y esta vez no puedo evitar que se me escape una sonrisa—. Pon su cabeza sobre tu hombro y dale palmaditas suaves en la espalda.

Lo intenta, tan rígido que parece que está manejando explosivos en lugar de un bebé.

—Más suave —instruyo—. No estás sellando un contrato, estás...

Un eructo sorprendentemente fuerte para alguien tan pequeño nos interrumpe. Sophie suelta una risita satisfecha.

—Felicidades —digo—. Has sobrevivido a tu primer biberón nocturno.

Algo parece suavizarse en su expresión, tan rápido que casi me lo pierdo. Pero entonces Sophie bosteza, y el momento se rompe.

—Deberíamos llevarla a la cama —sugiero, súbitamente consciente de nuevo de mi estado de semi-desnudez.

El camino de vuelta a la habitación de Sophie es silencioso, pero es un silencio diferente. Menos tenso. Como si compartir este momento hubiera cambiado algo, aunque ninguno de los dos esté dispuesto a admitirlo.

MARCUS

La habitación está en penumbra cuando volvemos, solo iluminada por la suave luz de la lamparita de noche. Sophie se ha quedado dormida contra mi hombro, su pequeño cuerpo completamente relajado. Es una sensación extraña, esta confianza absoluta. No recuerdo la última vez que alguien confió así en mí.

Emma camina delante de mí, y tengo que recordarme mantener mis ojos en un punto seguro. La camiseta que lleva es demasiado corta, demasiado fina, demasiado... todo. Pero no tengo derecho a mirar. No con las marcas que hay en mi cara. Si supiera cómo la deseo se horrorizaría.

—Deberíamos acostarla —susurra Emma—. Con cuidado.

Asiento, acercándome a la cuna. El problema es que Sophie no piensa lo mismo que nosotros. En el momento en que intento separarla de mi hombro, sus deditos se aferran a mi camisa y empieza a hacer esos ruiditos que anuncian otro llanto.

—Espera —Emma se acerca, y el aroma a vainilla de su champú me golpea—. Tienes que hacerlo gradualmente.

Intento seguir sus instrucciones, ignorando cómo su proximidad hace que mi pulso se dispare. Pero cada vez que intentamos acostar a Sophie, ella se agarra con más fuerza.

—Quizás deberías sentarte un rato con ella —sugiere Emma, señalando el sofá junto a la ventana—. Hasta que esté profundamente dormida.

Es lo más lógico. Lo que no es lógico es cómo mi corazón salta cuando Emma se sienta también, en el extremo opuesto del sofá, abrazando sus rodillas contra su pecho. Manteniendo la distancia.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por la respiración suave de Sophie. La ciudad brilla al otro lado del ventanal, millones de luces parpadeando en la oscuridad. En cualquier otra situación, con cualquier otra persona, esto podría ser íntimo.

Pero no con Emma. No después de diez años. No con tantos secretos y cicatrices entre nosotros.

Los minutos pasan. Y las dos duermen profundamente ahora. Con un cuidado que no sabía que poseía, me levanto lentamente y coloco a Sophie en su cuna. Ella se remueve un momento, pero no se despierta. Me quedo junto a la cuna, observándola, asegurándome de que está realmente dormida.

Debería irme a mi habitación. Debería despertar a Emma. Es lo correcto.

Pero me encuentro volviendo al sofá, sentándome en mi extremo, lo más lejos posible de ella. Solo unos minutos más, me digo. Solo para asegurarme de que Sophie está bien.

Emma sigue dormida, acurrucada en su extremo del sofá. Su rostro en reposo parece tan joven... tan parecido a la chica de la biblioteca que solía reírse de mis intentos de entender a Jane Austen.

El sueño me vence gradualmente, a pesar de mi determinación de mantenerme despierto. Lo último que pienso antes de que la oscuridad me reclame es que esto, este momento robado, es lo más cerca que estaré nunca de tener lo que realmente quiero.

Una familia.

CAPÍTULO 12

EMMA

El roce de luz en mis párpados me despierta gradualmente. Por un momento, desorientada, no reconozco dónde estoy. El sofá bajo mi cuerpo no es el mío, y el olor en el aire...

Oh.

Abro los ojos de golpe. La habitación de Sophie está bañada en la luz gris del amanecer. La niña duerme plácidamente en su cuna, y en el otro extremo del sofá...

Marcus está dormido, la cabeza apoyada incómodamente contra el respaldo. Por primera vez desde que lo he vuelto a ver, su rostro está relajado, sin esa máscara de control que siempre lleva. Las cicatrices parecen más suaves en esta luz, menos amenazantes. Casi puedo ver en él al chico que conocí, al que solía sonreír sin reservas.

Me incorporo silenciosamente. La camiseta se me ha subido durante el sueño y... Dios, necesito salir de aquí.

El movimiento debe despertarlo porque sus ojos se abren de repente, con esa intensidad que siempre me hacía contener el aliento. Por un segundo, solo un segundo, hay algo vulnerable en su mirada. Después, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, el CEO está de vuelta.

—Yo... —empiezo, pero ¿qué se dice en una situación así?

El llanto de Sophie nos salva de este momento incómodo. Marcus se levanta de inmediato, su camisa arrugada por la noche en el sofá, y se dirige a la cuna. Lo observo mientras la coge con una delicadeza que contrasta brutalmente con su apariencia imponente.

—Deberías ir a vestirte —dice sin mirarme, su voz controlada otra vez—. Haré que traigan tu ropa lo antes posible.

Y así, el momento ha pasado. Volvemos a ser dos extraños unidos por un bebé y diez años de silencio.

Me escabullo hacia mi habitación, agradecida por la excusa para huir. Pero antes de cerrar la puerta, lo escucho murmurarle algo a Sophie, su voz tan suave que apenas lo reconozco.

Esta va a ser una convivencia interesante.

Apenas he tenido tiempo de darme una ducha rápida cuando empiezo a oír las voces. Muchas voces. Demasiadas.

Me asomo al pasillo, aún envuelta en una de las mullidas toallas que encontré en el baño y el sonido de tacones sobre mármol me hace tensarme.

El corazón se me detiene pensando que puede ser su novia.

—El señor Walker ha especificado que quiere los mejores diseñadores infantiles —una voz femenina y profesional resuena a lo lejos—. La habitación tiene que estar terminada para...

—Para ayer, lo sé —otra voz la interrumpe—. Ya he contactado con tres estudios de interiorismo especializados en...

Respiro aliviada cuando me doy cuenta de que es una de sus empleadas. Maldita sea, no debería sentir estas cosas. ¿Qué me importa a mí si Marcus tiene novia?

¿Qué demonios...?

Me visto rápidamente con la misma ropa de ayer (nota mental: necesito mis cosas YA) y me dirijo hacia el origen del caos. Con cada paso, las voces se multiplican. ¿Cuánta gente ha metido Marcus en el apartamento?

La escena que me encuentro en el salón es surrealista.

Al menos una docena de personas se mueven por el espacio como si estuvieran en una coreografía perfectamente ensayada. Dos mujeres con tablets discuten sobre paletas de color frente a un moodboard gigante. Un hombre mide las ventanas mientras dicta números a su asistente. Y en el centro de todo...

Marcus está de pie junto a la ventana, ya impecablemente vestido con un traje nuevo, ladrando órdenes por teléfono mientras revisa algo en su iPad. Sophie está en brazos de una mujer que, a juzgar por su traje de chaqueta de diseñador, debe cobrar más por hora de lo que yo gano en un mes.

—La hamaca custom-made llegará esta tarde —está diciendo una decoradora—. Y los papeles pintados franceses...

—Las cortinas tienen que ser de primera calidad —interrumpe otra —. Y el sistema de purificación de aire...

—Los juguetes educativos importados de Suecia...

Me quedo paralizada en la entrada, intentando procesar el caos controlado que se desarrolla frente a mí. ¿Es esto una broma?

—Ah, señorita Mitchell —una mujer con un moño tan tirante que debe doler se acerca con una tablet—. Justo a tiempo. Necesitamos su opinión sobre el nuevo guardarropa.

—¿Mi qué?

—El señor Walker ha sido muy específico sobre la calidad —desliza su dedo por la pantalla, mostrándome lo que parece un catálogo interminable de ropa—. Hemos seleccionado las mejores marcas: Chanel, Burberry, Prada...

—Para —levanto una mano—. ¿De qué estás hablando?

—Su nuevo guardarropa, por supuesto —me mira como si fuera obvio—. El señor Walker insistió en que necesitaría un vestuario apropiado para...

—¿Apropiado? —mi voz debe sonar más alta de lo normal porque varias personas se giran para mirar.

Marcus levanta la vista de su iPad, sus ojos encontrando los míos a través del caos. Hay algo en su mirada, una determinación férrea que hace que mi sangre hierva.

—Emma —se acerca, y el mar de gente se parte automáticamente para dejarlo pasar—. Necesitas ropa nueva. Y Sophie necesita...

—Sophie necesita amor y atención —lo corto—. No papeles pintados franceses ni... ¿juguetes suecos? ¿Es en serio?

—Todo tiene que ser perfecto —hay algo casi obsesivo en su tono —. La seguridad, el ambiente, la estimulación temprana...

—¿Y has pensado que quizás lo que necesita ahora mismo es que la cojas tú en lugar de una niñera que cobra más que un cirujano?

Sus ojos se estrechan peligrosamente.

—Estoy ocupado asegurándome de que tengáis todo lo que...

—No necesitamos «todo» —mi voz tiembla de frustración—. Y definitivamente no necesito un guardarropa nuevo. Tengo ropa perfectamente...

—Mereces lo mejor —me interrumpe, y hay algo casi feroz en su tono—. Las dos lo merecéis. Y ahora que estás aquí, que estáis aquí...

—Marcus...

—No es negociable —su voz no admite discusión—. Vas a tener que acostumbrarte. Los mejores diseñadores, la mejor ropa, la mejor educación para Sophie. Todo tiene que ser perfecto.

—¿Y has pensado que quizás lo que Sophie necesita ahora no es perfección? —repito para ver si esta vez me escucha, luego me acerco un paso, ignorando cómo todos en la habitación fingen no estar escuchando—. Necesita calor, necesita que la sostengas tú, no una niñera. No necesita cosas caras.

Su mandíbula se tensa. El músculo en su mejilla tiembla.

—El dinero no es un problema —hay algo casi desesperado en su tono, como si necesitara que lo entendiera—. Nada es demasiado para vosotras.

—No se trata del dinero, Marcus —suspiro, frustrada—. Se trata de que no puedes controlar

todo. No puedes comprar...

Sophie elige ese momento para empezar a llorar, y la mujer que la sostiene parece momentáneamente perdida.

—Dámela —extiendo los brazos automáticamente.

Pero Marcus se me adelanta, cogiendo a Sophie con una delicadeza que contrasta brutalmente con su postura rígida de hace un momento.

—Fuera —ordena, y su voz hace que todos en la habitación se detengan—. Todos fuera. Ahora.

El éxodo es inmediato y silencioso. En segundos, el ático pasa de parecer un set de televisión a estar completamente vacío, excepto por nosotros tres.

Sophie sigue llorando suavemente contra el hombro de Marcus, y por un momento, solo un momento, veo algo vulnerable en su expresión mientras la mece.

—Solo quiero daros todo —murmura, tan bajo que casi no lo oigo —. Todo lo que yo no...

Se interrumpe, y la máscara vuelve a caer en su lugar.

—La ropa llegará esta tarde —dice, su tono profesional otra vez—. Y los decoradores volverán mañana. No es una sugerencia, Emma. Es lo que va a pasar.

Lo miro, y por un momento veo dos Marcus superpuestos: el chico que solía sonreír en la biblioteca del instituto y este extraño que cree que puede comprar la felicidad. No sé cuál de los dos me desconcierta más.

MARCUS

El reflejo en el ventanal de mi despacho me devuelve la misma imagen de siempre: traje oscuro hecho a medida, corbata perfectamente anudada, expresión impasible. El imperio de cristal y acero que he construido se extiende bajo mis pies, cuarenta pisos de poder y control absoluto.

Y aun así no es suficiente.

Emma está en algún lugar del ático, probablemente furiosa por mi «intromisión» en su vida. Como si tuviera otra opción. Como si pudiera dejarla ir ahora que el destino me ha dado esta segunda oportunidad.

Mis dedos rozan inconscientemente la cicatriz que parte mi mejilla. El cristal me devuelve un reflejo distorsionado: medio rostro en sombras, medio rostro en ruinas. Como mi vida. Como todo lo que soy.

Si voy a obligarla a vivir con un monstruo, lo mínimo que puedo hacer es cubrirla de lujo. Darle todo lo que merece una criatura tan perfecta como ella. Compensar de alguna manera el hecho de que tendrá que verme cada día, que tendrá que compartir espacio con alguien como yo.

Mi teléfono vibra.

—¿Señor Walker? —Es mi asistente—. Los diseñadores necesitan su aprobación para...

—Todo —la corto—. Lo quiero todo. Lo mejor. Lo más exclusivo.

Porque es lo único que puedo darle. Lo único que puedo ofrecer para compensar mis cicatrices, mis secretos, mi oscuridad.

Emma Mitchell merece un príncipe.

Pero tendrá que conformarse con un monstruo en una torre de cristal.

El día pasa en un caos de reuniones, llantos de bebé y la cara enfadada de Emma.

Cuando llegan las once de la noche voy a mi gimnasio privado. Es mi refugio después de un día interminable organizando horarios imposibles. Emma ha insistido en mantener la librería, por supuesto. La forma en que sus ojos brillaban mientras hablaba de volver a sus libros... no he podido negarme. Aunque la idea de que esté fuera de mi vista, lejos de mi protección... me ponga enfermo. Tiene que tener su vida o me dejará.

Sacudo la cabeza, intentando despejar esos pensamientos. El acuerdo al que hemos llegado es... aceptable. Ella irá a la librería por las mañanas mientras yo trabajo desde casa, cuidando a Sophie. Después, cuando vuelva, yo podré ir a la oficina para las reuniones imprescindibles. Todo perfectamente organizado, controlado, medido.

Como mi vida antes de que ella volviera a ella.

Me quito la camiseta empapada en sudor. Llevo más de una hora golpeando el saco, intentando exorcizar la frustración de tenerla tan cerca y a la vez tan lejos. El espejo de la pared me devuelve la imagen que tanto odio: las cicatrices no se limitan a mi rostro, se extienden por mi torso como un mapa de pesadillas.

El ritmo de mis puños contra el saco marca el tiempo como un metrónomo: derecha, izquierda, derecha. El dolor en mis músculos es mejor que el otro dolor. El que viene cuando la veo y no puedo tocarla. Cuando recuerdo cómo solía mirarme antes, cuando estaba entero, cuando era...

El suave clic de la puerta me paraliza.

Me giro lentamente, y el aire abandona mis pulmones.

Emma está en el umbral, y la visión es como un puñetazo en el estómago. Lleva unos leggings negros que se ajustan a sus curvas como una segunda piel, y un top deportivo que deja al descubierto una franja de piel pálida en su abdomen. Su pelo está recogido en una coleta desordenada, algunos mechones sueltos enmarcando su rostro sonrojado.

Por un momento, solo un momento, me permito beberla con la mirada. La forma en que su pecho sube y baja con su respiración agitada, el ligero temblor en sus labios entreabiertos, la

manera en que sus ojos recorren mi torso desnudo antes de apartarse bruscamente...

—Oh —dice ella, dando un paso atrás—. Lo siento, no sabía que... pensé que estarías...

Su voz se apaga, y noto cómo intenta mantener sus ojos en mi cara, evitando mirar las cicatrices que marcan mi piel. El rechazo duele más de lo que debería.

—El gimnasio es todo tuyo —mi voz suena más brusca de lo que pretendo—. Ya me iba.

Pero mis pies no se mueven. No puedo moverme. No cuando ella está ahí, respirando el mismo aire que yo, su aroma a vainilla mezclándose con el olor a cuero del saco de boxeo y a sudor.

Ella tampoco se mueve.

El silencio entre nosotros es denso, cargado de algo que me niego a identificar. Emma sigue en el umbral, su mano aferrada al marco de la puerta como si necesitara algo a lo que agarrarse. Sus ojos... sus ojos vuelven a mi torso una y otra vez, aunque intenta disimularlo.

Por un momento, solo un momento, me permito imaginar que lo que veo en su mirada no es repulsión. Que ese ligero temblor en sus labios, el rubor que se extiende por su cuello, la forma en que su respiración se ha vuelto más superficial... es deseo. No. Estoy viendo lo que quiero ver. Proyectando mis propios deseos retorcidos en ella.

—Yo... —su voz suena más ronca de lo normal—. Venía a hacer algo de yoga.

Yoga. La imagen mental de Emma en posturas de yoga me golpea con tanta fuerza que tengo que dar un paso atrás, buscando apoyo en el saco de boxeo.

—Por supuesto —consigo decir, aunque mi voz suena extraña incluso para mí—. Las esterillas están en...

Me interrumpo cuando ella da un paso adelante, entrando completamente en el gimnasio. La luz de la noche que se filtra por los ventanales dibuja sombras en su piel expuesta. Los leggings... Dios, esos leggings deberían ser ilegales.

—Puedo volver en otro momento —dice, pero no se mueve hacia la puerta. Si acaso, da otro pequeño paso hacia mí.

El espacio entre nosotros se reduce, y el aire parece cargarse de electricidad. Una gota de sudor resbala por mi pecho, y sus ojos la siguen. El movimiento es tan rápido que casi me lo pierdo, pero está ahí. Como está ahí la forma en que se muerde el labio inferior, un gesto que recuerdo demasiado bien del instituto.

No. No puedo permitirme pensar así. No cuando las cicatrices en mi piel son un recordatorio constante de por qué no puedo tenerla.

—Debería ducharme —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

Su mirada salta a mi rostro, y por un segundo veo algo en sus ojos. Algo oscuro y hambriento que hace que todo mi cuerpo se tense en respuesta.

—Marcus... —mi nombre en sus labios suena como una pregunta. O una súplica.

El aire entre nosotros prácticamente chispea. Un paso. Es todo lo que nos separa. Un paso y podría...

El sonido del monitor de bebé en su mano nos sobresalta a ambos. Sophie se remueve en sueños, y el momento se rompe como un cristal.

—Voy yo —murmuro, cogiendo mi camiseta del suelo.

Esta vez sí consigo moverme hacia la puerta, pasando junto a ella. El aroma a vainilla de su champú me golpea, mezclándose con el olor a cuero y sudor del gimnasio. Es una combinación que me perseguirá en sueños.

—Marcus —su voz me detiene en la puerta—. Tus cicatrices...

—No —la corto, mi tono más duro de lo necesario—. No voy a hablar de eso.

Salgo antes de que pueda decir más, antes de que la tentación de quedarme sea demasiado fuerte. Antes de que cometa el error de creer que alguien tan perfecto como ella podría desear a alguien tan roto como yo.

Voy hasta la habitación de la niña para atenderla, pero descansa plácidamente. Le acaricio la cara y voy a mi cuarto de baño.

La ducha me espera. Fría. Muy fría.

El agua golpea mi piel como agujas de hielo, pero no es suficiente. La imagen de Emma en ese maldito conjunto de yoga está grabada a fuego en mi mente. La forma en que la tela se ajustaba a sus curvas, cómo su piel brillaba bajo la luz nocturna, el ligero temblor en sus labios cuando...

Golpeo la pared de la ducha con la palma abierta. El dolor agudo es una distracción momentánea, pero mi cuerpo tiene otros planes. La excitación que he estado conteniendo desde que la vi en el gimnasio es casi dolorosa.

Cierro los ojos, pero es peor. Sin la distracción visual, los otros sentidos se intensifican: todavía puedo oler su perfume a vainilla mezclado con el aroma del gimnasio, puedo escuchar el eco de mi nombre en sus labios, ese «Marcus» que sonaba casi como una súplica.

Mi mano se desliza por mi abdomen casi sin permiso. Debería parar. Debería...

Pero entonces recuerdo cómo sus ojos seguían la gota de sudor por mi pecho. Cómo se mordía el labio, ese gesto que me volvía loco en el instituto y que ahora... Dios.

Mi mano se cierra alrededor de mi dolorosa erección y un gemido escapa de mi garganta. El agua sigue cayendo, ahora tibia, dibujando caminos por mi piel que imagino que son sus dedos.

¿Haría un pequeño sonido de sorpresa si la beso? ¿Seguiría arqueándose contra mí como aquella vez en la biblioteca, cuando casi...?

El ritmo de mi mano se acelera con los recuerdos. Ya no intento contener las imágenes: Emma en ropa de yoga, Emma mordiendo su labio, Emma dando ese paso hacia mí en el gimnasio. Emma, Emma, Emma.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me hace apoyar la frente contra los azulejos fríos. Su nombre muere en mis labios mientras el placer recorre mi cuerpo en oleadas.

Cuando la bruma del deseo se disipa, la realidad vuelve con fuerza. El reflejo distorsionado en los azulejos me muestra lo que soy: un monstruo marcado fantaseando con una mujer que merece mucho más que mis cicatrices y mis secretos.

Cierro el grifo con más fuerza de la necesaria. El agua fría no ha servido de nada. Ni servirá. No mientras ella esté bajo mi techo, tentándome con lo que no puedo tener.

Con lo que no merezco tener.

CAPÍTULO 13

EMMA

—¿Lo encontraste haciendo ejercicio sin camiseta? —Claire sonríe sobre su café con leche descremado.

La cafetería está llena del bullicio habitual de media mañana, pero mi amiga parece haber olvidado que estamos en un lugar público. Varias personas se giran para mirarnos, y yo hundo la cara en mi taza de té Earl Grey, deseando desaparecer.

—Solo fui al gimnasio a hacer yoga —murmuro—. No sabía que estaría allí, golpeando el saco de boxeo, sin camiseta, todo sudado y...

—Para, para —Claire levanta una mano—. ¿Me estás diciendo que te encontraste sin querer a Marcus Walker, empapado en sudor en su gimnasio privado a las once de la noche?

Cuando lo dice así parece como si yo hubiera forzado las cosas.

—No es lo que piensas —juego nerviosamente con la servilleta—. Fue... incómodo.

—¿Incómodo? —sus ojos verdes brillan con malicia—. Emma Mitchell, la forma en que describes sus músculos brillando con el sudor no suena precisamente a «incómodo».

—No he descrito nada sobre músculos brillantes.

—Oh, cariño —sonríe—. Tu cara lo está describiendo por ti.

Me hundo más en mi silla, consciente del calor que sube por mi cuello.

—No ayudas.

—No intento ayudar —da un sorbo a su café, estudiándome por encima del borde de la taza—. Intento entender cómo puedes estar tan... afectada por alguien que dices odiar.

—Debería odiarlo —suspiro, dando vueltas a mi taza de té—. Y una parte de mí lo hace, Claire. Diez años sin una explicación, sin una palabra... pero luego lo veo con Sophie y...

—¿Y? —me anima cuando me quedo en silencio.

—Y es tan... diferente. Tan controlador con todo, con sus horarios obsesivos y sus estándares imposibles, pero luego ella hace un puchero y se derrite completamente —una sonrisa se me escapa sin permiso—. Esta mañana lo pillé cantándole mientras le cambiaba el pañal. ¡Cantando! El gran Marcus Walker, terror de Wall Street, cantando «Twinkle, Twinkle, Little Star» con voz grave mientras Sophie le agarraba un dedo con su manita...

—Y tus ovarios explotaron.

—¡Claire!

—¿Qué? Es la verdad —se inclina sobre la mesa, bajando la voz—. Y las cicatrices... ¿realmente son tan...?

Me muerdo el labio, recordando cómo la luz del gimnasio las dibujaba sobre su piel.

—Le dan un aire... —me detengo, buscando la palabra correcta—. Peligroso. Como un guerrero o algo así.

La sonrisa de Claire se ensancha como la del gato de Cheshire.

—Vaya, vaya —canturrea—. Así que no solo son los músculos. Te va el rollo de chico malo herido.

—No me va ningún rollo —protesto, pero el calor en mis mejillas me delata—. Es solo que... es una tortura, Claire. Verlo cada día, vivir con él... Debería estar planeando mi venganza, no fantaseando con...

Me interrumpo bruscamente, pero es demasiado tarde.

—¿Con qué, Emma? —sus ojos brillan con diversión—. ¿Con pasar tus dedos por esas cicatrices? ¿Con descubrir si sus músculos son tan duros como parecen?

—Te odio.

—No, me adoras —da otro sorbo a su café—. Y estás que ardes por Marcus Walker. Admítelo.

—Es complicado —jugueteo con la servilleta, haciéndola trizas—. A veces lo miro y veo al chico del instituto, el que me dejaba chocolatinas en la taquilla cuando estaba triste. Y otras veces... otras veces es este extraño en traje de diseñador que cree que puede controlar el mundo.

—¿Y cuál de los dos te pone más?

—¡Claire! —pero no puedo evitar reírme—. Eres terrible.

—Soy realista —se encoge de hombros—. Estás viviendo con un hombre que parece sacado de una novela romántica: millonario, misterioso, con cicatrices de batalla y un lado tierno que solo muestra con bebés. La pregunta no es por qué estás caliente por él, sino cómo no has sucumbido ya a la tentación.

Pienso en anoche, en cómo el aire chispeaba entre nosotros en el gimnasio. En cómo sus ojos se oscurecieron cuando di un paso hacia él. En cómo, por un momento, pareció que iba a...

—Porque no puedo —digo finalmente—. No puedo olvidar que me abandonó sin una explicación. No puedo fingir que estos diez años no han pasado. No puedo...

—¿Confiar en él? —termina Claire, su tono más suave ahora.

—Exacto —suspiro—. Y ahora tenemos que criar a Sophie juntos, y él está siendo tan... tan...

—¿Intenso? ¿Dominante? ¿Sexy?

—Imposible —decido—. Está siendo completamente imposible.

Claire abre la boca para responder, probablemente con otro comentario incendiario, pero mi teléfono vibra sobre la mesa. El nombre de Marcus parpadea en la pantalla y mi corazón da un vuelco traidor.

«Me pasaré por la librería en algún momento de la mañana. Necesitamos hablar de los horarios de Sophie.»

Directo y controlador, como siempre. Ni un «por favor», ni un «si puedes». Y esa vaguedad... «en algún momento». Como si mi tiempo fuera suyo para disponer. Debería estar furiosa.

Pero no lo estoy.

—¿Y bien? —pregunta Claire—. ¿Qué dice nuestro CEO favorito?

—Que vendrá a la librería en «algún momento» —imito su tono autoritario—. Típico de él, mantener el control incluso sobre cuándo aparecerá.

—Mmm —Claire da un sorbo a su café—. ¿Y no será que quiere pillarte desprevenida? Ya sabes, verte en tu elemento, rodeada de libros como en los viejos tiempos...

—Va a venir a discutir horarios —pero incluso yo noto lo débil que suena mi excusa.

—Claro, horarios —su sonrisa es diabólica—. ¿Es eso lo que llaman ahora a desnudarse con la mirada?

—Te odio —repito, pero no puedo evitar sonreír—. Y llegaré tarde.

—Emma —me detiene cuando estoy a punto de irme—. Cuida tu corazón.

Su tono serio me hace detenerme. Por un momento, solo un momento, me permito ser completamente honesta:

—A veces pienso que esa advertencia llega diez años tarde.

El camino a la librería es un torbellino de pensamientos. «En algún momento de la mañana». Genial. Ahora tendré que estar pendiente de la puerta toda la mañana, esperando su aparición como si fuera... No. No voy a estar pendiente. Tengo trabajo que hacer. Y quizás... quizás hoy sea el día. Quizás por fin encuentre las palabras que llevan años atascadas en mi garganta.

La campanilla de la puerta suena por enésima vez esta mañana, y mi corazón da un vuelco como lleva haciéndolo cada vez desde que recibí su mensaje. Pero no es él quien entra.

Arrojo otra bola de papel a la papelera. Las palabras no fluyen. O quizás fluyen demasiado.

Todo lo que escribo suena a anhelo y frustración, a preguntas sin respuesta y deseos prohibidos. A él.

La cliente que acaba de entrar se pierde entre las estanterías, y yo vuelvo al cuaderno frente a mí. La página en blanco me devuelve la mirada, burlándose de mi incapacidad para plasmar lo que siento. Debería estar trabajando en el inventario, o reorganizando la sección de novedades, o cualquier cosa excepto intentar escribir mientras espero su llegada como una adolescente.

Otra bola de papel se une a la colección creciente. Y otra. Y otra.

La campanilla vuelve a sonar.

Esta vez es diferente. El aire cambia, se vuelve más denso, más eléctrico. Como si la propia atmósfera de la librería respondiera a su presencia.

—Buenos días, Emma.

Su voz. Dios, su voz. Grave, controlada, con ese toque de autoridad que hace que mi columna se enderece automáticamente. Me giro en la silla, intentando parecer compuesta, profesional, como si no hubiera estado escribiendo (y descartando) páginas llenas de sentimientos que no debería tener.

MARCUS

La campanilla tintinea suavemente mientras entro en la librería. El aroma a libros viejos y té me golpea como un puñetazo de nostalgia.

Pero esta no es la biblioteca del instituto. Esta es su librería. Su reino. Cada detalle grita Emma: desde los sillones vintage hasta las lámparas art déco, desde la pequeña zona de café hasta los carteles de primeras ediciones enmarcados con cuidado.

La encuentro en su pequeña oficina, y la imagen me roba el aliento por un momento. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado, con mechones rebeldes enmarcando su rostro. La luz de la mañana que se filtra por los ventanales la baña en un resplandor dorado, y por un segundo... por un segundo es como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero entonces noto algo más. Algo que hace que mi ceño se frunza.

El suelo alrededor de su escritorio está salpicado de bolas de papel arrugadas. Emma está inclinada sobre un cuaderno.

—Buenos días, Emma.

La veo tensarse al oír mi voz. Hay algo tan vulnerable en su expresión que hace que mi pecho se contraiga. Un rubor sube por su cuello, y me pregunto si es por mi presencia o por lo que sea que estaba escribiendo.

Sus ojos se agrandan cuando nota que estoy mirando los papeles en el suelo. Hace un

movimiento como para recogerlos, pero se detiene, como si supiera que es demasiado tarde.

—¿Interrumpo algo?

La pregunta sale más suave de lo que pretendo. Hay algo en este momento, algo frágil y precioso, como si hubiera tropezado con un secreto que no estaba destinado a descubrir.

Me agacho para recoger uno de los papeles, más por instinto que por decisión consciente. El movimiento hace que mi pierna proteste, pero lo ignoro.

—¡No! —su voz tiene un toque de pánico que me hace detenerme.

Las primeras líneas capturan mi atención inmediatamente. No es un pedido, ni cuentas, ni nada relacionado con la librería. Es... una historia. Apenas alcanzo a leer un fragmento sobre una mujer que vende sueños ajenos mientras guarda los suyos bajo llave, cuando su voz me interrumpe.

—Marcus... —suena tensa, vulnerable.

Ella se levanta bruscamente, como si necesitara moverse, hacer algo. Sus dedos juegan nerviosamente con otro trozo de papel.

—¿Qué es?

—No es nada —dice rápidamente, pero hay algo en su tono, algo crudo y expuesto que hace que mi pecho se contraiga—. Solo... tonterías. Estaba intentando escribir algo que nunca... Se interrumpe, mordiéndose el labio. El gesto es tan familiar, tan propio de la chica que conocía, que me deja sin aliento

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, y aunque intento mantener mi tono neutral, algo debe delatarme porque ella me mira sorprendida.

—¿Qué?

—¿Qué cuánto tiempo llevas escribiendo?

La pregunta parece desarmarla. Se apoya en el mostrador, como si necesitara el apoyo físico.

—Yo... —duda, y puedo ver el momento exacto en que decide ser honesta—. Desde siempre. Desde que puedo recordar. Pero nunca he tenido tiempo suficiente, ni dinero suficiente para... —su risa es amarga—. ¿Quién va a pagar las facturas mientras intento escribir la gran novela americana?

Cada palabra es como un puñal. Todos estos años siguiendo sus pasos, vigilando cada movimiento, y nunca... nunca vi esto. Su verdadero sueño, enterrado bajo capas de supervivencia y responsabilidades.

Responsabilidades que tiene porque yo la abandoné.

—¿Nadie lo sabe? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta. Mis informes habrían mencionado algo así.

—No —susurra, y hay algo tan íntimo en esta confesión que hace que el aire entre nosotros se vuelva denso—. Es... es estúpido. Un sueño infantil que...

—No —la interrumpo, y mi voz suena más áspera de lo que pretendo—. No es estúpido.

Levanta la vista, sorprendida por mi vehemencia. Por un momento, nuestras miradas se encuentran, y el aire prácticamente chispea con todo lo no dicho.

—Marcus...

El sonido de mi nombre en sus labios es casi mi perdición. Doy un paso hacia ella antes de poder detenerme. Ella no retrocede.

Podría hacerlo. Podría cruzar la distancia que nos separa, tomar su rostro entre mis manos, decirle que escribiré todos los cheques necesarios, que puede tener todo el tiempo del mundo, que...

Pero entonces veo mi reflejo distorsionado en el cristal de un cuadro: las cicatrices, el recordatorio constante de por qué no puedo tener esto. De por qué no la merezco.

Me enderezo, recuperando mi postura de CEO.

—Los horarios de Sophie —digo, y odio cómo mi voz suena fría de nuevo—. Necesitamos coordinarnos.

Pero mientras hablo de rutinas y organización, mientras finjo que no acabo de descubrir algo precioso y frágil, mi mente ya está trabajando. Porque puede que no merezca su amor, puede que no pueda tener su perdón, pero esto...

Esto puedo dárselo.

Puedo ayudarle a lograr su sueño.

Aunque ella no lo sepa nunca.

CAPÍTULO 14

EMMA

El edificio de Walker Enterprises se alza como un monolito de cristal y acero en pleno Manhattan. Tanto poder corporativo hace que mis rodillas tiemblen ligeramente mientras el ascensor privado asciende. Sophie, ajena a mi nerviosismo, balbucea feliz en mis brazos.

—La última planta —me había dicho la recepcionista con una mezcla de respeto y curiosidad —. El señor Walker las está esperando.

Por supuesto que tiene su despacho en la última planta. Es tan arrogante…

Las puertas del ascensor se abren directamente a una recepción decorada con un gusto tan exquisito como impersonal. Todo es tan... gris. Diferentes tonos de gris, pero gris al fin y al cabo. Como si alguien hubiera decidido que el color no es lo suficientemente serio para el mundo empresarial.

La asistente de Marcus me guía por un pasillo flanqueado por obras de arte abstracto que probablemente cuestan más que mi librería.

—El señor Walker está en una llamada, pero me pidió que las hiciera pasar directamente.

Asiento, preguntándome qué puede ser tan urgente como para que Marcus insistiera en que trajera a Sophie a su oficina. Normalmente es casi obsesivo con mantener sus dos mundos separados: el CEO implacable y el... lo que sea que es cuando está con nosotras.

La asistente abre las enormes puertas de madera oscura y...

Oh. Dios. Mío.

Me detengo en seco, tanto que Sophie suelta una risita por el movimiento brusco. El despacho de Marcus es... no hay palabras.

La mitad izquierda es exactamente lo que esperarías del CEO de un imperio corporativo: sobria, elegante, dominada por un escritorio que parece tallado de una sola pieza de ébano. Pero la mitad derecha...

—¿Qué demonios...? —susurro.

—¡Ah, la familia ha llegado! —una voz alegre me sobresalta.

James Richardson está repantigado en uno de los sillones de cuero, con los pies sobre... ¿eso es un parque de bebé? No, no un simple parque. Es como si alguien hubiera decidido crear el equivalente ejecutivo de una zona de juegos: todo en tonos elegantes que combinan con la decoración, pero inequívocamente diseñado para un bebé.

Hay juguetes. Muchos juguetes. Todos cuidadosamente seleccionados para la edad de Sophie, todos colocados con una precisión que grita «Marcus» por todas partes. Un móvil musical cuelga estratégicamente para estimular no sé qué parte del desarrollo cognitivo (puedo imaginarlo investigando durante horas). Hay algo que parece una mini estación de actividades, con luces y sonidos, y...

—El gran jefe ha estado ocupado, ¿eh? —James se levanta con esa elegancia descuidada que parece natural en él—. Deberías haberlo visto supervisando la instalación. Tres personas fueron despedidas porque el tono de beige no era exactamente el que había especificado.

—James... —la voz de Marcus suena como una advertencia desde algún lugar a mi derecha.

Está de pie junto al ventanal, el teléfono aún en la mano, con ese aire de autoridad natural que hace que incluso el traje más caro parezca una segunda piel.

Sophie suelta un chillido de alegría al verlo y estira sus bracitos. Algo parpadea en la expresión de Marcus, tan rápido que casi me lo pierdo. ¿Orgullo? ¿Ternura?

—Ven aquí, pequeña —James se acerca para cogerla, y la mirada que le lanza Marcus es más de advertencia paternal que de prohibición—. Tranquilo, jefe, tendré cuidado con el bebé más famoso de Manhattan.

—¿El bebé más... qué?

Marcus murmura algo al teléfono y termina la llamada, guardándolo en el bolsillo de su traje con un movimiento preciso. Su manera de moverse, tan controlada, tan medida, contrasta brutalmente con James, que está haciendo carantoñas a Sophie mientras la balancea.

—Katherine —la voz de Marcus corta el aire—, haz pasar a Victoria.

La asistente asiente y desaparece tan silenciosamente como llegó. Segundos después, una mujer que parece sacada de la portada de Vogue entra en el despacho. Lleva un traje rojo cereza y unos tacones de infarto. Ojalá yo pudiera usar esos zapatos con la mitad de elegancia…

—Emma Mitchell —sonríe, extendiendo una mano con una manicura perfecta—. Victoria Pierce, directora de relaciones públicas. No sabes cuánto me alegro de que por fin estés aquí.

Hay algo en su tono que me pone en guardia instantáneamente.

—¿Por fin?

Victoria intercambia una mirada con Marcus antes de sacar una tablet de su maletín de diseñador.

—Tenemos... una situación —dice, deslizando el dedo por la pantalla—. O más bien, una oportunidad, dependiendo de cómo lo mires.

—Enséñaselo —ordena Marcus, acercándose. Su presencia a mi espalda hace que mi piel

hormiguee.

Victoria gira la tablet hacia mí. La pantalla muestra una serie de titulares de revistas y periódicos:

«EL BEBÉ DE SAN VALENTÍN: La heredera que llegó el día de los enamorados para unir al soltero más cotizado de Manhattan con su amor del instituto»

«ROMANCE Y TRAGEDIA: La conmovedora historia detrás de la nueva familia Walker»

«DE COMPAÑEROS DE INSTITUTO A PADRES: El destino los reúne el día de San Valentín»

—Oh, no —murmuro, sintiendo cómo el color abandona mi rostro —. No, no, no...

—Oh, sí —James suena demasiado divertido mientras Sophie juega con su corbata—. Eres prácticamente una celebridad. La misteriosa librera que ha conseguido lo que medio Manhattan lleva años intentando: formar una familia con el inalcanzable Marcus Walker.

—Esto es ridículo —protesto—. No hemos formado ninguna familia, solo estamos...

—Criando juntos a un bebé —me interrumpe Victoria—. Viviendo juntos. Apareciendo juntos en público. La prensa está enloquecida, especialmente desde que alguien os vio en un supermercado comprando pañales.

James suelta una carcajada.

—Ah, sí, la famosa expedición al mundo real. Todavía no me creo que consiguieras que pusiera un pie en un supermercado normal.

—James... —el tono de Marcus promete venganza.

—¿Qué? Es la verdad. El gran Marcus Walker comprando pañales con una moneda de un dólar en el carrito...

—¿Podemos centrarnos? —Victoria golpea su tablet con una uña perfectamente esmaltada—. Necesitamos organizar la presentación en sociedad de Sophie. Todo Manhattan está esperando conocer a la heredera que ha conseguido lo que nadie había logrado: hacer que Marcus Walker forme una familia. Necesitamos coordinar su primera aparición pública como...

—No somos una familia —la corto—. No hay nada que coordinar.

Victoria me mira como si fuera una niña particularmente lenta.

—Querida —hay algo condescendiente en su tono que me eriza la piel—, deberías ser más consciente de con quién te has casado. La posición social de Marcus exige ciertos...

—No estamos casados —la interrumpo, y mi cara debe estar del color de su traje.

El silencio que sigue es tan denso que casi se puede cortar. James, por primera vez desde que lo conozco, parece haberse quedado sin palabras. Marcus... no me atrevo a mirarlo.

—Oh —Victoria parpadea, genuinamente sorprendida—. Yo pensé... es decir, viviendo juntos, con la niña... —se recompone rápidamente—. Bueno, eso complica un poco las cosas, pero nada que no podamos...

—Suficiente —la voz de Marcus corta el aire como un cuchillo.

—Solo digo que la sociedad de Manhattan tiene ciertas expectativas —insiste Victoria—. Una presentación en sociedad requiere...

Si no puedo librarme de esta locura lo mejor que pueda hacer es controlarla. Y sé la persona perfecta para que me ayude a hacerlo.

—Ya sé quién puede organizarla —las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas. Todos me miran—. Mi mejor amiga, Claire Price. Es la wedding planner más exclusiva de la ciudad.

—¿Claire Price? —los ojos de Victoria se iluminan—. ¿La de «Price Perfect»?

—La misma —agradezco el cambio de tema—. Nadie mejor que ella para organizar algo así.

—Oh, esto es perfecto —James recupera su sonrisa burlona—. La wedding planner más cotizada organizando la presentación del bebé de San Valentín. La prensa va a...

—James —Marcus lo interrumpe—, ¿no deberías estar preparándote para la visita de tu madre? Estoy seguro de que tiene una larga lista de candidatas a nuera esperando ser presentadas.

El efecto es inmediato. James palidece visiblemente, toda su actitud despreocupada evaporándose.

—Eso ha sido un golpe bajo, Walker —murmura, pasándome a Sophie con cuidado—. Muy, muy bajo.

Victoria ya está tecleando en su tablet.

—Contactaré con Claire Price inmediatamente. Necesitamos que todo sea perfecto. La prensa, la alta sociedad, todos estarán pendientes de la nueva familia Wal...

—No somos... —empiezo, pero me interrumpo. Es inútil.

Sophie suelta una risita, completamente ajena al caos que la rodea. Sus pequeños dedos se aferran a mi blusa mientras observa fascinada las luces del móvil musical que cuelga sobre su parque de juegos.

Al menos una de nosotras se está divirtiendo.

MARCUS

«No estamos casados.»

Las palabras de Emma resuenan en mi cabeza mientras Victoria sigue hablando sobre la presentación. Sophie juega con un mechón de pelo de su... no, no su madre. Su tutora. Como yo soy su tutor.

Tutor.

La palabra nunca me había parecido tan... inadecuada.

Victoria tiene razón en algo: vivimos juntos, criamos a una niña juntos, aparecemos en público juntos. A los ojos de la sociedad, somos una familia. Excepto por el pequeño detalle de que no lo somos. No realmente. No legalmente.

Sophie suelta una risita cuando Emma la mece suavemente. El sonido hace que algo se retuerza en mi pecho. ¿Qué pasaría si Emma conociera a alguien? ¿Si decidiera mudarse? ¿Si formara su propia familia?

La idea hace que mis dedos se cierren en un puño.

—Necesitamos que todo sea perfecto —está diciendo Victoria—. La prensa, la alta sociedad, todos estarán pendientes de la nueva familia Wal...

—No somos... —empieza Emma, pero se interrumpe, la frustración evidente en su voz.

Apenas escucho el resto de la conversación. Mi mente está en otro lugar, imaginando cómo sería verla caminar hacia mí en un vestido blanco, cómo sonaría su voz pronunciando los votos, cómo...

La observo mientras Sophie juega con su blusa, fascinada por las luces del móvil musical que cuelga sobre su parque de juegos. Se ven tan... correctas juntas. Tan perfectas.

Matrimonio.

La idea se planta en mi mente como una semilla. Tiene sentido, desde un punto de vista puramente lógico. Protegería a Sophie. Nos daría estabilidad legal. Mantendría a Emma... mantendría a Emma conmigo.

Para siempre.

La veo levantarse, Sophie segura en sus brazos.

—Deberíamos irnos, es hora de su siesta y...

—Emma —la detengo. La veo tensarse, pero no se gira—. Sobre lo que ha dicho Victoria...

—Estoy cansada, Marcus —me interrumpe, sin darme opción a profundizar en el asunto del matrimonio.

La observo marcharse, su figura recortada contra la luz del pasillo. Sophie agita su manita por encima de su hombro, despidiéndose.

Mi familia.

El pensamiento me golpea con fuerza. Son mi familia. Y haré lo que sea necesario para mantenerlas a mi lado. Si eso significa un anillo, un vestido blanco y una ceremonia...

Bien.

Después de todo es lo que nunca me he atrevido a soñar.

Pero ahora puedo vestirlo como si fuese algo lógico.

Solo otro negocio que cerrar.

Solo otro plan que ejecutar.

Solo otra batalla que ganar.

Y yo nunca pierdo.

CAPÍTULO 15

EMMA

Un olor delicioso me alcanza en el mismo momento en el que salgo de la ducha. Debe ser mi imaginación, porque Marcus nunca está en casa a esta hora y… mucho menos estaría cocinando, ¿verdad?

Me detengo en seco en la entrada de la cocina, el pelo aún húmedo goteando sobre mi camiseta vieja.

Oh. Dios. Mío.

Pues sí. Marcus Walker, CEO de un imperio corporativo, está en su cocina de diseño... cocinando. Ha cambiado su habitual traje de diseñador por unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca sin mangas que se ajusta a sus músculos como una segunda piel. Es lo más informal que le he visto desde que nos hemos reencontrado, y por alguna razón, verlo así, en esta versión doméstica y relajada, hace que mi corazón se salte varios latidos.

Parpadeo, segura de que estoy alucinando. Pero no: ahí está, moviéndose entre los fogones con una gracia que no debería ser legal en alguien de su tamaño. La tela de la camiseta se tensa sobre sus hombros mientras remueve algo en una sartén, y puedo ver el borde de algunas cicatrices asomando en sus brazos, como recordatorios de historias que no conozco.

—La cena estará en diez minutos —dice sin girarse, y su voz grave hace que algo se derrita en mi interior—. ¿Podrías abrir el vino?

No «hola». No «¿te apetece cenar?». Solo una orden envuelta en la presunción de que, por supuesto, voy a cenar con él. Tan típico de este nuevo Marcus.

—¿Desde cuándo cocinas? —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

—El vino está en la nevera —me interrumpe, señalando con la cabeza sin apartar la vista de lo que está cocinando—. Rioja. Necesita respirar.

No responde a mí pregunta y yo tampoco se lo exijo.

Me muevo en piloto automático hacia la nevera, intentando no fijarme en cómo los pantalones de chándal cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas. La botella está ahí, por supuesto, a la temperatura exacta. Como todo en su vida, perfectamente controlado.

—Los decantadores están... —empieza.

—En el armario de arriba —termino por él. Llevo semanas viviendo aquí, por mucho que él crea que necesito que me diga dónde está todo.

El problema es que el armario está demasiado alto. Incluso de puntillas apenas rozo el borde.

Podría subirme a la encimera, solo necesito...

—Ni se te ocurra.

Su voz suena mucho más cerca. Demasiado cerca. Y entonces sus manos están en mis caderas, grandes y calientes, y mi camiseta debe haberse subido en algún momento porque sus dedos están sobre mi piel desnuda y...

Oh.

El gemido que escapa de mi garganta es vergonzoso, pero no tanto como el gruñido que sale de él. Sus manos se tensan, sus dedos marcando puntos de calor en mi piel, y por un momento, solo un momento, se pega completamente a mi espalda.

El mundo se detiene.

Puedo sentir cada centímetro de él contra mí, sólido y caliente. Su respiración en mi nuca hace que se me erice la piel. Y entonces se estira para alcanzar el decantador, su pecho presionando contra mi espalda en un movimiento tortuosamente lento.

Cierro los ojos. No debería sentirse así. No debería querer arquearme contra él, girar la cabeza y...

El calor desaparece tan bruscamente como llegó. Cuando abro los ojos, Marcus está de vuelta en los fogones como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de poner todo mi mundo del revés.

—La pasta está lista —dice, su voz engañosamente normal—. ¿Puedes poner la mesa?

Me quedo mirándolo sorprendida, incapaz de reaccionar. Quizás es eso lo que le hace seguir hablando.

—Siempre me ha gustado cocinar —dice de repente, rompiendo el silencio mientras sirve la pasta en dos platos—. Desde niño. Cuando no había nada para comer cocinaba yo.

La confesión queda flotando en el aire entre nosotros. Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que no le he oído nunca, que hace que contenga la respiración. Es la primera vez que menciona algo de su infancia, y por la forma en que sus hombros se tensan, sé que ha dicho más de lo que pretendía.

—¿Dónde aprendiste? —pregunto suavemente, como si temiera espantar este momento de honestidad.

Pero el hechizo ya se ha roto. Su mandíbula se tensa, y cuando coloca los platos en la isla de la cocina, sus movimientos han recuperado esa precisión militar que lo caracteriza.

—La salsa necesita más pimienta —dice en lugar de responder, y el momento de intimidad se evapora como si nunca hubiera existido.

Cenamos en un silencio extraño, no del todo incómodo pero cargado de algo que no me atrevo a nombrar. La pasta está deliciosa, por supuesto. Como todo lo que hace Marcus, es perfecta.

Lo observo mientras come, la forma metódica en que enrolla los espaguetis en el tenedor, cómo evita que la salsa salpique. Incluso en algo tan simple como cenar mantiene el control absoluto.

—¿Por qué has cocinado? —la pregunta sale antes de que pueda detenerla.

Sus ojos se encuentran con los míos por encima de la copa de vino.

—¿Necesito una razón?

—Tú siempre tienes una razón —contraataco—. Para todo. O por lo menos esta nueva versión de ti.

Una sonrisa fugaz, apenas un destello, cruza su rostro. Por un momento veo al chico del instituto.

—Tenemos que hablar —dice finalmente, y algo en su tono hace que mi estómago se tense.

Se levanta con esa gracia felina que parece natural en él y se dirige a su maletín. El movimiento hace que la camiseta se le pegue a la espalda y... no, Emma, concéntrate.

Cuando vuelve, lleva una carpeta de cuero negro. La coloca sobre la isla de la cocina como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque algo en mi interior ya está haciendo saltar las alarmas.

—Un contrato —su voz ha recuperado ese tono de CEO que usa para las negociaciones.

Abro la carpeta con dedos que no deberían temblar tanto. El papel es grueso, caro, con el membrete de un bufete de abogados que suena tan exclusivo como todo lo que rodea a Marcus. Mis ojos recorren la primera página, y el aire abandona mis pulmones de golpe.

No.

No puede ser.

Levanto la vista hacia él, segura de que esto es algún tipo de broma retorcida. Pero Marcus me mira con esa intensidad que reserva para sus negocios, como si esto fuera otra adquisición hostil, otra batalla que ganar.

—Marcus... —mi voz suena extraña incluso para mí—. Esto es...

MARCUS

La observo mientras lee el contrato, estudiando cada micro expresión en su rostro. Sorpresa, incredulidad, algo más que no logro descifrar. La luz de la cocina juega con las gotas de agua

que aún caen de su pelo húmedo, y por un momento me distraigo pensando en cómo sería despertar cada mañana con...

No. Concéntrate. Esto es un negocio. Una transacción.

—Como puedes ver —mi voz suena profesional, distante—, el contrato es más que generoso. La mitad de Walker Enterprises pasaría a tu nombre inmediatamente después de la ceremonia.

Emma no dice nada. Sus dedos acarician el papel como si no pudiera creer lo que está leyendo. La observo, permitiéndome un momento de debilidad. ¿Cómo podría explicarle que daría toda mi fortuna solo por una oportunidad real de estar con ella? ¿Que este contrato es lo único que puedo ofrecerle porque nunca podré darle lo que realmente merece?

El amor verdadero es para gente como ella. Gente hermosa, sin cicatrices, sin pesadillas que los despierten en medio de la noche.

—Por supuesto —continúo, enterrando esos pensamientos inútiles —, mantendrías tu independencia. El ala este de la casa sería completamente tuya, con tu propia entrada si lo deseas. Y la librería...

—Marcus —me interrumpe, pero sigo hablando. Necesito que entienda lo perfecto que es este plan—Sophie tendría un fideicomiso sustancial. Los mejores colegios, las mejores oportunidades. Y legalmente, seríamos una familia. Una familia real, Emma. Es lo que todos esperan, lo que ella necesita...

—¿Lo que todos esperan? —su voz es suave, peligrosamente suave—. ¿Me estás proponiendo matrimonio porque es lo que la sociedad espera?

—Es sensato —la palabra sale antes de que pueda detenerla—. Es conveniente para todos.

—¿Conveniente? —se levanta tan bruscamente que la copa de vino se tambalea—. ¿Me estás diciendo que quieres casarte conmigo porque es conveniente?

Asiento, porque es lo lógico. Es lo racional. ¿Por qué no puede verlo?

—Piénsalo, Emma. Las ventajas son evidentes. Tú tendrías seguridad financiera, Sophie tendría una familia legalmente constituida, y yo...

La risa que sale de ella es amarga, casi dolorosa.

—Por supuesto —murmura, más para sí misma que para mí—. Por supuesto que el gran Marcus Walker vería el matrimonio como otro contrato que cerrar. ¿Qué fue lo que dijo Victoria? ¿Que la sociedad tiene expectativas?

—Emma...

—No —me corta, y hay algo en sus ojos que hace que mi pecho se contraiga—. Escúchame bien, Marcus Walker. Soy una romántica. Una maldita romántica que creció leyendo a Jane

Austen y soñando con el amor verdadero.

Da un paso hacia mí, y por un momento veo a la chica de la biblioteca, la que me hacía querer ser mejor, la que...

—Y nunca —su voz tiembla ligeramente—, escúchame bien, nunca me casaré con alguien solo porque sea conveniente.

Se va antes de que pueda responder, la carpeta aún abierta sobre la isla de la cocina. El silencio que deja tras ella es ensordecedor.

Pero entonces algo hace clic en mi mente.

No ha dicho que no se casaría conmigo.

No ha dicho que le repugnen mis cicatrices.

No ha dicho que no podría amar a un monstruo.

Solo ha dicho que no se casará por conveniencia.

Una sonrisa lenta se extiende por mi rostro mientras un nuevo plan toma forma. Si Emma Mitchell necesita romance, si necesita amor... Nunca podré darle el amor puro que merece, nunca seré el príncipe de sus novelas, pero puedo intentar ser algo más que un contrato frío. Puedo demostrarle todo lo que puedo hacer por ella.

Bien.

Lo haré.

Aunque signifique fingir que puedo ser el tipo de hombre que ella merece.

CAPÍTULO 16

EMMA

—¿Qué prefieres, rosas blancas o peonías? —Claire señala dos arreglos florales sobre su escritorio, pero yo apenas los miro.

—Me propuso matrimonio con un contrato —las palabras salen antes de que pueda detenerlas —. Un maldito contrato, Claire.

Mi amiga deja las muestras de flores con una lentitud estudiada. La oficina de Price Perfect es un santuario de elegancia en tonos blancos y dorados, pero ahora mismo solo puedo ver rojo. Rojo como mi cara cada vez que recuerdo la noche anterior. Rojo como la rabia que me consume cuando pienso en su maldito contrato.

—Emma, me has dicho la misma frase tres veces —Claire se inclina sobre su escritorio inmaculado—, haz el favor de desarrollar más lo que ha pasado a te juro que me vuelvo loca. Empieza por el principio y no te dejes ni un detalle.

—No hay mucho que contar —miento, revolviendo mi café con más fuerza de la necesaria—. Cocinó pasta, abrimos una botella de vino y luego... luego me entregó un contrato matrimonial como si fuera una fusión empresarial más.

—¿Marcus Walker cocinó para ti? —hay algo en su tono que me hace querer estrangularla—. ¿El mismo Marcus que aparece en la lista Forbes?

—Eso no es lo importante —protesto, aunque el calor que sube por mi cuello me delata—. Lo importante es que el muy... el muy...

—¿Sexy? ¿Intenso? ¿Obsesivamente protector?

—¡Imbécil! —exclamo—. El muy imbécil pensó que podía comprarme con la mitad de su imperio. Como si fuera otra de sus adquisiciones hostiles.

Claire suspira, apartando los catálogos de flores para inclinarse sobre el escritorio.

—Déjame ver si lo entiendo —dice con ese tono que usa cuando está a punto de señalar algo obvio—. Marcus Walker, el hombre que aparece en la lista Forbes, el que tiene medio Manhattan temblando con solo fruncir el ceño, te ofrece la mitad de todo lo que tiene... ¿y tú estás enfadada?

—¡Por supuesto que estoy enfadada! —me levanto, necesitando moverme—. No puedes... no puedes cocinarle a alguien una cena íntima, y casi... casi...

—¿Casi qué, Emma? —su sonrisa es diabólica.

—Nada —murmuro, aunque mi cara debe estar ardiendo—. El punto es que no puedes hacer eso y luego tratarlo como una transacción comercial.

—Mmm —Claire finge estudiar una muestra de tela—. Suena terrible. Un hombre guapísimo, millonario, que cocina, que está claramente loco por ti y por Sophie, ofreciéndote matrimonio. Qué horror.

La miro entrecerrando los ojos.

—No está loco por...

El sonido de la puerta al abrirse me interrumpe. Y entonces el mundo se detiene.

Porque ahí está Marcus. Marcus en su habitual traje de diseñador que le queda como un pecado. Marcus con su mandíbula fuerte y sus ojos intensos. Marcus con...

Oh.

Una mujer.

Una mujer joven y bonita, con el tipo de belleza natural y fresca que hace que mi maquillaje cuidadosamente aplicado parezca excesivo. Lleva un vestido sencillo pero elegante, y la forma en que sonríe mientras Marcus le dice algo en voz baja hace que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho.

No son celos, me digo. No pueden ser celos. Porque eso significaría que siento algo por él, y yo no...

—Buenos días —la voz de Marcus corta mis pensamientos como un cuchillo.

Claire se levanta con esa gracia natural suya, toda profesionalidad y sonrisas. Yo, en cambio, me quedo clavada en mi silla, incapaz de apartar la mirada de la mujer que lo acompaña. No es como las ejecutivas que suelen rodearlo, todas trajes de chaqueta perfectos y tacones de vértigo. Esta chica es... diferente. Natural. No es una de sus empleadas.

—Señor Walker, qué sorpresa —la voz de Claire suena lejana—. Estábamos justamente discutiendo los detalles de la presentación de Sophie.

Pero yo apenas registro sus palabras. Mi mente está demasiado ocupada notando cómo la chica sonríe cuando Marcus le indica un asiento, cómo sus ojos brillan cuando él dice algo en voz baja que no alcanzo a oír. No es una empleada más, me digo. No con esa comodidad en su presencia, no con esa forma de mirarlo.

El nudo en mi estómago se aprieta. ¿Es esto lo que hace cuando no está en casa? ¿Mientras yo cuido a Sophie y finjo que no me afecta su presencia? ¿Sale con chicas jóvenes y bonitas que no cargan con el peso de un pasado compartido?

La rabia se mezcla con algo más oscuro, algo que se parece peligrosamente a los celos. Porque esta chica... esta chica podría ser perfecta para él. Sin complicaciones, sin historia, sin rencores de hace diez años.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas:

—¿Es esto algún tipo de broma? —mi voz suena extraña, temblorosa—. ¿Me propones matrimonio anoche y hoy apareces con tu novia?

El silencio se extiende en la sala. Luego, la risa de Marcus lo corta en seco. Una risa genuina, profunda, que hace que algo se retuerza en mi interior. No recuerdo la última vez que lo escuché reír así. ¿Fue en el instituto, quizás? ¿En aquellos días en la biblioteca cuando fingía interesarse por Jane Austen solo para estar cerca de mí?

No. No voy a ir por ese camino.

—Emma —hay un brillo peligroso en sus ojos—, permíteme presentarte a Sarah Collins.

Sarah Collins. Hasta su nombre suena fresco y sin complicaciones. Como una página en blanco, sin manchas de tinta, sin historias de bailes de graduación que terminaron en lágrimas.

—Tu nueva ayudante en la librería.

¿Mi qué?

El aire parece congelarse en mis pulmones mientras intento procesar sus palabras. Claire, a mi lado, suelta un pequeño sonido que podría ser una risa contenida.

—Sarah estudió Literatura en Columbia —continúa Marcus, y hay algo en su tono, una satisfacción apenas contenida que me irrita y me intriga a partes iguales—. Ha trabajado en librerías desde que tenía dieciséis años.

La chica... Sarah... me mira con una mezcla de nerviosismo y entusiasmo que hace que mi hostilidad inicial se tambalee ligeramente.

—Es un honor conocerla, señorita Mitchell —dice, y su voz es tan sincera como su sonrisa—. He leído tanto sobre su librería en blogs literarios. ¡La sección de primeras ediciones es legendaria!

Parpadeo, desconcertada. ¿Mi librería aparece en blogs? ¿Desde cuándo...?

—Y según su currículum —Marcus interrumpe mis pensamientos —, comparte tu obsesión por Jane Austen. Aunque ella prefiere «Persuasión» a «Orgullo y Prejuicio».

El muy... ¿cómo sabe él que...?

—Pensé —continúa, y ahora su voz es engañosamente casual—, que necesitarías ayuda extra. Ya sabes, para que tengas más tiempo para escribir.

El mundo se detiene.

Escribir.

Se acuerda. Se acuerda de ese momento en la librería, cuando me encontró rodeada de bolas de papel arrugadas y frustración. Cuando le confesé, sin pensar realmente, un sueño imposible. Y no solo se acuerda, sino que...

—Os dejo solas para que os conozcáis —dice, y hay algo en su sonrisa que me hace querer golpearlo. O besarlo. O ambas cosas—. Sarah, asegúrate de contarle a Emma tus ideas para el club de lectura infantil.

Y con eso se va, dejándome completamente descolocada, con una ayudante que no he pedido, aunque la necesite con desesperación, y el corazón latiendo demasiado rápido.

—Bueno —la voz de Claire rompe el silencio—, tengo que admitir que, para ser un cavernícola apenas adaptado a la sociedad moderna, tiene una forma bastante dulce de cuidarte.

CAPÍTULO 17

MARCUS

El salón de baile del Plaza brilla como si hubieran capturado todas las estrellas de Manhattan y las hubieran encerrado en arañas de cristal. Todo es perfecto, por supuesto. No esperaba menos de Claire Price.

Pero nada, ni siquiera la decoración exquisita o los invitados de la alta sociedad, puede competir con la visión de Emma sosteniendo a Sophie. Las dos van vestidas en tonos de rosa pálido, y algo en la forma en que el vestido de Emma fluye cuando se mueve hace que me sea imposible apartar la mirada. Sophie lleva un lazo a juego en sus rizos rubios, y cada vez que se ríe, que es prácticamente cada minuto, toda la sala parece iluminarse.

Victoria ha hecho un trabajo excelente manteniendo a la prensa a una distancia respetuosa, pero puedo ver los flashes disparándose constantemente. Mañana estas fotos estarán en todas partes: la heredera Walker en su presentación oficial en sociedad. La perfecta familia que todos esperan ver.

Es extraño, pienso mientras otro flash ilumina la sala, cómo ya no me molesta la atención de las cámaras. Durante años me mantuve en las sombras, ocultándome detrás de James en cada evento, usando la iluminación y los ángulos como escudos. Todo para que Emma nunca viera en qué me había convertido, para que nunca supiera del monstruo marcado en el que me transformé después de aquella noche.

Pero ahora... ahora hay algo casi liberador en dejar que me vean. En no tener que calcular cada movimiento, cada ángulo. Quizás porque ella ya conoce mis cicatrices y, aunque no las entienda, aunque no sepa su historia, al menos no huyó horrorizada al verlas.

Solo puedo mirarlas.

Ellas son mi Familia.

El pensamiento hace que algo se retuerza en mi interior mientras me acerco a ellas. Emma está mostrándole a Sophie las flores que decoran las mesas, y la niña intenta atrapar los pétalos con sus pequeñas manos.

—Parece que alguien está disfrutando de su fiesta —digo, colocando deliberadamente mi mano en la parte baja de la espalda de Emma.

La siento tensarse bajo mi toque, pero no se aparta. No puede, no con todos los ojos de Manhattan sobre nosotros. Es casi embriagador, este poder que me da la situación. En público, no puede rechazar mis pequeños toques, mis gestos de posesión. No si quiere mantener la fachada de familia perfecta que todos esperan ver.

Sophie suelta una carcajada y estira sus bracitos hacia mí. El movimiento es tan natural, tan confiado, que por un momento me quedo paralizado. ¿Cuándo esta pequeña empezó a verme

como algo más que una figura intimidante en traje?

—Ve con papá —murmura Emma, y luego se congela, como si acabara de darse cuenta de lo que ha dicho.

Papá.

El mundo se detiene por un segundo. Emma evita mi mirada mientras me pasa a Sophie, pero puedo ver el rubor que sube por su cuello. Interesante.

—¡Marcus! —la voz de James rompe el momento—. Los del Times quieren una foto familiar junto a la fuente de champán.

Ajusto a Sophie en mis brazos mientras guío a Emma con mi mano libre, aún en su espalda baja. Esta vez, cuando se tensa bajo mi toque, hay algo diferente. Algo que hace que mi pulso se acelere.

—Sonreíd —instruye el fotógrafo—. La heredera Walker y sus padres, la imagen perfecta.

Emma intenta dar un paso discreto para alejarse, pero mi agarre se intensifica. La siento contener el aliento.

—Quieta —susurro cerca de su oído, lo suficientemente bajo para que solo ella pueda oírme —. No querrás decepcionar a nuestro público, ¿verdad?

—Te odio —murmura ella a través de su sonrisa perfecta.

—No, no lo haces.

Sophie elige ese momento para agarrar un mechón de pelo de Emma, acercándonos aún más. El flash de la cámara captura el momento: los tres juntos, tan cerca que parecemos una verdadera familia.

Quizás, pienso mientras Sophie ríe y Emma intenta liberarse sin éxito de mi agarre, lo somos.

—¿No es conmovedor? —James aparece a mi lado con una copa de champán, su sonrisa burlona firmemente en su lugar—. La familia Walker al completo. Aunque... —sus ojos se desvían hacia donde Claire está dando instrucciones a un grupo de camareros—. No me importaría ampliar el círculo familiar.

—Ni se te ocurra —mi voz es baja pero firme—. Claire Price está fuera de tus límites.

—¿Disculpa? —arquea una ceja—. ¿Desde cuándo decides tú con quién puedo...?

—Desde que eres incapaz de mantener una relación que dure más que tus calzoncillos —lo corto—. Claire es la mejor amiga de Emma. Es prácticamente de la familia.

—Precisamente por eso...

—James —hay una advertencia en mi tono que hace que varios invitados cercanos se alejen instintivamente—. Busca a otra. Ella está prohibida.

Él levanta las manos en señal de rendición, pero la sonrisa no abandona su rostro.

—¿Sabes? Es refrescante verte así de protector con algo que no sean tus sistemas de seguridad —da un sorbo a su champán—. Aunque técnicamente, Emma tampoco es realmente tu...

—¿Marcus? —la voz de uno de los miembros del consejo nos interrumpe—. ¿Cuándo vamos a ver otra celebración como esta? Quizás una boda...

Emma, que está lo suficientemente cerca para escuchar, se tensa visiblemente. La siento intentar alejarse, pero mi mano en su cintura la mantiene firmemente en su lugar.

—Pronto —respondo, mi voz cargada de una certeza que hace que Emma me pise deliberadamente con su tacón.

Ni siquiera parpadeo. Después de años construyendo un imperio, un pisotón de una mujer furiosa apenas se registra en mi escala de dolor.

—¿Has oído eso, cariño? —susurro en su oído mientras el consejero se aleja—. Pronto.

—En tus sueños, Walker —sisea ella, pero el rubor que sube por su cuello cuenta una historia diferente.

Sophie suelta una risita desde mis brazos, como si entendiera perfectamente la comedia que se desarrolla a su alrededor. Sus pequeños dedos juegan con mi corbata, completamente ajena a la tensión entre sus tutores legales.

Tutores legales. Las palabras dejan un sabor amargo en mi boca. Porque eso es todo lo que somos oficialmente. Pero mirando a Sophie, viendo cómo se acurruca contra mi pecho mientras Emma inconscientemente se acerca para arreglarle el lazo del pelo...

No. No somos solo tutores legales.

Somos mucho más.

Y haré lo que sea necesario para mantenerlo así.

CAPÍTULO 18

EMMA

Sarah es... perfecta.

Y eso me está volviendo loca.

La observo mientras organiza la sección de novedades, sus movimientos precisos y eficientes. En solo tres horas ha reorganizado el sistema de inventario, ha creado una lista de recomendaciones personalizada para nuestros clientes más habituales, y ha diseñado un programa para el club de lectura infantil. Es absolutamente perfecta.

—¿Qué te parece si ponemos los clásicos ilustrados a la altura de los niños? —sugiere, y su entusiasmo es tan genuino que me hace sentir culpable por haberla odiado nada más verla—. Podríamos crear un rincón especial, con cojines y...

—Es una gran idea —la interrumpo, y lo es. Como todas sus ideas.

Se gira hacia mí con esa sonrisa fresca que hace que parezca recién salida de un catálogo de librería perfecta, y entonces dice algo que me deja helada:

—El señor Walker me contó lo mucho que te importa fomentar la lectura en los niños —sus ojos brillan—. Me hizo una entrevista de tres horas, ¿sabes? Solo sobre técnicas de animación a la lectura y autores infantiles. Nunca había visto a nadie tan... meticuloso.

El nudo en mi garganta se aprieta. Por supuesto que Marcus fue meticuloso. Por supuesto que la entrevistó durante horas. Por supuesto que encontró a la persona perfecta para...

—También me preguntó por mi opinión sobre Jane Austen — continúa ella, ajena a mi tormenta interior—. Específicamente sobre «Persuasión» y segundas oportunidades.

Algo se retuerce en mi pecho. ¿Segundas oportunidades? ¿Marcus preguntando específicamente por...?

No. No voy a ir por ahí.

El timbre de la puerta suena, salvándome de mis pensamientos. Una madre con dos niños pequeños entra, y Sarah se acerca a ellos con esa naturalidad que parece tener para todo. En minutos los tiene sentados en el rincón de lectura, completamente cautivados mientras les lee «Donde viven los monstruos».

Me retiro a mi escritorio, intentando procesar todo lo que está pasando. La pila de papeles que normalmente ocupa mis mañanas ha desaparecido, organizada y archivada por Sarah. El inventario que me llevaba horas está actualizado. Los pedidos, gestionados. Y yo...

Yo tengo tiempo.

Por primera vez en años, tengo tiempo.

Abro mi cuaderno casi con miedo, como si las palabras pudieran haberse oxidado durante todos estos años de espera. El papel está en blanco, limpio, lleno de posibilidades. Como una segunda oportunidad.

Maldita sea. Hasta en mis pensamientos se cuela él.

Empiezo a escribir, sin pensar realmente. Al principio son solo frases sueltas, frustraciones contenidas: la forma en que Marcus controla cada aspecto de nuestras vidas, cómo sus pequeños toques en público me vuelven loca, la manera en que sus ojos se suavizan cuando Sophie le agarra el dedo con su manita...

Las palabras empiezan a fluir, no como una historia, sino como una confesión. Escribo sobre cómo Sophie ha llegado a nuestras vidas como un torbellino de risas y pañales, transformando el ático frío en un hogar. Sobre cómo descubrí a Marcus cantándole nanas en su despacho cuando creía que nadie lo veía. Sobre la forma en que mi corazón se encoge cada vez que la niña estira sus bracitos hacia él y su máscara de CEO se derrite por completo.

Es... liberador. Como si cada palabra que plasmo en el papel fuera un peso que se levanta de mis hombros.

Cuando termino de vaciar todos estos pensamientos, me siento... más ligera. Como si hubiera limpiado un camino. Y entonces, casi sin darme cuenta, empiezo a planear una historia. No la gran novela que siempre soñé escribir, sino algo más pequeño, más íntimo. Personajes empiezan a formarse en mi mente, tramas se entrelazan...

—¿Emma? —la voz de Sarah me sobresalta—. Son casi las doce. Deberías ir preparándote para recoger a Sophie.

¿Las doce? Miro el reloj, incrédula. He estado escribiendo durante... ¿dos horas? El cuaderno frente a mí está lleno: la primera mitad con todas mis confusiones y sentimientos desordenados, la segunda con el esquema de una historia que empieza a tomar forma.

—El señor Walker llamó —dice Sarah mientras organiza los últimos libros—. Preguntó si estabas escribiendo.

El calor sube por mi cuello. Por supuesto que llamó. Por supuesto que quería asegurarse de que su plan estaba funcionando. Como si pudiera controlar hasta mi proceso creativo.

—También dijo —continúa ella, y hay algo en su tono que me hace sospechar que sabe más de lo que dice—, que tiene una sorpresa para ti esta noche.

Una sorpresa. De Marcus. El mismo hombre que considera que una propuesta de matrimonio es una transacción comercial. El mismo que cree que puede comprar y controlar todo a su alrededor.

—¿Dijo algo más? —pregunto, intentando que mi voz suene casual mientras recojo mis cosas.

—Solo que no te preocupes por la librería —Sarah sonríe—. Tengo todo controlado.

Por supuesto que lo tiene.

Salgo de la librería con el cuaderno apretado contra mi pecho, como si las palabras que he escrito pudieran escaparse. El aire fresco de Manhattan me golpea, pero no logra despejar el hormigueo de anticipación que se ha instalado en mi estómago.

Una sorpresa de Marcus Walker.

Que Dios me ayude.

MARCUS

El aire huele a madera recién pulida y a cuero nuevo. Unos operarios salen en silencio mientras inspecciono cada detalle del espacio: la máquina de escribir vintage sobre el escritorio de caoba (la misma marca que usaba Hemingway, me aseguró el vendedor), las estanterías que cubren las paredes del suelo al techo, el papel artesanal importado de Italia...

—Esto es... excesivo —James silba bajo, apoyado en el marco de la puerta—. Incluso para ti.

Lo ignoro, ajustando el ángulo del escritorio por tercera vez. La luz natural tiene que ser perfecta. El profesor Jameson, del departamento de escritura creativa de Harvard, fue muy específico sobre la importancia de la iluminación en el proceso creativo.

—Las pizarras van en esa pared —indico a uno de los instaladores que quedan—. El profesor Jameson mencionó que algunos escritores necesitan visualizar la estructura de sus historias.

—¿El profesor Jameson? —James arquea una ceja—. ¿Has consultado con un profesor sobre cómo montar un despacho?

—Tres, en realidad —corrijo, revisando la disposición de los corchos en la pared opuesta—. Y dos editores de Random House.

La risa de James hace que me tense.

—Solo tú convertirías montar un espacio creativo en una operación militar —se acerca al escritorio, pasando un dedo por la superficie pulida—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?

Desde que la vi rodeada de bolas de papel arrugado en su librería. Desde que descubrí que había estado guardando sus sueños en cajones durante años. Desde que...

—Las estanterías necesitan más manuales de escritura —digo en su lugar—. Y el sistema de iluminación...

—Marcus —James me interrumpe, y hay algo en su tono que me hace mirarlo—. Está perfecto. De hecho, es demasiado perfecto. Como todo lo que haces por ella.

Aprieto la mandíbula. No necesito este tipo de conversación ahora mismo.

—Los manuales...

—La vas a abrumar —insiste él—. Como con la propuesta de matrimonio. Como con todo. No puedes controlar esto como controlas tus negocios.

—No intento controlar nada —pero incluso yo noto la mentira en mi voz.

James suelta una carcajada.

—¿En serio? ¿Y por eso has entrevistado a tres profesores y dos editores? ¿Por eso cada elemento de esta habitación ha pasado por un comité de expertos?

—Quiero que sea perfecto —las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

—No —James se acerca, y hay una seriedad en su rostro que raramente muestra—. Quieres que sea tan perfecto que no pueda rechazarlo. Como el contrato matrimonial. Como todo lo que haces con ella.

El silencio que sigue es denso. Los últimos operarios se escabullen discretamente, dejándonos solos.

—No lo entiendes —digo finalmente, mis ojos fijos en la máquina de escribir—. Necesito...

—¿Qué? ¿Compensar? —James niega con la cabeza—. Marcus, amigo, has convertido una habitación en el santuario perfecto para escritores. Cualquier autor mataría por un espacio así. Pero Emma...

—Emma merece lo mejor —lo corto.

—Emma merece la verdad —su voz es suave—. Sobre aquella noche. Sobre las cicatrices. Sobre todo.

Mi mano se tensa sobre el respaldo de la silla de cuero. La verdad. Como si fuera tan simple.

—Señor Walker —mi asistente aparece en la puerta—. La señorita Mitchell acaba de salir de la librería.

El nudo en mi estómago se aprieta. En unas horas, Emma verá este espacio. Verá todo lo que he intentado crear para ella. Y tal vez, solo tal vez...

—Vete —le digo a James—. Necesito revisar los últimos detalles.

Su suspiro resignado me dice todo lo que piensa, pero por una vez, se va sin añadir nada más.

Me quedo solo en la habitación, rodeado de todo lo que el dinero puede comprar. Todo excepto lo único que realmente quiero: su amor.

Pero tal vez... tal vez esto sea un comienzo.

EMMA

—Shhhh... —susurro contra el pelo de Sophie mientras la mezo suavemente—. Ya casi estás dormida, pequeña.

El sonido de pasos en el pasillo me hace levantar la vista. Marcus está en la puerta, la chaqueta del traje descartada, la corbata aflojada. Hay algo diferente en su expresión mientras nos observa, algo que hace que mi corazón se salte un latido.

—¿Puedo? —pregunta en voz baja, acercándose.

Asiento, permitiéndole tomar a Sophie en sus brazos. La forma en que la sostiene, con tanta delicadeza a pesar de su tamaño, hace que algo se derrita en mi interior. Sophie suelta un pequeño suspiro y se acurruca contra su pecho, sus deditos aferrándose a su camisa.

Nos quedamos así, en silencio, meciéndola hasta que su respiración se vuelve profunda y regular. Es en momentos como este cuando más peligroso es Marcus: cuando deja caer su máscara de CEO y se convierte en... esto. En el hombre que canta nanas en voz baja, que conoce exactamente el ángulo correcto para sostener a un bebé dormido.

—Emma —su voz es un susurro mientras deposita a Sophie en su cuna—. Hay algo que quiero mostrarte.

—Está bien —respondo con voz temblorosa.

Cuando comienza a caminar lo sigo.

El aire huele diferente en esta parte del ático. A madera nueva y... ¿papel? Marcus se detiene frente a una puerta que juraría que antes no estaba ahí, o quizás nunca me había fijado. Hay algo en su postura, una tensión casi imperceptible, que me hace contener el aliento.

—Cierra los ojos —su voz es más suave de lo habitual.

—Marcus...

—Por favor.

Es el «por favor» lo que me desarma. Marcus Walker, el hombre que da órdenes como quien respira, diciendo «por favor». Cierro los ojos, y al instante siento su mano en la parte baja de mi espalda, guiándome. El calor de su palma traspasa la tela fina de mi blusa, enviando pequeñas descargas eléctricas por mi columna.

El sonido de la puerta abriéndose. Dos pasos. El aroma se intensifica: madera pulida, cuero nuevo, papel...

—Abre los ojos —hay algo vulnerable en su voz—. Es... es tuyo. Tu espacio para escribir.

Cuando abro los ojos el aire abandona mis pulmones de golpe. Es... es perfecto. La luz de la noche de Manhattan se filtra por ventanales que parecen haber sido diseñados específicamente

para iluminar el espacio. Estanterías del suelo al techo cubren las paredes, sus maderas pulidas brillando suavemente. Un escritorio de caoba que parece sacado de mis sueños más secretos domina el centro de la habitación, y sobre él...

Me acerco sin ser consciente de haberme movido. Mis dedos rozan la superficie metálica, fría y familiar a la vez.

—Es una Remington 1920 —su voz suena más cerca de lo que esperaba, enviando un escalofrío por mi espalda—. Como la que usaba...

—Hemingway —termino por él, mi voz apenas un susurro.

Y entonces cometo un error. Me giro para mirarlo.

Está demasiado cerca. La luz de la ciudad dibuja sombras en su rostro, suavizando las cicatrices que tanto se esfuerza en ocultar. Sus ojos... Dios, sus ojos están fijos en mí con una intensidad que hace que me tiemblen las rodillas. Ha hecho esto para mí. Todo esto. Para que pueda escribir. Para que pueda soñar. Para...

No sé quién se mueve primero. Solo sé que de repente estoy en sus brazos, mis manos en su pecho, su respiración mezclándose con la mía. Nuestras caras a un suspiro de distancia. El mundo se reduce a este momento: el latido de su corazón bajo mis dedos, el calor de su cuerpo, la forma en que sus manos se cierran en mi cintura...

—Emma... —mi nombre en sus labios suena como una advertencia, o una súplica.

El momento se rompe cuando nuestras miradas se encuentran. En sus ojos veo algo que me hace dar un paso atrás: miedo. El mismo miedo que vi la noche que me propuso matrimonio con un contrato. Como si todo lo que pudiera ofrecerme fueran gestos grandiosos y regalos perfectos, pero nunca...

Nunca lo que realmente quiero de él.

Marcus se aclara la garganta, poniendo distancia entre nosotros con un movimiento fluido. Su máscara de CEO vuelve a caer en su lugar, y el momento de vulnerabilidad desaparece como si nunca hubiera existido.

—Las estanterías están organizadas por temas —su voz es controlada, profesional—. Manuales de escritura, referencias, clásicos para inspiración...

Continúa hablando, mostrándome cada detalle meticulosamente planeado: las pizarras especiales, los corchos para planificar historias, el profesor de Harvard que estará disponible para consultas, el papel artesanal importado de Italia... Cada palabra es una nueva capa de distancia entre nosotros.

Y mientras lo escucho, mientras observo cómo se mueve por el espacio señalando cada característica perfectamente pensada, mi cuerpo vibra con una necesidad que me asusta. Porque esto... esto es peor que el rechazo directo. Esta forma suya de dar tanto y tan poco a la vez. De

construirme un santuario perfecto mientras mantiene sus propias murallas intactas.

Necesito salir de aquí. Necesito...

Claire. Necesito llamar a Claire. Necesito una noche fuera, copas, un extraño que no me mire como si fuera algo precioso pero intocable. Alguien que no me ofrezca el mundo entero excepto su corazón.

Alguien que no sea Marcus Walker, con sus gestos grandiosos y su distancia cuidadosamente calculada.

Alguien que no tenga el poder de romperme el corazón.

Otra vez.

CAPÍTULO 19

MARCUS

El mensaje de Emma hace que mi sangre se hiele: «Llegaré tarde esta noche. Necesito que estés en casa para cuando Sophie se duerma.»

Releo las palabras una y otra vez, como si pudieran cambiar su significado. Hay algo en el tono, en la forma casual de anunciarlo, que hace que mis dedos se cierren con fuerza alrededor del teléfono.

—¿Todo bien? —James levanta la vista de su tablet—. Pareces a punto de asesinar a alguien.

Ignoro su pregunta, tecleando una respuesta que borro tres veces antes de enviar un escueto «De acuerdo». Cada letra es una batalla contra el impulso de prohibírselo directamente.

Las siguientes horas son una tortura. Intento concentrarme en los contratos frente a mí, en las llamadas pendientes, en cualquier cosa excepto en la imagen de Emma preparándose para una cita. Para otro hombre.

El pensamiento hace que algo oscuro y primitivo se retuerza en mi interior.

Porque, ¿qué otra cosa haría por la noche?

—Has roto tres plumas en la última hora —la voz de James interrumpe mi espiral de pensamientos destructivos—. Y creo que ese contrato ya está más que firmado.

Bajo la vista. La página está llena de manchas de tinta, mi firma convertida en un garabato agresivo que he repetido una docena de veces.

—No es...

—¿Nada? ¿No es por el mensaje que te ha mandado Emma y del que me has hablado veinte veces? —James se inclina sobre mi escritorio, quitándome la pluma antes de que pueda destrozarla también—. ¿No es por eso que has estado mirando el reloj cada treinta segundos?

El silencio que sigue es denso. En la ventana, mi reflejo me devuelve una imagen que apenas reconozco: la corbata aflojada, el pelo revuelto de pasarme las manos por él, la tensión en cada músculo de mi cuerpo.

—Es viernes —continúa James, y hay algo en su tono que me eriza la piel—. La gente sale los viernes. Tiene citas los viernes.

La palabra citas hace que mi mandíbula se tense tanto que casi puedo oír mis dientes rechinar.

—No ella —las palabras salen como un gruñido—. No puede...

—¿No puede qué, Marcus? —hay un desafío en su voz—. ¿No puede tener una vida? ¿No puede buscar algo más que tu propuesta de matrimonio por conveniencia?

El golpe da en el blanco. Me levanto tan bruscamente que la silla cae hacia atrás.

—Suficiente.

—No, no es suficiente —James se mantiene firme—. La estás perdiendo, Marcus. En algún momento tendrás que empezar a ver más allá de tus cicatrices. Eres mucho más que ellas, por mucho que te empeñes en esconderte detrás.

Mis manos se cierran en puños. La verdad en sus palabras duele más que cualquier cicatriz.

—No sabes...

—¿Que la amas? Lo sé desde que te conozco.

No le respondo. No puedo.

—Vete a casa —dice James finalmente—. Ve a casa y lucha por ella. O déjala ir.

Las palabras me persiguen durante todo el trayecto al ático. Cada semáforo es una tortura, cada minuto que pasa es un recordatorio de que ella podría estar preparándose para salir. Para encontrar en otro lo que no quiere obtener de mí.

Sophie está inquieta cuando llego, como si pudiera sentir mi agitación. La acuno contra mi pecho, intentando que mi voz no traicione la tormenta que ruge en mi interior mientras le leo un cuento. Sus pequeños dedos se aferran a mi camisa, y por un momento, solo un momento, el mundo tiene sentido.

Cuando se duerme la tumbo en la cuna y la contemplo.

Esto es lo que podríamos ser. Lo que deberíamos ser. Una familia.

Si tan solo pudiera hacer que Emma lo entendiese...

El sonido de tacones sobre el mármol hace que mi sangre se congele. Salgo de la habitación de Sophie y me apresuro para llegar a la sala.

Y entonces la veo.

Joder.

El vestido que lleva puesto es un arma. Verde esmeralda, tan corto que debería ser ilegal, tan ajustado que cada curva es una provocación. Su pelo cae en ondas suaves sobre sus hombros desnudos, y sus labios... Cristo, sus labios pintados de rojo son una invitación al pecado.

No está vestida para una cita. Está vestida para la caza. Para encontrar a alguien que la toque como yo no me permito tocarla. Para dejar que otro hombre haga lo que yo solo me atrevo a

soñar en la oscuridad de mi habitación.

El aire se vuelve denso mientras la observo aplicarse un último toque de perfume. Su reflejo en el espejo es una tortura: la forma en que el vestido se adhiere a su cintura, cómo la tela apenas cubre la parte superior de sus muslos, el movimiento hipnótico de su garganta cuando traga...

—¿A dónde crees que vas?

Las palabras salen como un gruñido. La veo estremecerse, pero levanta la barbilla en ese gesto desafiante que me vuelve loco.

—No es asunto tuyo.

La furia y el deseo se mezclan en mi sangre como un cóctel explosivo. Cada músculo de mi cuerpo grita por tomarla aquí y ahora, por marcarla como mía, por borrar cualquier pensamiento que tenga sobre otros hombres.

Pero no tengo ese derecho.

No cuando la única vez que le ofrecí ser mía lo hice con un contrato.

EMMA

Seis horas antes El vestido verde cuelga del armario como una tentación. Lo compré hace meses, en un momento de debilidad, y nunca me he atrevido a ponérmelo. Es demasiado corto, demasiado ajustado, demasiado... todo. El tipo de vestido que hace que los hombres te miren dos veces. El tipo de vestido que dice «esta noche no quiero volver sola a casa».

Mi piel todavía hormiguea por lo de anoche, por la forma en que Marcus me miró en el despacho que había creado para mí. Por un momento, solo un momento, pensé que iba a besarme. Pero no. Marcus Walker no me desea. No de esa manera. Para él soy conveniente. Una solución práctica para criar a Sophie.

El pensamiento hace que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho mientras marco el número de Claire.

—Necesito salir esta noche —las palabras salen antes de que pueda saludar—. Necesito... necesito...

—¿Olvidar que estás viviendo con el hombre más sexy de Manhattan y no puedes tocarlo? —la diversión en su voz me hace querer estrangularla.

—Necesito acostarme con alguien —las palabras suenan crudas incluso para mí—. Con alguien que no sea él. Con alguien que no me mire como si fuera una responsabilidad más en su lista de tareas.

El silencio al otro lado de la línea es elocuente.

—Emma... —hay precaución en su voz—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

No. No estoy segura de nada. Excepto de que, si paso una noche más bajo el mismo techo que Marcus sin poder tocarlo, sin poder...

—El vestido verde —digo en su lugar—. Me pondré el vestido verde.

Claire silba bajo.

—¿El vestido follable? Vas a matar a alguien con ese vestido.

Ojalá. Ojalá pudiera hacer que cierto CEO con cicatrices me mirara como algo más que una conveniencia.

Cojo el móvil y escribo el mensaje antes de poder arrepentirme: «Llegaré tarde esta noche. Necesito que estés en casa para cuando Sophie se duerma.»

El «De acuerdo» que recibo como respuesta es tan frío, tan profesional, que hace que algo dentro de mí se rompa un poco más.

Por supuesto que no le importa. ¿Por qué iba a importarle?

Las horas con Sophie pasan demasiado rápido, intentando no pensar en el mensaje que he enviado, en lo que significa, en lo que voy a hacer esta noche. Marcus llegará pronto para quedarse con ella, y yo...

El sonido del ascensor hace que mi corazón se salte un latido. Ha llegado antes de lo habitual, probablemente ansioso por revisar algún contrato mientras cuida de Sophie. Siempre tan eficiente.

Me escondo en mi habitación mientras lo escucho con la niña. Su voz grave leyéndole un cuento se filtra a través de las paredes, y por un momento, solo un momento, dudo. ¿Realmente quiero hacer esto?

El recuerdo de su propuesta de matrimonio, tan fría, tan práctica, me da la respuesta.

Espero hasta que el silencio me dice que Sophie está dormida, luego salgo. El vestido verde se ajusta a mi cuerpo como una segunda piel, recordándome por qué nunca me he atrevido a ponérmelo antes. El maquillaje es más intenso de lo habitual, el pelo más salvaje. Me miro al espejo y apenas me reconozco.

Bien. No quiero reconocerme. No quiero ser la Emma que suspira por Marcus Walker. No esta noche.

Me aplico un último toque de perfume, intentando ignorar que él está en algún lugar del ático, fingiendo que no noto cómo el aire cambia cuando está cerca.

—¿A dónde crees que vas?

Su voz, grave y peligrosa, hace que todo mi cuerpo se tense. Me giro lentamente, levantando la barbilla en un gesto desafiante que espero oculte cómo tiemblo por dentro.

—No es asunto tuyo.

El aire entre nosotros prácticamente chispea con tensión contenida. Marcus llena el marco de la puerta con su presencia, la camisa arremangada hasta los codos, la corbata aflojada. Sus ojos recorren mi cuerpo como si quisieran marcarme.

—¿No me has oído? —repito, intentando que mi voz suene firme —. No es asunto...

—Todo lo que haces es asunto mío —da un paso hacia mí, y el espacio repentinamente parece demasiado pequeño—. Todo.

La forma en que pronuncia esa palabra, como si fuera una sentencia, hace que algo se derrita en mi interior. Pero la rabia, la frustración de semanas conteniendo esto... esto que hay entre nosotros, puede más.

—¿Por qué? —mi voz tiembla—. ¿Porque soy una inversión conveniente? ¿Otro contrato que cerrar?

Sus ojos se oscurecen peligrosamente. Otro paso. Ahora está tan cerca que puedo oler su perfume, esa mezcla de sándalo y poder que me vuelve loca.

—¿Es eso lo que buscas? —su voz es un gruñido bajo—. ¿Alguien que te folle sin complicaciones? ¿Sin contratos?

El calor sube por mi cuello ante la crudeza de sus palabras.

—Al menos sería honesto —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Al menos no fingiría que soy una maldita transacción comercial.

Sus manos se cierran en puños a los costados, y veo el momento exacto en que su control se rompe. Me agarra por la cintura, empujándome contra la pared. Su cuerpo, duro y caliente, me inmoviliza por completo.

—¿Quieres honestidad? —su aliento quema contra mi oído—. Por encima de mi cadáver voy a dejar que otro hombre te toque.

Mi corazón late tan fuerte que debe poder oírlo.

—No tienes derecho...

—¿No? —una de sus manos se desliza por mi muslo, levantando el borde del vestido—. ¿Quieres que te demuestre exactamente qué derechos tengo sobre ti?

Debería empujarlo. Debería abofetearlo. Debería...

Su boca encuentra ese punto sensible bajo mi oreja y todo pensamiento coherente desaparece. Sus dedos suben por mi muslo, encontrando el encaje de mis bragas, y el gemido que escapa de mis labios es vergonzosamente necesitado.

—Dime que pare —murmura contra mi piel—. Dime que realmente quieres ir a buscar esto en otra parte.

No puedo responder. No cuando sus dedos trazan patrones sobre la piel desnuda de mi muslo, tan cerca del borde del vestido, pero sin llegar a donde mi cuerpo grita que lo necesito. Su otra mano sigue en mi cintura, manteniéndome inmóvil contra la pared.

—¿Silencio? —su voz es puro terciopelo oscuro—. Hace un momento parecías tener mucho que decir sobre... ¿cómo era? ¿Transacciones comerciales?

Sus labios rozan mi oreja con cada palabra, y el contraste entre la suavidad de su toque y la dureza de su cuerpo presionado contra el mío me está volviendo loca.

—Marcus... —mi voz suena patéticamente necesitada.

—Dime, Emma —sus dedos suben un centímetro más, arrastrando el vestido con ellos—. ¿Qué buscabas exactamente esta noche? ¿Unos dedos anónimos? ¿Una boca extraña?

Sus palabras me encienden y me enfurecen a partes iguales. ¿Cómo se atreve a hablarme así cuando fue él quien me ofreció un contrato en lugar de...?

—¿Y qué si es así? —mi voz tiembla, pero mantengo la barbilla alta—. Al menos sería real. No una maldita conveniencia.

Su mano se tensa en mi cintura, y por un momento, solo un momento, veo algo parpadear en sus ojos. ¿Dolor? ¿Rabia?

—¿Real? —su risa es oscura contra mi cuello—. ¿Quieres que te muestre lo que es real?

Mi respiración se vuelve superficial, pero me niego a darle la satisfacción de rogar.

—No te atreverás.

Las palabras mueren en mi garganta cuando sus dientes rozan mi piel y mis rodillas amenazan con ceder.

—¿Decías? —murmura, y puedo sentir su sonrisa contra mi cuello —. ¿Algo sobre no atreverme?

Sus dedos encuentran el borde de mis bragas y se detienen ahí, jugando con el encaje. La frustración me hace querer gritar.

—Te odio —susurro, pero mis caderas se mueven involuntariamente contra su mano, buscando más contacto.

—No —su voz es terciopelo y acero—. No me odias. Deseas esto. Y eso te enfurece más que cualquier contrato.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Porque tiene razón, maldita sea. Lo deseo tanto

que duele, y eso... eso me enfurece más que cualquier propuesta de matrimonio por conveniencia.

—Vete al infierno —intento empujarlo, pero es como intentar mover una pared de acero.

Su respuesta es deslizar un dedo bajo el encaje de mis bragas, y el gemido que escapa de mis labios es humillante.

—¿El infierno? —susurra contra mi oído—. Ya estoy en él. Llevo en él desde que te vi con este vestido.

Sus dedos me torturan con caricias superficiales, nunca donde realmente los necesito. Mi cuerpo tiembla, dividido entre el deseo de empujarlo y el de suplicarle que me toque de verdad.

—Marcus... —mi voz suena extraña, necesitada.

—Dime qué quieres —exige, sus dedos todavía jugando con el borde del encaje—. Dime exactamente qué ibas a buscar esta noche.

—Yo...

—¿Esto? —un dedo se desliza entre mis pliegues y mis caderas se arquean involuntariamente —. ¿Ibas a dejar que un extraño te tocara así?

Niego con la cabeza, incapaz de formar palabras coherentes. Su dedo se mueve en círculos lentos, tan lentos que es una tortura.

—¿No? —su voz es puro pecado—. Entonces dime qué querías.

—Sabes lo que quiero —jadeo, la frustración mezclándose con el placer.

—Quiero oírtelo decir —sus dientes rozan mi lóbulo—. Dime qué necesitas, Emma.

—Te odio —repito, pero suena más como un gemido cuando su pulgar encuentra mi clítoris.

—Mientes —murmura, y entonces desliza un dedo dentro de mí, tan lentamente que creo que voy a morir—. Estás tan mojada...

Su gruñido cuando añade un segundo dedo hace que todo mi cuerpo se estremezca.

—Marcus... por favor...

—¿Por favor qué? —sus dedos se mueven con una precisión devastadora—. ¿Por favor para? ¿O por favor más?

—Más —la palabra escapa de mis labios antes de que pueda detenerla—. Por favor, más.

Su gruñido de satisfacción vibra contra mi cuello. Sus dedos aumentan el ritmo, curvándose dentro de mí de una forma que me hace ver estrellas.

—¿Así? —su voz es ronca, controlada pero apenas—. ¿Es esto lo que necesitabas?

No puedo responder. No cuando su pulgar dibuja círculos sobre mi clítoris mientras sus dedos me llevan al borde. No cuando su otra mano abandona mi cintura para enredarse en mi pelo, tirando hacia atrás para exponer mi cuello a sus labios.

—Mírame —ordena, y hay algo salvaje en sus ojos cuando obedezco—. Quiero ver tu cara cuando te corras.

El orgasmo se construye como una tormenta, inevitable y devastador. Intento cerrar los ojos, pero él tira suavemente de mi pelo.

—No —su voz no admite discusión—. Mírame. Quiero que recuerdes quién te está haciendo esto.

Sus dedos encuentran ese punto dentro de mí que me hace temblar, y esta vez cuando su pulgar presiona contra mi clítoris, estoy perdida.

—Eso es —murmura cerca de mis labios entreabiertos, bebiendo mis gemidos—. Córrete para mí.

El orgasmo me atraviesa como un rayo, haciendo que mis piernas cedan. Solo su cuerpo presionado contra el mío me mantiene en pie mientras tiemblo en sus brazos, su nombre un sollozo en mis labios.

Pero sus dedos no se detienen.

—Otra vez —susurra, y esta vez su voz tiene un filo desesperado —. Necesito sentirte correrte otra vez.

—No puedo —jadeo, mi cuerpo todavía temblando por el primer orgasmo—. Marcus, yo...

—Sí puedes —sus dedos cambian el ángulo, encontrando lugares dentro de mí que me hacen ver estrellas—. Y lo vas a hacer.

Su voz es puro control, pero hay algo más, algo casi desesperado en la forma en que sus labios recorren mi cuello, en cómo su cuerpo tiembla contra el mío.

—Necesito... —murmura contra mi piel—. Necesito que entiendas que eres mía.

La posesividad en sus palabras debería enfurecerme, pero solo consigue encenderme más. Sus dedos mantienen un ritmo implacable mientras su pulgar traza círculos que me hacen jadear su nombre.

—Dilo —exige, su voz ronca—. Di que eres mía.

—Marcus...

—Dilo —repite, y esta vez sus dientes rozan mi pulso—. O paro.

La amenaza hace que mis caderas se arqueen contra su mano.

—Soy... —mi voz tiembla—. Soy tuya.

Su gruñido de satisfacción reverbera a través de mi cuerpo mientras aumenta el ritmo de sus dedos. El segundo orgasmo me golpea con más fuerza que el primero, haciéndome gritar su nombre.

—Otra vez —murmura contra mis labios—. Una más.

No puedo... no debería ser posible... pero su toque es implacable, su control absoluto sobre mi cuerpo. Me tiene completamente a su merced, y lo peor es que no quiero estar en ningún otro lugar.

El tercer orgasmo me deja temblando, apenas consciente de nada excepto de su cuerpo presionado contra el mío, de sus dedos todavía moviéndose lentamente dentro de mí, prolongando el placer hasta que es casi doloroso.

—Una más —su voz es ronca, exigente—. La última.

El cuarto orgasmo me golpea como una avalancha, arrancándome un sollozo que suena sospechosamente como su nombre.

Solo cuando estoy completamente deshecha, cuando mis piernas ya no me sostienen y todo mi cuerpo tiembla por el placer, se detiene. Puedo sentir su erección presionando contra mi cadera, dura como el acero, pero no hace ningún movimiento para buscar su propio placer.

—La próxima vez que necesites esto —susurra contra mi oído, su voz ronca por el deseo contenido—, me lo pides a mí.

Y entonces se va. Me deja allí, contra la pared, con las piernas temblorosas y el vestido arrugado alrededor de las caderas. Lo último que veo antes de que desaparezca es cómo ajusta discretamente la evidente erección en sus pantalones.

Me deslizo hasta el suelo, mi cuerpo aun vibrando por los múltiples orgasmos. Y es entonces cuando me doy cuenta de lo completamente jodida que estoy.

Porque en lo único que puedo pensar es en lo mucho que desearía que se hubiera quedado. Que me hubiera abrazado. Que...

Dios.

Esto no era lo que se suponía que iba a pasar.

CAPÍTULO 20

EMMA

La mañana después de nuestro encuentro es una tortura.

Marcus está en la cocina cuando entro, impecablemente vestido en uno de sus trajes hechos a medida, revisando algo en su iPad mientras Sophie juega con sus cereales. Ni siquiera levanta la vista cuando me ve.

Como si no hubiera pasado nada.

Como si la noche anterior sus manos no hubieran estado dentro de mí.

—Buenos días —su voz es perfectamente profesional, como si anoche no me hubiera hecho gritar su nombre hasta quedarme sin voz—. Hay café recién hecho.

Hijo de puta.

Me sirvo una taza intentando que mis manos no tiemblen. El café está exactamente como me gusta, por supuesto. Como todo lo que hace Marcus Walker: perfecto y controlado.

—La niñera llegará en media hora —continúa, sin apartar la vista de su iPad—. Tengo una reunión importante esta mañana.

Por supuesto que la tiene. Probablemente ya ha archivado lo de anoche en alguna carpeta mental etiquetada como «asuntos resueltos». Como todo en su vida, perfectamente categorizado y controlado.

Sophie suelta una risita y lanza un cereal que aterriza en el iPad de Marcus. Por un momento, solo un momento, veo una sonrisa genuina en sus labios antes de que su máscara de CEO vuelva a su lugar.

—Necesitamos discutir los horarios de esta semana —dice mientras limpia la pantalla—. Y hay algunos papeles que...

—No puedo ahora —lo corto, odiando cómo mi cuerpo reacciona a su voz—. Llego tarde a la librería.

Miento. Sarah tiene todo bajo control. Pero necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito...

Necesito dejar de recordar cómo sus manos se sentían en mi piel, cómo su voz sonaba cuando me exigía que me corriera para él, cómo...

Mierda.

Lo peor no es que actúe como si nada hubiera pasado. Lo peor es que yo no puedo hacer lo

mismo.

—Emma...

—Te he dicho que llego tarde.

Huyo. No hay otra palabra para describirlo. Huyo de la cocina, de su presencia, de la forma en que mi cuerpo traidor anhela su toque.

Esto no era parte del plan. Se suponía que anoche iba a ser sobre lujuria y frustración. No sobre... esto. No sobre la forma en que mi corazón se aprieta cuando lo veo con Sophie, o cómo mis rodillas tiemblan cuando dice mi nombre, o...

Maldita sea.

Estoy tan, tan jodida.

CAPÍTULO 21

EMMA

Llevo tres días evitándolo.

Es ridículo, lo sé. Vivimos en el mismo ático, compartimos el cuidado de Sophie, pero he conseguido reducir nuestras interacciones a las mínimas imprescindible. Desayunos silenciosos donde finjo estar absorta en mi teléfono. Intercambios rápidos sobre horarios y rutinas de Sophie. Nada más.

Es más fácil así. Es más fácil que enfrentarme a cómo mi cuerpo reacciona cada vez que está cerca, a cómo el recuerdo de aquella noche me persigue cada vez que lo veo en su impecable traje de ejecutivo, actuando como si nada hubiera pasado.

Esta tarde el ático está en silencio. Sophie duerme su siesta y yo intento concentrarme en un libro en la sala de estar, acurrucada en el sillón junto al ventanal. La luz de la tarde baña Manhattan en tonos dorados, y por un momento casi puedo pretender que este es un día normal, que no estoy viviendo esta extraña fantasía donde Marcus Walker me... donde él...

El sonido de sus pasos me hace tensarme, pero no levanto la vista. Los conozco demasiado bien: medidos, controlados, como todo en él. No debería estar aquí. No a esta hora. Debería estar en la oficina, en alguna reunión importante, en cualquier lugar excepto...

—Emma.

Su voz hace que un escalofrío recorra mi columna. Mantengo los ojos fijos en el libro, aunque hace minutos que he dejado de leer realmente.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, orgullosa de lo firme que suena mi voz.

—Tenemos que hablar.

Hay algo en su tono, algo que finalmente me hace levantar la mirada. Está de pie junto al sofá, el traje tan perfecto como siempre, pero hay una tensión en su postura que no reconozco. En su mano, un sobre que parece pesar una tonelada por la forma en que lo sostiene.

—Marcus, si es sobre los horarios de la próxima semana, podemos...

—No es sobre horarios.

Se acerca, y el aire parece volverse más denso con cada paso que da. La luz de la tarde dibuja sombras en su rostro, suavizando las cicatrices que tanto se esfuerza en ocultar. Por un momento, solo un momento, veo al chico de la biblioteca del instituto. Pero entonces su mandíbula se tensa y el CEO está de vuelta.

Se sienta en el borde del sofá, lo suficientemente cerca para que su perfume me alcance, pero

manteniendo una distancia calculada.

—He estado pensando —su voz suena diferente, casi... ¿insegura? —. Sobre el contrato matrimonial.

El libro casi se me cae de las manos. ¿En serio? ¿Después de lo que pasó? ¿Después de que sus dedos...?

—Marcus... —empiezo molesta, pero él levanta una mano, interrumpiéndome.

—Lo he modificado —abre el sobre con movimientos precisos, sacando unos papeles que parecen recién impresos—. He añadido algunas... cláusulas.

Algo en su tono hace que el aire se espese. O quizás es la forma en que sus ojos evitan los míos mientras me tiende los documentos, un gesto tan impropio de él que me desconcierta.

La curiosidad se apodera de mí.

Las palabras bailan frente a mis ojos mientras leo. Las primeras páginas son las mismas: términos, condiciones, la parte de la empresa que pasaría a mi nombre. Pero entonces llego a la nueva sección y...

Oh.

OH.

El calor sube por mi cuello mientras leo. No puede ser. No puede estar sugiriendo...

—¿Una cláusula de placer? —mi voz suena extraña incluso para mí —. ¿Es esto algún tipo de broma?

—Es perfectamente serio —su tono es el mismo que usa en sus reuniones de negocios—. Estipula que me comprometo a satisfacer tus necesidades físicas cuando...

—Para —lo corto, la indignación mezclándose con algo más oscuro y peligroso—. ¿Me estás ofreciendo ser tu... qué exactamente? ¿Tu esposa de conveniencia con beneficios?

Su mandíbula se tensa, y por un momento veo algo parpadear en sus ojos. ¿Vulnerabilidad? ¿Deseo? Pero entonces su máscara vuelve a caer en su lugar.

—Es una solución práctica —dice, como si estuviéramos discutiendo la fusión de dos empresas—. Después de lo del otro día, pensé...

—¿Pensaste qué? —me levanto, necesitando moverme, necesitando poner distancia—. ¿Qué podrías añadir el sexo a tu lista de servicios incluidos?

—Sería... conveniente para ambos —su voz suena tensa, como si cada palabra le costara un esfuerzo—. Tú tendrías tus necesidades cubiertas sin tener que buscar en otra parte, y yo...

—¿Y tú qué? —lo interrumpo, y algo en mi tono hace que sus ojos se fijen en mí con una intensidad que me roba el aliento—. ¿Qué hay de tus necesidades?

Lo veo tensarse, como si la pregunta lo hubiera golpeado físicamente. Su mano se cierra en un puño sobre el papel, arrugándolo.

—Eso no es relevante.

—¿No es relevante? —avanzo un paso hacia él—. ¿Qué pasa? ¿Piensas buscar satisfacción en otro lado mientras cumples tu parte del contrato conmigo?

Un músculo tiembla en su mandíbula. La idea de Marcus con otra mujer hace que algo salvaje y posesivo se retuerza en mi interior.

—No —su voz es un gruñido bajo—. No habrá nadie más.

—¿Entonces qué? —presiono, acercándome más—. ¿Vas a vivir como un monje mientras me... satisfaces?

Sus ojos se oscurecen peligrosamente, pero hay algo más ahí. Algo que parece casi... ¿miedo?

—Emma... —hay una advertencia en su voz.

—¿O es que no crees que yo pueda satisfacerte a ti?

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y el efecto es instantáneo. Marcus se levanta tan rápido que apenas lo veo moverse. De repente está ahí, en mi espacio personal, su altura imponente haciéndome levantar la cabeza para mantener el contacto visual.

—¿Es eso lo que estás ofreciendo? —su voz es apenas un susurro, pero hay algo peligroso en ella—. ¿Querrías tocarme? ¿A mí?

La incredulidad en su voz cuando dice «¿a mí?» hace que algo se rompa en mi pecho. ¿De verdad cree...? ¿Realmente piensa que no lo deseo?

—¿Por qué no iba a querer? —mi voz suena más suave de lo que pretendo.

Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me roba el aliento. Está tan cerca que puedo ver las diferentes tonalidades de azul en su mirada, la forma en que las cicatrices crean patrones sobre su piel que, lejos de repelerme, solo me dan más ganas de...

MARCUS

No puede ser real.

Emma está frente a mí, mirándome como si realmente quisiera... como si pudiera desear...

La agarro por la cintura antes de poder detenerme, acercándola a mi cuerpo. Necesito que entienda, que vea...

—¿Es eso lo que estás ofreciendo? —mi voz suena extraña, ronca —. ¿Querrías tocarme? ¿A mí?

Giro ligeramente la cara para que la luz ilumine completamente el lado derecho, para que vea las cicatrices en todo su horror. Para que entienda en qué se está metiendo.

Pero en lugar de retroceder, en lugar de mostrar el asco que debería sentir, Emma levanta una mano hacia mi rostro. El primer roce de sus dedos sobre las cicatrices me hace contener el aliento.

Dios, esto no puede estar pasando.

Mi erección es dolorosamente obvia entre nuestros cuerpos. Ni en mis mejores sueños, en mis fantasías más salvajes, había imaginado que ella querría...

Sus dedos trazan el borde de la cicatriz más profunda, la que parte mi mejilla y baja hasta la mandíbula. El toque es tan suave, tan delicado, que hace que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho. Nadie... nadie me ha tocado así...

—Marcus —susurra mi nombre como una caricia, y el sonido hace que mi control se tambalee —. Mírame.

No puedo. Si la miro ahora, si veo lástima en sus ojos...

Pero sus dedos se deslizan hasta mi barbilla, obligándome a enfrentar su mirada. Y lo que veo allí hace que mi mundo se detenga: no hay asco, no hay lástima. Sus pupilas están dilatadas, sus labios entreabiertos, y esa forma en que me mira... como si realmente me deseara.

Como si fuera hermoso.

—No sabes lo que estás haciendo —mi voz suena extraña, áspera —. No sabes lo que estás ofreciendo.

—¿No? —hay un desafío en su tono que hace que mi sangre arda —. ¿Por qué no me lo explicas?

Sus dedos siguen explorando mi rostro, trazando cada cicatriz como si fueran algo precioso en lugar de las marcas de un monstruo. Y yo... yo estoy perdiendo la batalla contra el deseo que amenaza con consumirme.

—Emma... —es una advertencia, una súplica.

—¿Tienes miedo? —pregunta, y hay algo en su voz que hace que mi corazón se salte un latido —. ¿El gran Marcus Walker tiene miedo de que lo desee?

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Porque tiene razón. Estoy aterrorizado. De que esto sea real, de que ella realmente quiera... de que cuando finalmente la bese...

Mi mano se cierra en su nuca casi por instinto, mi pulgar acariciando la piel suave bajo su

oreja. El pequeño jadeo que escapa de sus labios hace que todo mi cuerpo se tense.

Debería parar esto. Debería alejarme. Debería...

Pero entonces ella se pone de puntillas, sus dedos enredándose en mi pelo, y todo pensamiento racional desaparece. Está tan cerca que puedo contar las pecas que salpican su nariz, ver el momento exacto en que sus pupilas se dilatan aún más.

—¿Vas a besarme? —susurra, y hay algo en su voz que suena peligrosamente a deseo—. ¿O también necesitas una cláusula en el contrato para eso?

El sarcasmo en su tono debería enfurecerme, pero solo consigue excitarme más. Porque esto... esto es mi Emma. La que nunca tuvo miedo de desafiarme, ni siquiera cuando éramos adolescentes en una biblioteca.

—Deberías alejarte —mi voz suena más ronca de lo que pretendo —. Mientras aún puedas.

—¿Y si no quiero?

Cristo.

La acerco más, hasta que cada curva de su cuerpo se presiona contra el mío. Necesito que sienta lo que me está haciendo, lo duro que estoy por ella. Necesito que entienda en qué se está metiendo antes de que sea demasiado tarde.

—Emma... —mi voz es apenas un gruñido—. Si empiezo esto...

Sus dedos trazan el borde de otra cicatriz, esta en mi mandíbula, y el toque es tan reverente que hace que algo dentro de mí se rompa.

Al diablo todo.

Mis labios encuentran los suyos con una urgencia que debería asustarla. Es un beso duro, posesivo, nada como el primer beso suave que debería darle. Pero ella...

Dios.

Emma gime en mi boca, sus dedos tirando de mi pelo, su cuerpo arqueándose contra el mío como si quisiera fundirse conmigo. Y el sonido... ese pequeño sonido necesitado que hace cuando mi lengua roza la suya...

El mundo se reduce a esto: el sabor de sus labios, la forma en que su cuerpo se amolda al mío, sus manos explorando mi nuca, rozando las cicatrices allí como si no fueran repulsivas, como si...

Dios, la forma en que responde al beso. Como si me deseara tanto como yo a ella. Como si no le importara que sea un monstruo marcado, que mis manos sean demasiado ásperas, que mi rostro...

Sus dientes atrapan mi labio inferior y todo pensamiento coherente desaparece. Mis manos se deslizan por su espalda, presionándola más contra mí, necesitando que sienta exactamente lo que me está haciendo. La dureza en mis pantalones debe ser obvia, pero en lugar de asustarse, Emma gime y...

El sonido del monitor de bebé nos sobresalta a ambos.

Sophie.

Joder.

Emma intenta apartarse, pero mis manos se niegan a soltarla. No puedo. No cuando acabo de descubrir que esto es posible, que ella...

—Marcus —su voz es un susurro contra mis labios—. Sophie está...

—Lo sé —gruño, pero mis dedos se hunden en sus caderas, manteniendo su cuerpo contra el mío un momento más—. Solo... dame un segundo.

Necesito grabar esto en mi memoria: sus labios hinchados por mis besos, sus pupilas dilatadas, la forma en que su pecho sube y baja con respiraciones agitadas. La prueba de que esto ha sido real, de que no lo he imaginado.

Sophie vuelve a hacer ruido y esta vez sí la suelto, aunque cada músculo de mi cuerpo protesta.

Emma se aleja hacia la habitación de la niña, sus piernas visiblemente temblorosas. Antes de desaparecer por el pasillo, me lanza una mirada por encima del hombro que hace que mi erección se vuelva todavía más dolorosa.

Me apoyo contra la pared, intentando recuperar el control. Pero es inútil.

Nada va a poder evitar que la haga mía.

Esta noche.

Mañana.

Pronto.

Ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 22

EMMA

La fiebre no baja.

Sophie está ardiendo entre mis brazos mientras Marcus habla por teléfono con el pediatra de

guardia, su voz tensa pero controlada. Lo observo pasearse por la habitación: la chaqueta descartada sobre una silla, la corbata aflojada, las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. Tan diferente del CEO implacable de hace unas horas. Tan diferente del hombre que me besó como si quisiera devorarme.

—Treinta y nueve grados —informa al médico, y hay algo en su tono que nunca le había oído antes. ¿Miedo?—. No, los antitérmicos no están funcionando. Sí, está bebiendo agua, pero...

Sophie gime en mis brazos, su pequeño cuerpo demasiado caliente contra mi pecho. Intento mecerla suavemente, susurrando palabras de consuelo que suenan huecas incluso para mí. ¿Cómo puede un bebé generar tanto calor?

—Vamos al hospital —la voz de Marcus corta el aire mientras guarda el teléfono. Por primera vez desde que lo conozco, veo miedo real en sus ojos—. El pediatra nos está esperando en urgencias. — Su tono no admite discusión mientras se acerca, pero sus manos son increíblemente suaves cuando roza la frente de Sophie—. Necesito... necesitamos asegurarnos de que está bien.

La vulnerabilidad en su voz hace que algo se retuerza en mi pecho. Este no es el Marcus que controla cada aspecto de nuestras vidas, el que propone matrimonio con contratos y cláusulas. Este es... este es el hombre que se esconde tras el CEO, el que acuna a Sophie por las noches cuando cree que nadie lo ve, el que...

—Emma —su mano en mi codo me devuelve al presente—. El coche está esperando.

Asiento, incapaz de formar palabras. La preocupación me atenaza la garganta mientras seguimos a Marcus hacia el ascensor privado. Sophie se remueve inquieta en mis brazos, su piel ardiendo contra la mía, y de repente todas las tensiones de antes, todos los pensamientos sobre besos y deseos parecen insignificantes.

Solo necesito que esté bien.

Necesitamos que esté bien.

El trayecto en el Bentley es un borrón de luces de neón y semáforos. Marcus conduce con una concentración feroz, sus nudillos blancos sobre el volante mientras sortea el tráfico nocturno de Manhattan. De vez en cuando, sus ojos encuentran los míos en el retrovisor, y hay algo tan crudo en su mirada que hace que mi corazón se encoja.

Sophie se remueve inquieta en su asiento, sus mejillas demasiado rojas, su respiración demasiado rápida. Nunca la había visto así. ¿Es normal que un bebé arda tanto? ¿Debería haberme dado cuenta antes? ¿Y si...?

—Llegamos en cinco minutos —la voz de Marcus interrumpe mi espiral de pánico—. El equipo de pediatría nos está esperando.

Por supuesto que lo están. Marcus Walker no llevaría a su... a Sophie a una sala de urgencias normal. No, probablemente ha movilizado al mejor equipo médico de la ciudad con una sola llamada.

El hospital emerge ante nosotros, un edificio de cristal y acero que brilla contra el cielo nocturno. Marcus ni siquiera aparca, simplemente detiene el coche frente a la entrada de urgencias donde un equipo médico ya nos espera. ¿Cuántas llamadas ha hecho mientras yo estaba distraída con Sophie?

—Por aquí, señor Walker —una enfermera se acerca mientras bajamos del coche—. La doctora Harrison está esperando.

Todo sucede muy rápido después de eso. Nos guían a través de pasillos inmaculados, lejos del bullicio habitual de urgencias, hasta una sala privada donde una doctora de mediana edad nos espera. Sus ojos son amables pero profesionales mientras examina a Sophie.

—Treinta y nueve con cinco —murmura, y siento a Marcus tensarse a mi lado—. ¿Cuándo empezó la fiebre?

—Hace unas horas —mi voz suena extraña, lejana—. Pensamos que era solo...

—Ha estado inquieta todo el día.

La doctora asiente mientras continúa su examen. Sus manos son gentiles sobre Sophie, que parece demasiado agotada incluso para protestar.

—¿Primer susto? —pregunta sin levantar la vista, y hay algo casi maternal en su tono.

—¿Tan obvio es? —intento sonreír, pero sale más como una mueca.

—Los padres primerizos siempre son los más asustados.

Padres.

La palabra flota entre Marcus y yo como un recordatorio de lo extraño de nuestra situación. No somos los padres de Sophie, no realmente. Solo somos...

Una mano grande y cálida se cierra sobre la mía, y me sorprende darme cuenta de que estoy temblando. Marcus entrelaza sus dedos con los míos, su pulgar trazando círculos suaves en mi piel, y el gesto es tan íntimo, tan natural, que hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Es un virus —la doctora Harrison finalmente habla, y el alivio que siento es tan intenso que mis rodillas casi ceden—. Bastante común en bebés de su edad. La fiebre es alta, pero está respondiendo bien a los medicamentos.

Los dedos de Marcus se aprietan ligeramente alrededor de los míos. No me había dado cuenta de que seguíamos con las manos entrelazadas, de que su pulgar no ha dejado de trazar esos pequeños círculos reconfortantes en mi piel.

—¿Está segura? —su voz suena tensa, controlada, pero puedo sentir el temblor en su agarre—. ¿No necesita más pruebas? Podemos pagar cualquier...

—Señor Walker —la doctora sonríe con indulgencia—, entiendo su preocupación, pero

Sophie está bien. Necesita descanso, líquidos y vigilancia durante las próximas veinticuatro horas. Si la fiebre vuelve a subir por encima de treinta y nueve, me llaman inmediatamente.

Sophie suelta un pequeño quejido desde la camilla, sus ojitos azules finalmente abriéndose. Sus deditos buscan algo a lo que aferrarse y, sin pensarlo, Marcus y yo nos movemos a la vez hacia ella. Su manita agarra mi dedo índice mientras que con la otra se aferra a la corbata aflojada de Marcus.

—Son excelentes cuidadores —comenta la doctora Harrison mientras escribe algo en su tablet —. Se nota que la niña se siente segura con ustedes. Eso es importante para su recuperación.

La palabra cuidadores flota entre nosotros. Es lo que somos, después de todo. Tutores legales. Guardianes. Nada más.

Entonces ¿por qué el comentario hace que algo se retuerza en mi pecho? ¿Por qué la mano de Marcus se tensa ligeramente en la mía?

La doctora nos da las últimas instrucciones: medicación cada seis horas, líquidos constantes, vigilar su temperatura. Marcus asiente a todo con esa concentración intensa que usa en sus reuniones, como si estuviera memorizando cada palabra. Y yo... yo solo puedo pensar en lo natural que se siente su mano en la mía, en cómo nos hemos convertido en un equipo sin darnos cuenta. En cómo, por primera vez desde que Tom y Sarah nos dejaron a Sophie, realmente parecemos una familia.

MARCUS

Las luces de la ciudad pasan sobre la ventana del Bentley mientras conduzco hacia casa.

En el asiento trasero, Sophie duerme en su silla de seguridad, la fiebre cediendo gracias a los medicamentos. Emma está a su lado, su mano entrelazada con la pequeña manita de la niña mientras tararea suavemente una nana. Las observo por el retrovisor: la forma en que Emma se inclina para comprobar la temperatura de Sophie, cómo ajusta la mantita sobre ella, la suavidad en sus gestos.

Mi familia.

El pensamiento hace que mis manos se tensen en el volante. No tengo derecho a pensar así. No tengo derecho a desear...

El pensamiento es peligroso. Tentador. Todo lo que siempre he querido y nunca he merecido.

—Está más fresca —murmura Emma, y el alivio en su voz hace que algo se retuerza en mi pecho—. Los medicamentos están funcionando.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. ¿Cómo explicarle que el miedo que sentí al ver a Sophie enferma no tiene nada que ver con ser su tutor legal? ¿Que en algún momento, sin darme cuenta, esta pequeña se ha convertido en...?

—Marcus —la voz de Emma es suave, casi un susurro—. La luz está en verde.

Arranco de nuevo, maldiciendo internamente mi falta de concentración. El control. Necesito mantener el control.

Pero es difícil cuando cada vez que miro por el retrovisor veo todo lo que deseo: Emma inclinada sobre Sophie, sus dedos entrelazados con los de la niña, la forma en que la luz de la ciudad juega con su pelo suelto. Tan hermosa. Tan perfecta. Tan...

Imposible.

El ático aparece frente a nosotros, sus ventanas iluminadas como faros en la noche. Mi hogar. Nuestro hogar, aunque sea temporalmente. Aunque solo sea por Sophie.

Ojalá pudiera cambiar eso. Ojalá pudiera hacerle firmar el contrato de matrimonio.

—Yo la llevo —digo cuando Emma intenta desabrochar la silla de seguridad, mis manos ya moviéndose para coger a Sophie con toda la delicadeza que puedo reunir.

La pequeña ni siquiera se mueve, completamente relajada en mis brazos. La confianza absoluta en su sueño hace que mi garganta se cierre. ¿Cómo puede confiar tanto en alguien como yo? ¿Cómo pueden ambas?

El ascensor sube en silencio, Sophie un peso cálido contra mi pecho. Emma camina a mi lado, tan cerca que su brazo roza el mío con cada paso. Huele a vainilla y a hospital, a preocupación y a alivio.

En la habitación de Sophie, la luz de la luna dibuja sombras suaves a través de las cortinas. Con movimientos practicados, Emma prepara la cuna mientras yo sostengo a la niña. Es una danza que hemos perfeccionado sin darnos cuenta, este ritual nocturno que se siente peligrosamente como algo que podríamos tener siempre.

—Su temperatura es normal —susurra Emma cuando finalmente acostamos a Sophie, sus dedos rozando la frente de la pequeña—.

¿Crees que deberíamos...?

—Quedarnos un rato —termino por ella, y la sonrisa que me da hace que mi corazón se salte un latido.

Nos sentamos en el pequeño sofá junto a la ventana, más cerca de lo que la prudencia aconseja, pero ninguno se mueve para crear distancia. El silencio entre nosotros es diferente ahora, cargado de algo que no me atrevo a nombrar.

—Ha sido la primera vez —murmura Emma, su voz apenas un susurro—. La primera crisis. Y tú...

—¿Yo?

—Sabías exactamente qué hacer —se gira ligeramente hacia mí, y la luz de la luna hace que sus ojos brillen—. Como si llevaras toda la vida siendo...

Se interrumpe, pero la palabra no dicha flota entre nosotros. Padre. Como si llevara toda la vida siendo padre.

—Solo hice lo necesario —intento que mi voz suene neutral, pero Emma siempre ha sido capaz de ver a través de mis máscaras.

—No —niega suavemente—. Hiciste más que eso. La forma en que la sostienes, cómo notas cuando está inquieta incluso antes de que llore... —hace una pausa, y siento su mano rozar la mía en la oscuridad—. Eres bueno en esto, Marcus. En ser... lo que ella necesita.

Lo que ella necesita. Lo que ambas necesitan. Todo lo que deseo ser y nunca...

El pensamiento se desvanece cuando Emma apoya su cabeza en mi hombro, el cansancio finalmente venciéndola. Debería moverme. Debería despertarla. Debería...

Pero soy débil. Y egoísta. Y cuando su respiración se vuelve más profunda, cuando su cuerpo se relaja completamente contra el mío, no puedo evitar rodearla con mi brazo, acercándola más.

Sophie duerme pacíficamente en su cuna, su pequeño pecho subiendo y bajando con cada respiración. Emma se acurruca más contra mí, buscando calor incluso en sueños. Y yo...

Yo me permito este momento. Este pequeño trozo de cielo que no merezco pero que deseo con cada fibra de mi ser. Sé que es temporal, que cuando amanezca volveremos a ser lo que somos: tutores legales, extraños unidos por circunstancias extraordinarias.

Pero por ahora, en la penumbra de esta habitación, con el peso de Emma contra mi pecho y el sonido suave de la respiración de Sophie, me permito soñar.

Me permito imaginar que esto es real.

Que son mías.

Que soy digno de este momento.

El sueño me alcanza traicioneramente, y mi último pensamiento consciente es que, por primera vez en diez años, las pesadillas no vendrán esta noche.

No cuando tengo todo lo que siempre he deseado en mis brazos.

Aunque sea solo una ilusión.

Aunque sea solo por esta noche.

CAPÍTULO 23

EMMA

Las cosas han cambiado desde aquella noche en el hospital.

Es sutil, casi imperceptible, pero está ahí: en la forma en que Marcus se queda un momento más en la mesa del desayuno, en cómo su mano roza la mía cuando me pasa el café, en las miradas que compartimos sobre la cabeza de Sophie cuando hace algo adorable.

Los últimos cinco días han sido... diferentes. Más suaves. Como si la preocupación compartida por Sophie hubiera derretido algo en él, suavizado esos bordes afilados que siempre mantiene.

Esta mañana lo encontré dormido en el sillón de la habitación de Sophie, un informe olvidado en su regazo. Se había quedado vigilando su temperatura, aunque ya hace días que la fiebre desapareció. Había algo tan vulnerable en su expresión dormida, tan diferente del CEO implacable que pretende ser...

—¿Más café? —su voz me devuelve al presente. Está de pie junto a mi silla, la cafetera en una mano, y hay algo en sus ojos... algo que hace que mi corazón se acelere.

—Por favor —murmuro, y cuando sus dedos rozan los míos al pasarme la taza, el contacto parece deliberado.

Sophie suelta una risita desde su trona, lanzando un trozo de plátano que aterriza directamente en la corbata perfectamente anudada de Marcus. Espero ver ese destello de irritación que siempre muestra cuando algo altera su orden meticuloso, pero en su lugar...

Se ríe.

El sonido es tan inesperado, tan genuino, que me quedo sin aliento. No recuerdo la última vez que lo escuché reír así. ¿Fue en el instituto? ¿En aquellos días en la biblioteca cuando fingía interesarse por Jane Austen solo para estar cerca de mí?

—Supongo que no apruebas mi elección de corbata —le dice a Sophie, limpiándose con una servilleta, y hay algo tan natural en el gesto, tan paternal...

—Emma.

Levanto la vista. Su expresión ha cambiado, se ha vuelto más... intensa.

—¿Sí?

—Esta noche —hace una pausa, y por un momento parece casi... ¿nervioso?—. Me gustaría llevarte a cenar. Para celebrar que Sophie está bien.

Oh.

El aire parece espesarse mientras proceso sus palabras. Una cena. Los dos. Solos.

—La niñera puede quedarse con Sophie —continúa, y su voz ha recuperado ese tono controlado que tanto conoce—. He hecho una reserva en Le Bernardin.

Por supuesto que ha elegido el restaurante más exclusivo de Manhattan. Tan Marcus. Tan perfectamente planeado.

—Yo... —dudo, pero entonces veo algo parpadear en sus ojos, algo que parece casi... ¿vulnerabilidad?—. Me encantaría.

Su sonrisa es pequeña pero real, y hace que algo se derrita en mi interior. Quizás... quizás esto es un comienzo. Quizás después de estos días juntos, después de compartir el miedo y el alivio por Sophie, finalmente está dejando caer esas murallas que siempre mantiene.

Quizás por fin estamos avanzando hacia algo real.

La cena es perfecta.

Demasiado perfecta.

Marcus ha reservado una mesa privada con vistas a Manhattan. Las luces de la ciudad brillan como estrellas caídas mientras él ordena vino en francés fluido. Su traje negro hecho a medida parece absorber la luz de las velas, haciendo que sus ojos brillen más intensamente cuando me mira por encima de la copa.

Hablamos de Sophie, de lo rápido que está creciendo, de cómo ya intenta ponerse de pie agarrándose a los muebles. Es terreno seguro, familiar. Pero hay algo en la forma en que Marcus evita cualquier tema más personal, en cómo mantiene la conversación perfectamente controlada...

—¿Más vino? —pregunta, y su voz es tan suave que hace que un escalofrío recorra mi columna.

Asiento, observando cómo sus dedos sostienen la botella con elegancia estudiada. Todo en él esta noche parece... coreografiado. Como si estuviera siguiendo un guion invisible.

—Marcus —me sorprendo a mí misma hablando—. ¿Por qué estamos aquí?

Sus ojos encuentran los míos por encima de la mesa, y por un momento veo algo parpadear en ellos. ¿Deseo? ¿Miedo?

—Para celebrar que Sophie está bien —repite la misma frase que esta mañana, pero hay algo en su tono que suena ensayado.

—¿Es solo eso?

El silencio que sigue es denso, cargado de todo lo que no decimos. De cómo dormimos abrazados en el sofá de Sophie. De cómo sus dedos buscan los míos cada mañana al pasarme el

café. De cómo a veces, cuando cree que no lo veo, me mira como si...

—Emma —su voz es más ronca ahora—. ¿Quieres ir a casa?

La pregunta parece inocente, pero hay algo en su mirada que hace que mi piel se erice. No es una invitación casual. Es una promesa. Una advertencia.

Debería decir que no. Debería exigir que hablemos de lo que está pasando entre nosotros. De por qué después de estos días de intimidad compartida, después de momentos que parecían tan reales, ahora está actuando como si fuera una cita de negocios más.

Pero entonces se inclina ligeramente sobre la mesa, y su perfume me envuelve como una caricia.

—¿Emma? —repite, hay un filo peligroso en su voz ahora—. ¿Quieres que volvamos a casa?

Casa. Como si realmente compartiéramos un hogar. Como si esto no fuera temporal.

—Sí —susurro, y la sonrisa que me da hace que mi corazón se detenga.

Es una sonrisa diferente a todas las que le he visto. No es la sonrisa controlada del CEO, ni la sonrisa suave que reserva para Sophie. Es algo más primitivo, más hambriento.

Y mientras lo veo señalar al camarero para pedir la cuenta, mientras observo la tensión en sus hombros y la forma en que sus ojos no dejan de volver a mí, empiezo a darme cuenta de que quizás he malinterpretado todo.

Quizás no estamos avanzando hacia algo real.

Quizás estamos a punto de cometer un error terrible.

Pero cuando su mano encuentra la mía al ayudarme a levantarme de la mesa, cuando sus dedos se entrelazan con los míos como si pertenecieran ahí...

Ya no me importa.

MARCUS

El ascensor sube en silencio, pero el aire entre nosotros prácticamente chispea con electricidad contenida. Emma está a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume a vainilla mezclado con el vino que hemos compartido. La observo por el reflejo del espejo: sus mejillas sonrojadas, sus labios ligeramente entreabiertos, la forma en que su pecho sube y baja con respiraciones cada vez más superficiales.

Dios, es hermosa.

Cuando las puertas se abren, me obligo a mantener la distancia mientras caminamos hacia el ático. Un paso. Dos. Tres. Cada uno es una tortura.

La puerta apenas se cierra tras nosotros cuando Emma se gira para mirarme. Hay algo en sus ojos que hace que todo mi control amenace con romperse.

—Marcus... —mi nombre en sus labios suena como una súplica.

Cruzo la distancia entre nosotros en dos zancadas. Mis manos encuentran su cintura mientras la empujo suavemente contra la pared. Necesito darle una última oportunidad de escapar, de evitar esto, de...

Pero entonces ella levanta una mano hacia mi rostro, sus dedos trazando el borde de mis cicatrices con una delicadeza que me desarma por completo, y todo pensamiento racional desaparece.

La beso como un hombre sediento en el desierto. Sus labios se abren bajo los míos con un pequeño gemido que hace que mi sangre hierva. Deslizo una mano por su espalda, presionándola más contra mí, necesitando que sienta exactamente lo que me está haciendo.

—Emma —gruño contra su boca cuando ella se arquea contra mi erección—. Si no quieres que esto vaya más lejos...

Su respuesta es enredar sus dedos en mi pelo y tirar suavemente, guiándome de nuevo hacia sus labios. El beso es diferente ahora, más profundo, más desesperado. Mi lengua explora su boca mientras mis manos recorren sus costados, memorizando cada curva.

Cuando finalmente nos separamos para respirar, la vista de Emma contra la pared casi me hace perder el control: sus labios hinchados por mis besos, sus pupilas dilatadas, el rubor que se extiende por su cuello y desaparece bajo el escote de su vestido...

—Dormitorio —murmuro, mi voz irreconocible incluso para mí—. Ahora.

La guío hacia su habitación, mis manos nunca dejando su cuerpo. Cada paso es una tortura dulce, interrumpido por besos y caricias que amenazan con hacernos perder el control antes de llegar.

La luz de Manhattan se filtra por los ventanales, dibujando sombras sobre su piel cuando finalmente alcanzamos su cama. El vestido cae al suelo con un susurro de seda, y la vista me roba el aliento: encaje negro contra piel pálida, curvas suaves que mis manos han ansiado explorar desde...

—Eres preciosa —murmuro contra su cuello, mis dientes rozando ese punto sensible bajo su oreja que la hace temblar.

Sus manos luchan con los botones de mi camisa, sus movimientos casi tímidos. La ayudo, notando el temblor en sus dedos, la inexperiencia en sus gestos. Algo primitivo se despierta en mi interior ante la realización.

No ha estado con muchos hombres.

—¿Cuántos? —pregunto contra su piel, mis manos deslizándose por su espalda para desabrochar su sujetador.

—¿Qué? —su voz suena perdida, distraída por mis labios en su cuello.

—¿Cuántos amantes has tenido? —necesito saberlo. Necesito...

—Dos —susurra, y el sonido envía una oleada de posesividad por mi cuerpo—. Solo... solo dos.

Cristo.

La tumbo en la cama con más delicadeza de la que creía poseer. Su piel brilla como marfil contra las sábanas oscuras, y la forma en que me mira, con esa mezcla de deseo y nerviosismo...

—Tranquila —murmuro, besando su clavícula mientras mis manos trazan patrones en su piel —. Voy a cuidar de ti.

Mis labios descienden por su cuerpo, adorando cada centímetro de piel expuesta. Quiero memorizar cada suspiro, cada temblor, cada pequeño sonido que hace cuando encuentro un punto especialmente sensible.

Jamás hubiera imaginado que podría tenerla así.

El encaje de sus bragas está húmedo cuando finalmente lo alcanzo. El gemido que escapa de sus labios cuando beso su centro a través de la tela hace que mi control se tambalee.

—Marcus... —su voz es una súplica.

—Shh —deslizo el encaje por sus piernas—. Déjame saborearte primero.

El primer roce de mi lengua contra su centro la hace arquearse con un gemido que reverbera en mi sangre. La sujeto por las caderas, manteniéndola en su lugar mientras la devoro lentamente, saboreando cada respuesta, cada temblor.

—Por favor... —su voz es apenas un susurro entrecortado.

—¿Por favor qué? —murmuro contra su piel sensible, mis dedos trazando círculos en sus muslos—. Dime qué necesitas.

—Yo... no sé... —el rubor en sus mejillas se extiende por su cuello, y la vulnerabilidad en su confesión hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Entonces déjame mostrarte.

Deslizo un dedo en su interior mientras mi lengua traza patrones en su clítoris. Está tan apretada, tan perfectamente húmeda... El sonido que hace cuando añado un segundo dedo casi acaba con mi control.

—Eso es —susurro contra su piel—. Déjate llevar.

Sus manos se enredan en mi pelo, sus caderas moviéndose contra mi boca mientras mis dedos encuentran ese punto dentro de ella que la hace temblar. La forma en que responde a mi toque, tan honesta, tan instintiva...

—Marcus... —mi nombre en sus labios suena como una plegaria —. Creo que voy a...

—Mírame —ordeno, y cuando sus ojos encuentran los míos, el deseo crudo en ellos casi me hace perder el control—. Mírame a los ojos cuando te corras.

Sus paredes se tensan alrededor de mis dedos mientras el orgasmo la atraviesa. Es la cosa más hermosa que he visto: su cabeza echada hacia atrás, su cuerpo arqueado, mi nombre en sus labios como una letanía.

Pero no es suficiente.

Necesito más.

La necesito completamente.

Me deshago de los pantalones mientras ella todavía tiembla por las réplicas del orgasmo. Cuando me coloco sobre ella, cuando siente mi erección presionando contra su entrada, sus ojos se abren con una mezcla de deseo y nerviosismo.

—Respira —murmuro contra sus labios—. Voy a ir despacio.

Y lo hago. Entro en ella centímetro a centímetro, observando cada expresión en su rostro, cada pequeño jadeo. Está tan apretada que tengo que detenerme varias veces, dejando que su cuerpo se ajuste a mi tamaño.

—¿Bien? —pregunto cuando finalmente estoy completamente dentro, y el pequeño asentimiento que me da hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Más —susurra, sus uñas clavándose en mis hombros—. Por favor...

Su súplica hace que algo salvaje se despierte en mi interior. Empiezo a moverme, encontrando un ritmo que la hace gemir con cada embestida. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, permitiéndome llegar más profundo.

—Así —gruño contra su cuello cuando ella se arquea—. Déjame sentirte.

Mis dedos encuentran su clítoris, trazando círculos que la hacen temblar. Quiero que se corra otra vez. Necesito sentirla apretándose a mi alrededor, escuchar mi nombre en sus labios cuando el placer la atraviese.

—Marcus... —jadea, sus manos aferrándose a mis hombros—. No puedo...

—Sí puedes —mis embestidas se vuelven más profundas, más precisas—. Una vez más. Para

mí.

La forma en que me mira, con esos ojos nublados de placer, hace que mi control amenace con romperse. Pero no. Esto es para ella. Todo es para ella.

—Eres perfecta —murmuro, y por un momento olvido que no debería decir estas cosas—. Tan perfecta...

Sus paredes empiezan a tensarse alrededor de mi miembro, y sé que está cerca. Ajusto el ángulo, haciendo que cada embestida roce ese punto que la hace ver estrellas.

—Eso es —mi voz es apenas reconocible—. Córrete para mí.

El orgasmo la golpea con tanta fuerza que sus uñas dejan marcas en mis hombros. La vista de Emma completamente perdida en el placer, mi nombre como una plegaria en sus labios, es suficiente para empujarme al borde.

Mi propio orgasmo me atraviesa como un rayo, y por un momento, solo un momento, todas mis barreras caen. Todas las mentiras que me digo sobre lo que esto significa, sobre lo que ella significa...

Nos quedamos así, respirando el mismo aire, nuestros cuerpos todavía unidos. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi espalda, y el gesto es tan íntimo, tan peligrosamente cercano a lo que realmente deseo...

No.

Me obligo a separarme, ignorando cómo mi cuerpo protesta al perder su calor. Tengo que irme. Ahora. Antes de que haga algo estúpido como besarla suavemente, como susurrarle lo hermosa que es, como pedirle que me deje quedarme. Como atreverme a decirle cuánto la amo.

—Deberías descansar —mi voz suena fría incluso para mí mientras me levanto—. Mañana tienes que abrir la librería temprano.

No miro atrás mientras recojo mi ropa. No puedo. Si lo hago corro el peligro de quedarme. De demostrarle que ella lo es todo para mí y no quiero asustarla.

Esto era sexo. Solo sexo. Nada más.

Tiene que ser así.

Por su bien.

Por el mío.

EMMA

El sonido de la puerta al cerrarse resuena en la habitación vacía.

Me quedo inmóvil en la cama, las sábanas revueltas todavía calientes por nuestros cuerpos, el fantasma de sus caricias ardiendo en mi piel. El aire huele a sexo y a su perfume, a promesas rotas y a deseos no confesados.

Minutos. Solo han pasado minutos desde que gemía mi nombre como una plegaria, desde que sus manos me adoraban como si fuera algo precioso, desde que por un momento... por un momento creí ver algo más en sus ojos.

Pero ahora...

Ahora solo queda el frío de su ausencia, la forma clínica en que se vistió, cómo evitó mirarme mientras se iba. Como si lo que acabábamos de compartir no significara nada. Como si no acabara de entregarle algo que nunca había dado a nadie más: mi confianza completa.

Una lágrima traicionera rueda por mi mejilla.

Qué estúpida he sido, pensando que estos días cuidando a Sophie significaban algo. Que los desayunos compartidos, las miradas cómplices, los pequeños roces... que todo eso era real.

Para Marcus Walker, esto ha sido solo otro contrato cerrado con éxito.

Y yo... yo acabo de firmar mi sentencia.

Porque ahora sé exactamente cómo se siente tenerlo.

Y también sé que nunca será realmente mío.

CAPÍTULO 24

EMMA

El tintineo de la campanilla anuncia la entrada de Claire justo cuando Sarah está subiendo a organizar la sección infantil del piso superior. El timing es perfecto; llevo toda la mañana necesitando hablar con ella. Gracias a Dios que ha venido por mi mensaje.

—Traigo café y... —Claire se detiene al ver mi expresión—. Oh. ¿Tan mal?

Me limito a asentir, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describir el vacío que Marcus dejó anoche al marcharse de mi habitación. El frío en la cama. La forma en que ni siquiera me miró mientras se vestía.

—Aquí no —susurro, guiándola hacia el pequeño despacho trasero. Es apenas un cubículo, pero al menos nos dará privacidad.

Claire cierra la puerta suavemente y me tiende uno de los cafés. El aroma a vainilla me golpea, y por un momento todo lo que puedo pensar es en cómo olía la piel de Marcus, en cómo sus labios...

—Emma —la voz de Claire me devuelve al presente—. ¿Qué pasó exactamente?

Me hundo en la silla de mi escritorio, jugando nerviosamente con el borde del vaso de café.

—Fue... —me detengo, buscando las palabras—. Fue perfecto. Demasiado perfecto.

—¿Demasiado perfecto? —Claire arquea una ceja.

—Como todo lo que hace —intento que mi voz no tiemble—. Calculado. Controlado. Como si incluso en la cama necesitara mantener el dominio sobre todo.

—Bueno, siendo Marcus Walker... —empieza Claire, pero la interrumpo.

—No lo entiendes —el nudo en mi garganta se aprieta—. Durante el sexo fue... Dios, fue increíble. Apasionado, intenso, casi... casi tierno. Como si por un momento fuera realmente mío.

Claire se inclina hacia adelante en su silla, sus ojos verdes estudiándome con atención.

—¿Pero?

—Pero después... —trago saliva—. Es como si hubiera activado un interruptor. Se vistió, me dijo que descansara porque tenía que abrir la librería temprano, y se fue. Así, sin más.

El silencio que sigue solo es interrumpido por el sonido amortiguado de Sarah moviendo libros en el piso de arriba.

Claire suspira, dejando su café sobre el escritorio con ese cuidado meticuloso que pone en

todo.

—Emma —hay una suavidad en su voz que me hace querer llorar —. ¿Qué esperabas exactamente?

La pregunta me golpea con más fuerza de la que debería.

—No lo sé —susurro, y es la primera vez que soy completamente honesta, incluso conmigo misma—. Algo. Cualquier cosa. Un momento de... conexión real.

—¿Y no lo hubo? —Claire se inclina más cerca—. Durante el sexo, dijiste que fue...

—Ese es el problema —la interrumpo, la frustración tiñendo mi voz—. Durante... durante el sexo todo fue como si realmente me viera. Como si por fin dejara caer esas malditas barreras que siempre mantiene arriba. La forma en que me tocaba, cómo susurraba mi nombre...

Me detengo, el recuerdo demasiado fresco, demasiado doloroso. Claire espera, dándome espacio para encontrar las palabras.

—Hubo un momento —continúo finalmente—, justo antes de que... ya sabes. Me miró como si fuera lo más precioso que había visto nunca. Como si quisiera...

—¿Qué?

—Como si quisiera quedarse —mi voz se quiebra en la última palabra—. Como si realmente me quisiera. No solo mi cuerpo, sino... todo. A mí.

El silencio que sigue es denso. Arriba, escuchamos a Sarah tarareando mientras organiza los libros, ajena al drama que se desarrolla bajo sus pies.

—Y entonces se fue —Claire no lo pregunta. Lo afirma.

Asiento, parpadeando para contener las lágrimas traicioneras que amenazan con caer.

—Como si hubiera completado otra tarea en su agenda —intento que suene a broma, pero sale más amargo de lo que pretendo—. «Follar a Emma: hecho. Siguiente punto del día...»

—Emma...

—Lo peor es que ahora sé —me interrumpo, tomando aire—. Sé exactamente cómo se siente tenerlo. Cómo es cuando baja la guardia, cuando por un momento es... real. Y eso... eso lo hace todo mil veces peor. Y ... —mi voz es apenas un susurro—, lo peor es que me he vuelto a enamorar de él.

La confesión flota en el aire del pequeño despacho, tan pesada que casi puedo tocarla. Claire se queda muy quieta, esperando.

—Después de todo —continúo, y las palabras salen ahora como un torrente que no puedo contener—. Después de que me dejara plantada en el baile, después de diez años sin una

explicación, después de construir una vida sin él... Ha bastado tenerlo cerca unas semanas para...

Mi voz se quiebra. Claire estira su mano sobre el escritorio, entrelazando sus dedos con los míos.

—Está haciendo exactamente lo mismo —las lágrimas que he estado conteniendo finalmente caen—. Manteniéndome fuera. Como si hubiera construido este muro perfecto e impenetrable, y yo... yo sigo aquí, intentando encontrar una grieta, la más mínima fisura por donde colarme.

—Emma...

—¿Sabes qué es lo peor? —suelto una risa amarga—. Que a veces lo veo. Cuando está con Sophie, cuando se le escapa una sonrisa real, cuando por un momento olvida mantener esa fachada perfecta... Veo al Marcus del que me enamoré en el instituto. Y luego...

—Luego vuelve a esconderse —termina Claire por mí.

—Como si tuviera miedo —paso una mano por mi cara, limpiando las lágrimas—. Como si... como si quisiera mantenerme a distancia a toda costa. Y no lo entiendo, Claire. Si no siente nada por mí, ¿por qué...?

—¿Por qué el sexo? —sugiere suavemente.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras.

—Porque cuando me toca... —me detengo, buscando cómo explicarlo—. Es como si fuera dos personas diferentes. El Marcus que me hace el amor como si fuera lo más precioso del mundo, y el que se va después sin mirar atrás. Y yo ya no sé cuál es real.

Claire da un sorbo a su café, y reconozco esa mirada en sus ojos. Es la misma que tiene cuando está resolviendo un problema particularmente complejo con una boda.

—Quizás... —empieza, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Quizás el Marcus real es el que ves durante el sexo.

Levanto la vista bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo —se inclina hacia adelante, bajando la voz, aunque estamos solas—. Es cuando está más vulnerable, ¿no? Cuando no puede mantener todas esas barreras en su lugar. Cuando tiene que... dejarse ir.

El calor sube por mi cuello al recordar exactamente cómo se «deja ir» Marcus.

—Claire...

—No, escúchame —hay una intensidad en su voz que me hace callar—. Los hombres, especialmente los que están tan... controlados como Marcus, son más honestos en esos

momentos. Es cuando no pueden fingir, cuando todas esas defensas que construyen se derrumban.

—¿Estás sugiriendo que intente... qué exactamente? —pero incluso mientras lo pregunto, una parte de mí ya está considerando la posibilidad.

—Estoy sugiriendo que quizás ese es tu momento —sus ojos brillan con determinación—. Cuando está dentro de ti, cuando no puede esconderse detrás de contratos y reuniones. Cuando es solo Marcus, sin el CEO, sin las barreras.

—Eso es... —me detengo, buscando la palabra adecuada—. Manipulador.

—¿Lo es? —arquea una ceja—. ¿Más manipulador que él manteniendo todas esas murallas? ¿Más que follarte como si fueras el centro de su universo y luego tratarte como una empleada más?

Sus palabras me golpean con fuerza. Arriba, el sonido de Sarah moviendo libros se ha detenido, y el silencio hace que la sugerencia de Claire parezca aún más atrevida.

—Y si... —trago saliva—. ¿Y si no funciona? ¿Y si solo consigo que se aleje más?

La sonrisa de Claire es suave pero determinada.

—¿Y si funciona? Emma, ese hombre está tan cerrado emocionalmente que necesitarías un soplete para atravesar sus defensas. Pero cuando está contigo, cuando te toca, cuando está dentro de ti... —hace una pausa significativa—. Es el único momento en que las grietas aparecen.

Me hundo en la silla, el peso de lo que está sugiriendo asentándose en mi estómago. Es una locura. Es arriesgado. Es...

Es mi última oportunidad de llegar realmente a él.

—Solo una oportunidad más —susurro, más para mí misma que para Claire—. Si no funciona...

—Si no funciona, al menos sabrás que lo intentaste todo —Claire aprieta mi mano—. Y podrás seguir adelante.

Asiento, la determinación mezclándose con el miedo en mi estómago. Esta noche. Tiene que ser esta noche, antes de que pierda el valor.

O consigo que Marcus me deje entrar en su corazón, o será la última vez que le permita entrar en mi cama.

MARCUS

El sabor del whisky no logra borrar el recuerdo de sus labios.

Llevo una hora en mi despacho, intentando concentrarme en contratos que deberían tener toda

mi atención. Los números bailan frente a mis ojos, cifras millonarias que normalmente me mantendrían absorto. Pero esta noche... esta noche todo lo que puedo ver es cómo su piel brillaba bajo la luz de la luna, cómo sus dedos se clavaban en mis hombros, cómo arqueaba su espalda cuando...

Cierro los ojos, intentando recuperar el control. No puedo permitirme estos pensamientos. No cuando cada recuerdo amenaza con destruir las barreras que tan cuidadosamente he construido.

El hielo tintinea contra el cristal cuando doy otro sorbo al whisky. Manhattan brilla al otro lado de los ventanales de mi despacho, un mar de luces que normalmente me recuerda todo lo que he conseguido, todo lo que he construido desde que...

Pero esta noche las luces solo me hacen pensar en cómo brillaban sus ojos justo antes de correrse. En cómo susurraba mi nombre como una plegaria. En cómo, por un momento, casi me permití creer que podría ser mía.

El intercomunicador interrumpe mi espiral de pensamientos peligrosos.

«Señor Walker, la señorita Mitchell pregunta si puede subir.»

Mi pulso se acelera traicioneramente. Es tarde, Sophie ya debe estar dormida. Lo que significa que la ha dejado con la niñera para venir aquí. Lo que significa que viene por algún motivo.

El corazón se me desboca al pensar que podría ser para estar conmigo.

—Dile que pase.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Debería decir que no. Debería mantener la distancia profesional que me he jurado mantener. Debería...

Pero el recuerdo de su piel bajo mis dedos es demasiado reciente. El eco de sus gemidos todavía reverbera en mis oídos. Y soy débil. Tan débil cuando se trata de ella.

Me levanto, necesitando moverme, hacer algo con esta energía que amenaza con consumirme. El whisky arde en mi garganta mientras me sirvo otra copa que no necesito. Los segundos que tarda el ascensor en subir son una eternidad.

Y entonces...

El sonido de sus tacones sobre el mármol hace que todo mi cuerpo se tense. Y entonces ella está ahí, en el marco de la puerta de mi despacho, y el aire abandona mis pulmones de golpe.

Lleva un vestido negro increíble. Se ajusta a sus curvas como una segunda piel, el dobladillo rozando sus muslos justo lo suficiente para ser elegante pero provocativo. Su pelo cae en ondas suaves sobre sus hombros, y hay algo diferente en su mirada esta noche. Algo que hace que mi mente se ponga alerta.

—Marcus —su voz es suave, casi vulnerable, y hace que algo se retuerza en mi interior—.

¿Podemos hablar?

Hablar. Por supuesto que quiere hablar. Es lo que debería hacer: sentarme, mantener mi escritorio entre nosotros como una barrera física, mantener el control.

En lugar de eso, me encuentro acercándome a ella como si una fuerza invisible tirara de mí.

—¿Sobre qué? —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

Emma cierra la puerta tras ella, y el suave clic resuena en el silencio del despacho. Da un paso hacia mí, y su perfume... Dios, su perfume me envuelve como una caricia.

—Sobre anoche —sus ojos encuentran los míos, y hay una determinación en ellos que no había visto antes—. Sobre nosotros.

Nosotros. La palabra hace que mi mandíbula se tense. No hay un «nosotros». No puede haberlo. Por su bien. Por el mío.

—Emma... —empiezo, pero ella da otro paso hacia mí, entrando completamente en mi espacio personal.

—No —me interrumpe—. No hagas eso. No te escondas detrás de tu fachada de CEO ahora.

Sus palabras me golpean con más fuerza de lo que deberían. ¿Esconderme? Si supiera que todo lo que hago es precisamente para protegerla de mí.

Pero entonces su mano encuentra mi pecho, justo sobre mi corazón, y todo pensamiento coherente desaparece.

Su tacto quema a través de la tela de mi camisa. Debería apartarme. Debería mantener la distancia. Debería...

—¿Por qué te alejas siempre? —susurra, sus dedos trazando un patrón sobre mi corazón que hace que mi pulso se acelere—. ¿Por qué cada vez que siento que estoy cerca de alcanzarte, construyes otro muro?

—Emma... —mi voz suena extraña, tensa—. No es tan simple.

—¿No? —da otro paso hacia mí, y el espacio entre nosotros prácticamente chispea con electricidad—. Anoche, cuando estabas dentro de mí, cuando susurrabas mi nombre... ¿eso tampoco era simple?

Cristo.

Sus palabras encienden un fuego en mi sangre. Las imágenes de anoche me asaltan: su piel contra la mía, sus gemidos, la forma en que se arqueaba...

—No deberías... —intento mantener el control, pero sus dedos suben por mi pecho hasta mi cuello, y todo pensamiento coherente se desvanece.

—¿No debería qué? —su voz es apenas un susurro mientras se pone de puntillas, sus labios a centímetros de los míos—. ¿No debería recordarte cómo se siente cuando dejas caer tus barreras? ¿Cuando eres realmente tú?

Sus palabras son como puñales directos a mi corazón. No sabe lo que está pidiendo. No sabe que el verdadero yo es un monstruo marcado por cicatrices que van mucho más allá de la piel.

Pero entonces sus dedos encuentran las cicatrices en mi cuello, trazándolas con una delicadeza que me desarma por completo, y mi resolución empieza a tambalearse.

—Por favor —susurra contra mis labios—. Déjame entrar.

Su súplica es mi perdición. Emma nunca debería suplicar nada. Mis manos encuentran su cintura casi sin permiso, atrayéndola hacia mí hasta que cada curva de su cuerpo se presiona contra el mío.

—Emma... —su nombre es una advertencia, una súplica—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé —murmura, sus dedos aun trazando mis cicatrices como si fueran algo precioso en lugar de las marcas de un monstruo—. Sé exactamente lo que estoy pidiendo.

No puede ser. No puede querer esto. No realmente.

La agarro por la cintura, empujándola contra la pared más cercana. Necesito que entienda. Necesito que vea que esto... esto es todo lo que puedo darle.

—¿Esto es lo que quieres? —mi voz suena áspera, casi cruel—. ¿Sexo contra una pared? ¿Es suficiente para ti?

Sus ojos encuentran los míos en la penumbra del despacho, y hay algo en ellos... algo que hace que mi corazón se encoja.

—Sabes que no —susurra—. Sabes que quiero más.

Más.

La palabra hace que algo oscuro y peligroso se retuerza en mi interior. Porque no puedo darle más. No puedo ofrecerle lo que merece: un hombre completo, sin cicatrices, sin pesadillas que lo despierten en medio de la noche.

Así que hago lo único que sé hacer: la beso. La beso con toda la pasión y la furia y el deseo que no me permito mostrar de otra manera. La beso hasta que gime en mi boca, hasta que sus manos se aferran a mi camisa como si fuera su único ancla a la realidad.

Es más fácil así. Es más fácil dejar que nuestros cuerpos hablen el único lenguaje que me permito compartir con ella. Es más seguro que las palabras que ella busca, que las confesiones que nunca podrán salir de mis labios.

—Marcus... —hay un ruego en su voz que hace que mi control se tambalee—. Por favor,

solo...

—Shh —la silencio con otro beso, mis manos recorriendo su cuerpo con una urgencia que raya en la desesperación—. No hables.

No puedo escucharlo. No puedo oír lo que realmente quiere de mí. Porque si lo hago, si le permito pedir más...

Mi boca encuentra su cuello, mordiendo suavemente, marcándola. Es primitivo y posesivo y probablemente equivocado, pero necesito esto. Necesito recordarle que esto es todo lo que puedo ser para ella.

Sexo. Pasión. Nada más.

Nunca más.

Sus manos desabrochan mi camisa con una delicadeza que me destroza. La forma en que sus dedos trazan cada cicatriz, como si fueran algo hermoso en lugar de marcas de vergüenza, hace que algo se retuerza en mi interior.

Ya ha visto mi cuerpo marcado antes, pero esta noche... esta noche hay algo diferente en su toque. Algo más íntimo. Como si intentara leer la historia detrás de cada cicatriz.

Y eso... eso me aterra.

Porque si empieza a preguntar, si quiere saber la verdad detrás de estas marcas... Si supiera de dónde vengo realmente, la violencia, la miseria...

—Marcus —susurra mi nombre como una plegaria, sus labios rozando una de las cicatrices en mi pecho—. Háblame. Déjame...

La silencio con un beso profundo, desesperado. Es más fácil así. Es más seguro dejar que nuestros cuerpos hablen, que el deseo ahogue las preguntas que veo en sus ojos.

Mis manos encuentran el cierre de su vestido, necesitando sentir su piel contra la mía. Ella se arquea contra mí cuando el vestido cae al suelo, y el gemido que escapa de sus labios hace que mi control se tambalee.

—Emma... —su nombre es una advertencia, una súplica.

Sus manos recorren mi pecho, y cada caricia amenaza con desarmarme. Hay demasiada ternura en su toque, demasiada... adoración. Como si yo fuera algo precioso. Como si mereciera su delicadeza.

No puedo soportarlo.

La levanto, sus piernas envolviendo mi cintura instintivamente mientras la llevo hacia el escritorio. Necesito esto rápido, intenso. Necesito ahogar esta intimidad peligrosa en pasión pura.

—Eres una Diosa —murmuro contra su cuello, mis dientes rozando su pulso—. Tan perfecta...

Y lo es. Dios, lo es. Tumbada sobre mi escritorio, el pelo esparcido como un halo oscuro, sus ojos brillando con deseo y algo más... algo que me niego a nombrar.

Sus bragas desaparecen en algún momento entre besos desesperados. Mis dedos la encuentran húmeda, lista, y el gemido que escapa de sus labios cuando la toco hace que mi control se tambalee.

—Marcus —su voz tiembla—. Mírame.

No. No puedo. Si la miro ahora, si veo lo que hay en sus ojos...

En lugar de eso, hundo mi rostro en su cuello mientras mis dedos la preparan. La conozco lo suficiente para saber exactamente cómo tocarla, dónde presionar para hacerla olvidar que quiere más que esto.

—Por favor —suplica, sus caderas moviéndose contra mi mano—. Necesito...

—Lo sé —miento, porque lo que ella necesita es mucho más de lo que puedo darle—. Lo sé, nena.

Cuando finalmente me hundo en ella, el placer es casi doloroso. Es demasiado. Siempre es demasiado con ella. La forma en que su cuerpo me recibe, cómo sus manos se aferran a mis hombros, los pequeños sonidos que hace con cada embestida...

—Mírame —vuelve a pedir, sus dedos en mi barbilla intentando guiar mi rostro hacia el suyo —. Marcus, por favor, solo...

Capturo sus labios en otro beso, ahogando sus palabras. No puedo darle lo que quiere. No puedo ser el hombre que merece. Pero esto... esto puedo dárselo.

—Mírame —vuelve a pedir, y esta vez hay algo en su voz que me paraliza—. Por favor, Marcus. Déjame verte.

Sus palabras me golpean con más fuerza que cualquier golpe físico. Sus ojos... hay tanta vulnerabilidad en ellos, tanta esperanza...

—Emma... —mi voz suena rota incluso para mí.

—Estoy aquí —susurra, sus manos enmarcando mi rostro con una delicadeza que me destroza —. Estoy aquí y no me voy a ir.

No puedo. No puedo darle lo que pide. No puedo dejarla ver...

Pero entonces una lágrima rueda por su mejilla, y algo dentro de mí se rompe.

—No llores —murmuro, mi pulgar atrapando la lágrima—. Por favor, no...

—Entonces déjame entrar —su voz tiembla—. Déjame conocerte. Al verdadero tú.

El verdadero yo. Si supiera... si realmente supiera...

—No puedo —las palabras saben amargas—. No puedo ser lo que necesitas.

—Ya lo eres —sus dedos trazan mis cicatrices con infinita ternura —. Solo necesito que confíes en mí.

Y me corro. Sus palabras me hacen explotar.

Es demasiado. Todo es demasiado. La forma en que me mira, cómo sus manos intentan sanar heridas que van mucho más allá de la piel...

Me separo bruscamente, el frío invadiendo mi cuerpo en el instante en que pierdo su calor.

—Esto fue un error.

La veo temblar, y el dolor en sus ojos... Cristo, el dolor en sus ojos casi me hace caer de rodillas.

Emma se desliza del escritorio, sus movimientos lentos, como si cada uno le costara un esfuerzo físico. La observo mientras se arregla el vestido, mientras intenta recuperar algo de dignidad, y cada segundo es una tortura.

—Emma... —empiezo, sin saber realmente qué decir. ¿Cómo explicar algo que ni yo mismo entiendo?

—No —su voz es suave, pero hay algo en ella que me hace estremecer—. No digas nada.

Se gira hacia mí, y la calma en su rostro es más aterradora que cualquier lágrima.

—Esto se acabó, Marcus.

Las palabras flotan en el aire entre nosotros, y por un momento no las entiendo. No pueden ser ciertas. No después de lo de anoche, no después de cómo respondió a mi toque hace unos minutos...

—¿De qué hablas? —mi voz suena extraña, tensa—. Si es por lo de ahora, yo...

—No es por el sexo —me interrumpe, y hay una tristeza en sus ojos que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Es porque no importa cuánto intente llegar a ti, siempre construyes otro muro. Más alto. Más grueso.

—Emma, no es tan simple...

—Lo es —da un paso hacia la puerta—. Es exactamente así de simple. No puedes follarme como si fuera tu mundo entero y luego tratarme como si fuera una extraña. No puedes darme todo físicamente y nada emocionalmente.

—Yo no... —pero las palabras mueren en mi garganta porque, ¿qué puedo decir? ¿Que tiene razón? ¿Que es exactamente lo que hago?

—Creí que si te mostraba... —se detiene, toma aire—. Creí que si te demostraba que podías confiar en mí, que no iba a huir... Pero es inútil, ¿verdad?

No entiendo. No entiendo por qué está diciendo esto ahora, por qué parece que está terminando algo que ni siquiera hemos empezado realmente.

—El sexo es bueno —continúa, y hay una amargura en su voz que nunca le había oído—. Es increíble, de hecho. Pero no es suficiente. No cuando cada vez que intento acercarme al verdadero Marcus, tú...

Se interrumpe, negando con la cabeza.

—Emma, por favor... —¿por favor qué? ¿Qué estoy pidiendo exactamente?

—No, Marcus —su voz es firme ahora—. No puedes pedirme que me quede cuando ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos mientras hacemos el amor.

Amor. La palabra me golpea como un puñetazo. Esto no era... no debería ser...

—Somos los tutores de Sophie —continúo, aferrándome a lo único seguro que tenemos—. Tenemos que...

—Y seguiremos siéndolo —me interrumpe—. Pero esto... —hace un gesto entre nosotros—, esto se acabó.

Se dirige hacia la puerta, y cada paso que da resuena en mi pecho. Debería detenerla. Debería explicarle. Debería...

Pero ¿qué puedo decirle? ¿Que tiene razón? ¿Que la quiero tanto que me aterra? ¿Que cada vez que intenta acercarse al verdadero yo, al chico roto que se esconde detrás del CEO, el pánico me paraliza?

—Emma... —su nombre es apenas un susurro.

Se detiene en la puerta, su mano en el pomo. Por un momento, solo un momento, creo que va a girarse. Que va a darme otra oportunidad que no merezco.

Pero entonces habla, tan bajo que casi no la oigo:

—Cuando estés listo para dejarme ver quién eres realmente, cuando confíes en mí lo suficiente para dejarme entrar... sabes dónde encontrarme.

Y se va.

El silencio que deja tras ella es ensordecedor. Me quedo inmóvil, mirando la puerta cerrada, el fantasma de su perfume aun flotando en el aire.

No entiendo qué ha pasado. No entiendo cómo hemos llegado a esto. Se suponía que el sexo era suficiente. Se suponía que podía mantenerla satisfecha sin tener que...

El whisky en mi vaso refleja las luces de Manhattan. Lo observo, recordando cómo sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Cómo sus manos intentaban alcanzarme a través de las murallas que he construido.

Y por primera vez en diez años, me pregunto si quizás... quizás he cometido el mismo error dos veces.

Dejarla ir para protegerla.

Solo que esta vez, ha sido ella quien ha elegido marcharse.

CAPÍTULO 25

MARCUS

El desayuno solía ser mi momento favorito del día.

Ahora es una tortura.

Emma está sentada al otro lado de la isla de la cocina, revisando algo en su tablet mientras toma su café. Su pelo está recogido en ese moño descuidado que siempre se hace por las mañanas, y lleva puesta esa camiseta vieja que usa para dormir. Todo igual que hace una semana, y sin embargo...

—Sophie ha dormido mejor —dice sin levantar la vista—. Los dientes han dejado de darle guerra.

Su voz es perfectamente profesional. Como si estuviera dando un informe en una reunión de trabajo, no compartiendo el desayuno con el hombre que hace unos días...

—Bien —respondo, y odio lo tensa que suena mi voz—. ¿A qué hora vendrás hoy?

—A las cuatro, como siempre —ahora sí me mira, pero sus ojos pasan a través de mí como si fuera invisible—. Sarah puede mantener la librería funcionando sin mí por las tardes.

Sarah. La ayudante que contraté para que Emma tuviera tiempo de escribir. Otro intento fallido de darle lo que necesitaba sin tener que...

Sophie suelta una risita desde su trona, lanzando un trozo de galleta que aterriza en la mesa. Antes, Emma se habría reído. Antes, habríamos compartido una de esas miradas cómplices que hacían que mi corazón se saltara un latido.

Ahora solo hay silencio.

—Necesitaremos más pañales —comenta mientras revisa una lista en su teléfono—. Y la leche en polvo se está acabando.

Antes yo habría enviado a alguien a comprar lo mejor del mercado. Ahora...

—Puedo ir esta mañana —me escucho decir—. Mientras Sophie duerme su siesta.

Emma levanta la vista, sorprendida por un segundo. Es la primera vez en días que veo algo más que cortesía profesional en sus ojos. Pero desaparece tan rápido que casi creo habérmelo imaginado.

—Como quieras —vuelve a su tablet—. He dejado la marca apuntada en la nevera.

Por supuesto que lo ha hecho. Organizada, eficiente. La perfecta co-tutora.

Dios, cómo odio esta versión profesional de nosotros.

Se levanta, llevando su taza al fregadero. El ritual matutino que antes duraba horas, compartiendo café y risas mientras Sophie hacía un desastre con su desayuno, ahora se ha reducido a quince minutos de cortesía forzada.

—Me voy a la librería —anuncia, inclinándose para besar a Sophie en la cabeza—. Sarah tiene una idea para el club de lectura infantil que quiero revisar.

Sarah. Otra cosa que se me ha vuelto en contra. La contraté para darle tiempo de escribir, para que pudiera perseguir sus sueños. Ahora solo sirve como otra forma de mantenerse lejos de mí.

—Emma... —su nombre escapa de mis labios antes de poder detenerlo.

Se detiene en la puerta de la cocina, pero no se gira. Su espalda está tensa, como si estuviera preparada para defenderse de cualquier cosa que pueda decir.

¿Y qué podría decir? ¿Que la echo de menos? ¿Que el ático se siente vacío sin su risa? ¿Que cada mañana me prometo ser mejor, ser más, ser lo que ella necesita, y cada mañana el miedo me paraliza?

—¿Sí? —su voz es suave, casi vulnerable, y por un momento...

—Nada —cobarde. Soy un maldito cobarde—. Ten un buen día.

Sus hombros se hunden ligeramente, como si hubiera esperado algo más. Como si todavía, después de todo, guardara una pequeña esperanza de que yo...

El sonido de sus pasos alejándose resuena en mi pecho como un recordatorio de todo lo que estoy perdiendo por no saber cómo dejarla entrar.

Me quedo solo en la cocina, Sophie balbuceando felizmente en su trona, ajena al vacío que su otra tutora deja tras ella. Intento concentrarme en la rutina: limpiar la cara manchada de galleta de la bebé, organizar sus juguetes para la mañana, revisar correos en el iPad...

Pero es inútil.

Antes, cuando la observaba desde las sombras, cuando construí todo un sistema de seguridad solo para asegurarme de que estuviera bien, creía que era suficiente. Que podía vivir así, manteniéndola a salvo, pero lejos.

Qué idiota fui.

Porque ahora sé cómo se siente tenerla cerca. Sé cómo suena su risa en la cocina, cómo huele su champú de vainilla, cómo sus ojos brillan cuando Sophie hace algo nuevo. Y esta versión profesional y distante de Emma...

No puedo.

No puedo volver a las sombras.

No después de haberla tenido en mis brazos, después de haber visto cómo intentaba alcanzarme a través de todas mis barreras, cómo sus manos trazaban mis cicatrices sin miedo...

—Joder —murmuro, pasándome una mano por el pelo.

Solo hay una persona que realmente conoce a Emma. Una persona que probablemente me odie por hacerle daño a su mejor amiga, pero que quizás... quizás pueda ayudarme a entender cómo arreglar esto.

Claire Price.

La idea de pedirle ayuda hace que mi orgullo se revuelva. Yo, Marcus Walker, el hombre que controla medio Manhattan, suplicando consejos a una wedding planner.

Pero por Emma...

Por Emma estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. A ser vulnerable, a exponerme, a suplicar si es necesario.

Porque la alternativa... la alternativa es vivir así, viéndola cada día, pero sin realmente tenerla. Y eso... eso es un infierno que no puedo soportar.

Cojo el teléfono antes de poder arrepentirme.

«Necesito verte. Por favor.»

El «por favor» me quema en los dedos. No recuerdo la última vez que lo usé sinceramente. Pero si tengo que tragarme mi orgullo, que así sea.

Por ella.

Por nosotros.

CAPÍTULO 26

EMMA

La campanilla de la librería suena por quinta vez esta mañana, pero apenas la registro. Las palabras en la pantalla de mi ordenador bailan frente a mis ojos, negándose a formar frases coherentes. El inventario que debería estar haciendo...

—¿Emma? —la voz de Sarah me sobresalta—. ¿Quieres que me ocupe yo de eso?

Por supuesto que se ofrece. Sarah, siempre perfecta, siempre eficiente. Otro recordatorio de Marcus y sus intentos de darme lo que necesito sin tener que darme su corazón, que es lo que realmente quiero.

—No, tranquila. Yo me ocupo —miento, forzando una sonrisa—. Solo estoy un poco distraída.

Mi teléfono parpadea con una notificación y, como una idiota, lo miro. La foto que aparece en mi pantalla hace que el aire se congele en mis pulmones: los tres en el sofá de Sophie, la noche que la fiebre por fin bajó. Marcus sostiene a la bebé contra su pecho, y yo... yo estoy apoyada contra su hombro, dormida. No recuerdo quién tomó la foto. Quizás la niñera.

Parecemos una familia.

El dolor es tan intenso que tengo que cerrar los ojos.

—¿Seguro que estás bien? —Sarah se acerca, su preocupación tan genuina que solo hace que todo duela más—. Puedo ocuparme de la librería si necesitas...

—De verdad, estoy bien —bloqueo el teléfono, ocultando la imagen que amenaza con destruir la poca compostura que me queda—. Solo necesito...

¿Qué? ¿Olvidar cómo se siente despertar envuelta en sus brazos? ¿Borrar el recuerdo de sus dedos trazando patrones en mi piel? ¿Dejar de extrañar esos momentos en la cocina cuando Sophie nos hacía reír y por un instante, solo un instante, éramos realmente una familia?

Esta mañana fue una tortura, como todas las mañanas desde... desde aquella noche. Mantener la fachada profesional, actuar como si no me doliera cada vez que evita mi mirada. Como si no notara cómo a veces abre la boca para decir algo, pero el miedo lo paraliza y...

—Emma —Sarah vuelve a interrumpir mis pensamientos—. Hay una cliente que busca una recomendación. Algo romántico.

Algo romántico. Por supuesto.

—¿Por qué no te ocupas tú? —mi voz suena extraña incluso para mí—. Conoces perfectamente el inventario y...

Y yo no puedo. No puedo recomendar historias de amor cuando la mía se desmorona. No puedo hablar de segundas oportunidades cuando el hombre que amo prefiere esconderse tras sus muros que dejarme entrar.

El hombre que amo.

La realización me golpea con fuerza. Porque eso es lo peor de todo esto: que lo amo. Lo amo incluso cuando me mantiene fuera, cuando se esconde, cuando pretende que el sexo es suficiente.

Lo amo, y duele tanto que apenas puedo respirar.

MARCUS

El trayecto hasta la oficina de Claire Price es una tortura. Cada semáforo es una oportunidad para dar la vuelta, para mantener mi orgullo intacto, para seguir escondido tras mis muros perfectamente construidos.

Pero entonces recuerdo la mirada de Emma esta mañana, cómo sus ojos pasaban a través de mí como si fuera invisible, y sé que no tengo elección.

La recepcionista de Price Perfect me reconoce. Por supuesto que me reconoce. Pero hay algo diferente en su actitud, una frialdad que me dice que todos aquí saben lo que le he hecho a la mejor amiga de su jefa.

—La señorita Price está en una reunión —dice, su tono profesional pero distante—. Puede esperar en su despacho.

El espacio que tan bien conozco de reuniones anteriores parece diferente ahora. Las fotos de parejas felices que antes apenas registraba ahora son como pequeños puñales: todos esos rostros radiantes, todas esas personas que han conseguido lo que yo no me atrevo ni a intentar.

Me quedo de pie junto al ventanal, incapaz de sentarme. Mi reflejo en el cristal me devuelve la imagen del CEO implacable que todos conocen, pero por primera vez, veo lo que Emma debe ver: un hombre escondido tras un traje perfecto, manteniendo a todos a distancia.

El sonido de tacones sobre mármol me advierte de la llegada de Claire. Me giro, y la expresión en su rostro es puro hielo.

—Señor Walker —su voz cortaría diamantes—. ¿A qué debo esta visita?

—Claire... —empiezo, pero ella levanta una mano.

—No —su voz es fría—. Si has venido a justificar por qué le has roto el corazón a mi mejor amiga, ahórratelo.

La mención de las lágrimas de Emma hace que algo se retuerza en mi pecho. Me paso una mano por el pelo, un gesto que traiciona mi fachada habitual de control absoluto.

—No he venido a justificarme.

—¿No? —Claire se sienta tras su escritorio, su postura tan perfecta como siempre—. ¿Entonces qué hace el gran Marcus Walker en mi oficina? ¿Necesitas consejos para otra propuesta de matrimonio por contrato?

El sarcasmo en su voz me hace encorvarme ligeramente. Bien. Que duela. Necesito que duela.

—La estoy perdiendo —las palabras salen como una confesión—. No... ya la he perdido.

Algo parpadea en los ojos de Claire. ¿Sorpresa? ¿Compasión? Desaparece tan rápido que no estoy seguro.

—¿Y de quién es la culpa? —su voz es más suave ahora, pero no menos incisiva—. Cada vez que Emma intenta acercarse, tú construyes otro muro. Cada vez que intenta alcanzarte, tú...

—Lo sé —la interrumpo, y el peso de la verdad casi me ahoga—. Dios, lo sé.

Claire me estudia en silencio durante lo que parecen horas. Finalmente, suspira.

—¿Por qué estás realmente aquí, Marcus?

Es la primera vez que usa mi nombre de pila, y algo en su tono me hace levantar la vista. La máscara de frialdad ha desaparecido, reemplazada por una intensidad que me recuerda por qué es la mejor amiga de Emma.

—Porque... —trago saliva—. Porque no sé cómo dejarla entrar sin... sin...

—Sin perder el control —termina Claire por mí—. Sin exponerte. Sin arriesgarte a que vea realmente quién eres.

Sus palabras dan en el blanco con una precisión dolorosa. Me giro hacia el ventanal, necesitando un momento para recomponer mi máscara que amenaza con resquebrajarse.

—No sé cómo ser... —me detengo, buscando las palabras correctas—. No sé cómo ser lo que ella necesita.

—No —Claire se levanta, y hay algo diferente en su voz ahora—. Lo que no sabes es cómo ser simplemente tú. Sin muros. Sin control. Sin toda esta... —hace un gesto abarcando mi traje perfecto, mi postura estudiada— ...fachada.

—¿Y si no es suficiente? —la pregunta sale antes de que pueda detenerla. No sé por qué me estoy sincerando con ella.

Claire se acerca, y por primera vez veo por qué es tan buena en su trabajo. Hay una suavidad en su mirada que invita a la confidencia, una comprensión que desarma.

—Marcus —dice suavemente—, ¿no te das cuenta? Es exactamente lo que Emma ha estado intentando alcanzar todo este tiempo. No al CEO. No al hombre que puede comprar medio Manhattan. Solo... a ti.

El silencio que sigue es denso, cargado de verdades que no me atrevo a enfrentar completamente.

—¿Qué necesito hacer? —pregunto finalmente.

Claire sonríe, y hay algo de esperanza en su expresión.

—Primero, necesitas decidir si realmente estás dispuesto a ser vulnerable. A perder el control. A dejar que ella vea no solo las cicatrices que todos pueden ver, sino las que escondes.

Asiento, incapaz de formar palabras.

—Y segundo... —su tono se vuelve serio—. Si vuelves a hacerle daño, Marcus Walker, ni todo tu imperio te protegerá de mí.

La amenaza debería hacerme sonreír. Claire Price amenazando al terror de Wall Street. Pero hay algo en su fiereza, en su lealtad hacia Emma, que solo hace que la respete más.

—Entendido.

Me levanto para irme, pero me detengo junto a la puerta. Las fotos de las parejas felices que antes me molestaban ahora parecen burlarse de mí con más fuerza. Todas esas personas que han tenido el valor de ser vulnerables, de arriesgarse, de...

—¿Marcus? —la voz de Claire me devuelve al presente.

—¿Sabes qué es lo peor? —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Que creía que podía mantener el control de todo. Que era mejor así, más seguro. Para ella. Para mí.

Claire espera, dándome espacio para continuar.

—Pero ahora... —miro mi reflejo en el cristal de la puerta, las cicatrices que tanto me he esforzado en ocultar—. Ahora sé lo que es tenerla cerca. Lo que es despertar y oír su risa en la cocina. Ver cómo mira a Sophie como si fuera lo más precioso del mundo. Y no puedo... —mi voz se quiebra ligeramente—. No puedo seguir así.

—Entonces no lo hagas —dice Claire simplemente—. Pero recuerda: Emma no necesita otro contrato perfecto u otro gesto grandioso. Solo necesita que seas valiente. Que seas real.

Real. La palabra resuena en mi pecho mientras salgo de su oficina.

Por primera vez en diez años, me permito pensar que quizás, solo quizás, las cicatrices que tanto me he esforzado en ocultar no son una sentencia. Que quizás Emma tiene razón, y hay más en mí que muros y control.

Solo tengo que encontrar el valor para demostrárselo.

Para ser vulnerable.

Para ser real.

Por ella.

Por nosotros.

CAPÍTULO 27

EMMA

Las palabras se niegan a fluir esta noche.

Llevo una hora sentada en el escritorio que Marcus creó para mí, la máquina de escribir vintage mirándome como un recordatorio silencioso de todo lo que ha intentado darme, excepto lo único que realmente necesito: a él mismo.

La luz de Manhattan se filtra por los ventanales, dibujando sombras sobre las páginas en blanco. Sophie duerme profundamente, el monitor de bebé junto a mi codo emitiendo solo el suave sonido de su respiración.

Debería estar escribiendo. Para eso es este espacio, ¿no? Otro regalo perfecto, otra manera de darme lo que cree que necesito sin tener que exponerse él mismo.

El sonido de pasos en el pasillo me hace tensarme. A esta hora Marcus suele estar en su despacho, encerrado con sus contratos y su control absoluto. Pero cuando levanto la vista...

Se me seca la boca.

Está apoyado en el marco de la puerta, tan diferente a como lo he visto siempre que por un momento creo estar soñando. La chaqueta del traje ha desaparecido, la corbata también. Las mangas de su camisa blanca están arremangadas hasta los codos, revelando más cicatrices. Su pelo, siempre tan perfectamente peinado, está revuelto como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces.

Pero es su expresión lo que me hace contener el aliento. No hay nada del CEO controlado en su mirada. Nada del hombre que propone matrimonio con contratos. Solo... vulnerabilidad.

—¿Puedo pasar? —su voz es apenas un susurro.

Me obligo a mantener mi tono profesional, el mismo que he usado estas últimas semanas:

—Si es sobre los horarios de Sophie...

—No —me interrumpe, y hay algo en su voz que nunca le había oído—. Es... es sobre nosotros.

El aire abandona mis pulmones. La palabra nosotros flota en el aire como algo frágil y peligroso.

—Marcus...

—Por favor —da un paso hacia mí, y la luz de la ciudad dibuja sombras en las cicatrices de su rostro—. Solo... necesito que me escuches.

Algo en su voz, en la forma en que sus ojos evitan los míos, me hace contener la respuesta cortante que tenía preparada. Nunca lo he visto así, tan... expuesto.

—¿Quieres sentarte? —ofrezco, señalando el pequeño sofá junto a la ventana.

Niega con la cabeza, pasándose una mano por el pelo ya revuelto. La luz de la ciudad dibuja patrones sobre su piel, haciendo que las cicatrices parezcan más profundas, más... reales.

—No puedo —murmura—. Si me siento, si me pongo cómodo... — se interrumpe, como si las palabras le costaran un esfuerzo físico—. Necesito estar de pie. Necesito...

—¿El control? —las palabras salen más suaves de lo que pretendo.

Una risa amarga escapa de sus labios.

—El control —repite, y hay algo doloroso en su tono—. Toda mi vida se ha reducido a eso, ¿verdad? Control. Muros. Distancia.

Da otro paso hacia mí, y aunque mi instinto me dice que mantenga la distancia profesional que tanto me ha costado construir estas semanas, no me muevo.

—¿Por qué estás aquí realmente, Marcus? —mi voz tiembla ligeramente—. ¿Por qué ahora?

Se gira hacia el ventanal, su perfil recortado contra las luces de Manhattan. Por un momento, el silencio es tan denso que casi puedo oírlo respirar, luchando con palabras que parecen atascadas en su garganta.

—Porque ya no puedo... —se detiene, sus manos cerrándose en puños a los costados—. Porque estoy cansado de ser este hombre que he construido. Este... esta versión perfecta y controlada que no siente, que no...

Se interrumpe de nuevo, y hay algo tan crudo en su voz que hace que mi corazón se encoja.

—Marcus...

—No —se gira hacia mí, y la intensidad en sus ojos me roba el aliento—. Por favor, solo... déjame decir esto. Por una vez, necesito que sepas...

Sus dedos rozan distraídamente una de las cicatrices en su antebrazo, un gesto que parece inconsciente pero que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Mi padre... —su voz es tan baja que tengo que inclinarme para oírlo—. Mi padre era un alcohólico violento.

El aire se espesa. Es la primera vez que menciona a su familia, la primera grieta real en esa fachada perfecta que siempre mantiene.

—Cada día era... —se detiene, buscando las palabras—. Era una batalla. Intentar mantener las apariencias en el instituto mientras en casa... —su risa es amarga—. ¿Sabes qué es lo gracioso? Que me volví experto en ocultar cosas. En fingir que todo estaba bien.

Da otro paso hacia el ventanal, como si las luces de la ciudad fueran más fáciles de enfrentar que mi mirada.

—Mi madre se perdió en las drogas cuando yo tenía doce años — continúa, y cada palabra parece costarle un esfuerzo físico—. Crack. Era su forma de escapar, supongo. De él. De todo.

—Marcus... —no sé qué decir. ¿Qué se dice cuando alguien finalmente te deja ver sus heridas más profundas?

—El dinero del alquiler, la comida... todo iba a sus vicios —su mandíbula se tensa—. Empecé a trabajar a los catorce. Cafeterías, lavando coches... Lo que fuera para mantener un techo sobre nuestras cabezas.

Se gira hacia mí, y hay algo tan crudo en su mirada que me roba el aliento.

—Cuando te conocí... —se detiene, y por primera vez veo verdadero miedo en sus ojos—. Eras como luz, Emma. Tan brillante, tan... perfecta. Con tus libros y tus sueños y tu forma de ver el mundo. Y yo... yo era este chico roto intentando fingir que pertenecía a tu mundo.

—Nunca fingiste —susurro, y algo parpadea en sus ojos—. Eras real conmigo. En la biblioteca, cuando hablábamos de libros...

—No —me interrumpe, y hay una desesperación en su voz que nunca le había oído—. No lo entiendes. Cada momento contigo era... era robado. Como si estuviera viviendo una vida que no me pertenecía.

Se pasa una mano por el rostro, sus dedos rozando las cicatrices casi inconscientemente.

—¿Sabes por qué leía todos esos libros que te gustaban? —su risa es suave, dolorosa—. Porque cuando hablabas de ellos... cuando tus ojos brillaban al discutir sobre Austen o las Brontë... por un momento podía olvidar. Olvidar que en casa me esperaba el infierno. Que no era más que un impostor jugando a ser...

—Marcus...

—El baile de graduación —su voz se quiebra ligeramente—. Había ahorrado durante meses para el traje. Para que fuera perfecto. Para ti.

Mi corazón se detiene. Diez años. Han pasado diez años y nunca...

—Esa noche... —se gira completamente hacia el ventanal, como si no pudiera soportar

mirarme mientras habla—. Mi padre estaba más borracho que de costumbre. Mi madre... ni siquiera recuerdo si estaba consciente.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo oír los latidos de mi corazón.

—Quise irme —continúa, su voz apenas un susurro—. Dios, Emma, lo intenté. Pero él... él agarró a mi madre y yo, no pude hacerlo.

Sus manos se cierran en puños a los costados, y puedo ver cómo tiemblan.

—No podía dejarla —las palabras salen como si le dolieran físicamente—. No podía ir a bailar contigo mientras él...

Se interrumpe, tomando aire como si cada palabra le costara un esfuerzo físico. La luz de la ciudad dibuja sombras en su perfil, y por primera vez noto una cicatriz fina que baja por su cuello, normalmente oculta por sus camisas perfectamente abotonadas.

—Cuando recibí los golpes por ella caí sobre la mesa de cristal — su voz es tan baja que apenas la oigo.

Mi mano se mueve por voluntad propia, queriendo alcanzarlo, pero él da un paso atrás.

—No —su voz tiembla—. Por favor. Si me tocas ahora, no podré seguir hablando.

Se pasa una mano por el pelo, y la luz revela más cicatrices en su antebrazo, un mapa de dolor que siempre ha querido mantener oculto.

—Me desperté en el hospital —continúa, su voz distante, como si estuviera reviviendo el momento—. Después del baile. Cuarenta y siete puntos solo en la cara. Los médicos dijeron que tuve suerte. Que si los cristales hubieran cortado unos milímetros más profundo...

—Dios mío —mi voz se quiebra.

—¿Sabes qué fue lo primero que pensé cuando me vi en el espejo? —su risa es amarga, dolorosa—. Que no podía dejarte verme así. Que no podía arrastrarte a este mundo de... de violencia y miseria. Tú merecías cuentos de hadas, Emma. No pesadillas.

Da un paso hacia mí, y hay algo tan crudo en su mirada que me roba el aliento.

—Mis padres ni siquiera se quedaron en el hospital —susurra—. Firmaron los papeles y desaparecieron. Como si... como si yo fuera solo otro cristal roto más.

—No eras...

—Lo era —me interrumpe—. Lo soy. Estoy roto. Marcado. Y tú... tú eras todo lo que yo nunca podría merecer.

Sus palabras me golpean como puñetazos, cada una más dolorosa que la anterior. Quiero acercarme, quiero tocarlo, quiero borrar cada cicatriz con mis dedos, con mis labios, con todo el

amor que siento por él.

Pero sé que esta noche no puedo hacerlo. Esta noche es demasiado frágil, demasiado cruda. Marcus está más expuesto de lo que jamás lo he visto, y presionarlo ahora solo haría que volviera a construir sus muros, más altos, más gruesos.

—Gracias —susurro, y veo la sorpresa en sus ojos—. Por contármelo. Por confiar en mí.

Se gira hacia la ventana de nuevo, su perfil recortado contra las luces de la ciudad. Puedo ver cómo tiemblan sus manos, cómo lucha por mantener el control.

—Debería irme —murmura—. Es tarde y...

—Está bien —lo interrumpo suavemente—. Ve.

Me mira un momento, y hay tanto en sus ojos... tanto dolor, tanta vulnerabilidad, tanto... algo más que no se atreve a nombrar. Que quizás ni siquiera sabe que siente.

Cuando la puerta se cierra tras él, me hundo en la silla, las lágrimas que he estado conteniendo finalmente cayendo libres. Pero no son lágrimas de tristeza. Son de determinación.

Porque ahora lo entiendo todo. Cada muro, cada distancia, cada intento de mantenerme fuera... todo ha sido por miedo. Miedo a no ser suficiente. Miedo a que lo vea como se ve él mismo: roto, marcado, indigno.

Qué equivocado está.

Miro la máquina de escribir, el espacio que creó para mí, cada detalle perfectamente pensado. Como todo lo que hace por mí, intentando compensar lo que cree que no puede darme: él mismo.

Me limpio las lágrimas con determinación. Esto no ha terminado. No voy a dejarlo esconderse más tras sus cicatrices, tras su imperio de cristal y acero. Voy a demostrarle que es digno de amor, de mi amor.

Porque lo amo. Dios, lo amo tanto que duele. Lo amo con sus cicatrices, con sus miedos, con todo su pasado. Lo amo incluso más ahora, sabiendo todo lo que ha superado, todo lo que ha construido desde esas cenizas.

Y voy a encontrar la manera de que lo vea. De que se vea como lo veo yo.

Aunque tenga que derribar cada muro que ha construido. Aunque tenga que besar cada cicatriz hasta que entienda que lo hacen más hermoso, no menos. Aunque tenga que repetirle que lo amo hasta que finalmente lo crea.

Marcus Walker puede pensar que no merece amor, que no me merece a mí.

Pero voy a demostrarle lo equivocado que está.

Y esta vez, no voy a dejarlo escapar.

CAPÍTULO 28

EMMA

El ático está en silencio a esta hora de la noche. Sophie duerme profundamente, y los únicos sonidos son el suave zumbido del aire acondicionado y los latidos de mi corazón mientras me acerco a su habitación.

Después de su confesión de anoche, después de ver finalmente al hombre detrás de las cicatrices... no puedo esperar más. Necesito demostrarle que sus heridas no me asustan, que lo quiero precisamente por quien es, no a pesar de ello.

Pero su habitación está vacía.

La luz de Manhattan se filtra por los ventanales, dibujando sombras sobre la cama perfectamente hecha. Todo está inmaculado: los trajes alineados por colores en el vestidor entreabierto, los gemelos de oro sobre la cómoda, el perfume que tanto me enloquece...

Un resplandor azulado llama mi atención.

Viene de detrás de una puerta que nunca había notado, disimulada en el panelado de la pared. Está ligeramente entreabierta, como si Marcus hubiera salido con prisa y olvidado cerrarla del todo.

Mi corazón se acelera mientras me acerco. Esto está mal. Es su espacio privado, no debería...

Pero entonces veo mi nombre.

Una carpeta sobre un escritorio, iluminada por la luz de varias pantallas: «Emma Mitchell – Seguimiento».

El aire abandona mis pulmones mientras abro la puerta completamente.

Oh. Dios. Mío.

Las pantallas cubren una pared entera. Docenas de ellas. Y en cada una...

Mi librería. Las calles cercanas. El café donde desayuno cada mañana. Mi antiguo apartamento. Cada aspecto de mi vida monitorizado, vigilado, protegido.

Mis dedos tiemblan cuando alcanzo la carpeta con mi nombre. Es gruesa, pesada con años de...

Fotos. Informes detallados de cada aspecto de mi vida durante los últimos diez años. Mis horarios, mis rutinas, mis hábitos...

«Martes - 8:15 AM: Desayuno en Bean & Books. Earl Grey y scone de arándanos.» «Jueves -

6:30 PM: Clase de yoga cancelada. Posible resfriado.» «Sábado - 11:00 AM: Hora de cuentos en la librería. Incremento en ventas de literatura infantil.»

Cada detalle de mi existencia catalogado con una precisión obsesiva. Pero no es la información lo que hace que mi corazón se encoja. Son las notas al margen, escritas a mano con una letra que reconocería en cualquier parte:

«Parece cansada. ¿Problemas para dormir?» «Su sonrisa no llega a sus ojos hoy.» «El profesor de literatura vuelve a rondar la librería. Investigar antecedentes.»

No son notas de un acosador. Son las observaciones de alguien que se preocupa. Que cuida. Que...

Un sobre cae de entre las páginas. Cuando lo abro, más fotos se deslizan entre mis dedos: yo en la biblioteca del instituto, riendo sobre un libro. Yo en el pasillo, mordiendo un lápiz mientras estudio. Yo en la cafetería, completamente ajena a la cámara. A él.

Diez años. Ha guardado estas fotos durante diez años.

El sonido de pasos en el pasillo me sobresalta. Me giro justo cuando la puerta se abre completamente y...

—Emma.

Su voz. Dios, su voz. Suena... rota. Como si ver todas sus defensas expuestas, todos sus secretos al descubierto, lo hubiera despojado de cada capa de control que tanto se ha esforzado en mantener.

No puedo girarme. No todavía. Mis dedos tiemblan sobre los informes, sobre las notas escritas con su letra. Cada detalle de mi vida catalogado, protegido, guardado como algo precioso. Las pantallas siguen mostrando diferentes ángulos de mi librería, de las calles cercanas, y la realización me golpea: nunca he estado realmente sola.

—Marcus... —mi voz suena extraña, ahogada.

Cuando finalmente me giro para mirarlo, está más cerca de lo que esperaba. La luz azulada de las pantallas dibuja sombras en sus cicatrices, pero no intenta ocultarlas. Como si ya no tuviera sentido esconder nada.

Sus ojos están fijos en las fotos esparcidas por el suelo, en los informes sobre el escritorio. Todo su imperio de control y secretos expuesto en esta pequeña habitación.

Y por primera vez desde que lo conozco, Marcus Walker parece completamente vulnerable.

—¿Por qué? —la pregunta sale como un susurro, aunque hay tantas preguntas atascadas en mi garganta que apenas sé por dónde empezar.

Marcus da otro paso hacia mí, y algo en su expresión me dice que está esperando que huya.

Que grite. Que lo acuse de acosador o de obsesivo.

Si supiera que mi corazón late desbocado por razones completamente diferentes...

—Necesitaba saber que estabas bien —su voz es ronca, casi rota —. Después del hospital, después de que mis padres... —se detiene, toma aire—. No tenía nada. Era nadie. Pero al menos podía asegurarme de que tú...

Se interrumpe cuando me agacho a recoger otra foto que ha caído del sobre. En esta estoy en la ceremonia de graduación de la universidad. No fui a la fiesta después, el recuerdo del último baile aún estaba demasiado fresco. Pero ahí está, capturado en papel: el momento en que recibí mi diploma, la sonrisa forzada, el vacío en mis ojos que nadie más pareció notar.

Excepto él.

Dios. Incluso entonces, incluso desde las sombras, se preocupaba por lo que hacía.

—Cada éxito —murmura, y hay algo en su voz que me hace levantar la vista—. Cada momento difícil. Quería estar ahí. Necesitaba...

—¿Qué? —presiono cuando se queda en silencio—. ¿Qué necesitabas, Marcus?

Sus ojos encuentran los míos en la penumbra azulada de la habitación, y hay tanto dolor en ellos, tanta vulnerabilidad...

—Necesitaba sentir que aún era parte de tu vida —susurra—. Aunque fuera así. Desde lejos. En las sombras.

Algo se rompe dentro de mí al escuchar esas palabras. La forma en que su voz tiembla al decirlas, cómo sus ojos evitan los míos, como si no pudiera soportar ver mi reacción...

—¿Todo este sistema de seguridad...? —no termino la pregunta. No hace falta.

—Necesitaba mantenerte a salvo —su voz suena más cerca—. Después de lo de mis padres, de la violencia... No podía soportar la idea de que algo te pasara. De que alguien te...

Se interrumpe, y cuando me giro, está tan cerca que puedo oler su perfume. Sus manos están cerradas en puños a los costados, como si estuviera conteniendo el impulso de tocarme.

—Marcus...

—Sé que es demasiado —sus ojos finalmente encuentran los míos, y la vulnerabilidad en ellos me roba el aliento—. Sé que parece obsesivo, que debería haberte dejado seguir con tu vida, que...

No puedo soportarlo más. No puedo ver cómo este hombre, este ser extraordinario que ha movido cielo y tierra para protegerme, se odia a sí mismo por amarme tanto.

Porque es amor. Todo esto... las cámaras, los informes, cada detalle meticulosamente

documentado... es amor en su forma más pura y desesperada.

—¿Sabes qué es lo más patético? —su voz es apenas un susurro mientras sus ojos recorren las pantallas—. Que incluso ahora, después de diez años, después de construir todo esto... sigo siendo ese chico roto de dieciséis años que te miraba en la biblioteca como si fueras el sol.

Da un paso atrás, como si necesitara poner distancia entre nosotros, pero yo avanzo con él. No voy a dejarle escapar. No esta vez.

—Cada mañana —continúa, su voz quebrándose ligeramente—, reviso las cámaras. Necesito verte llegar a la librería, ver tu sonrisa cuando saludas al primer cliente. Y cada noche... —se detiene, pasándose una mano temblorosa por el pelo—. Cada noche me prometo que dejaré de mirarte. Que te dejaré vivir tu vida sin esta... esta obsesión enfermiza.

—Marcus...

—Pero no puedo —las palabras salen como una confesión dolorosa—. Dios, Emma, no puedo. Te amo tanto que me destroza. Te he amado cada día de estos diez años, cada minuto, cada...

Se interrumpe bruscamente, como si acabara de darse cuenta de lo que ha dicho. El terror en sus ojos, el modo en que su cuerpo se tensa preparándose para el rechazo...

—Lo siento —susurra, retrocediendo otro paso—. No debería... no tengo derecho a...

MARCUS

Las palabras han salido sin permiso, destruyendo una década de control. De distancia. De protección.

Te amo.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Emma está inmóvil frente a mí, su figura recortada contra la luz azulada de las pantallas. Las mismas pantallas que ahora exponen mi obsesión, mi devoción enfermiza, mi incapacidad para dejarla ir.

Debería irme. Debería poner distancia antes de que el horror se refleje en sus ojos, antes de que vea lo que realmente soy: un monstruo marcado incapaz de superar su primer amor. Un acosador que ha construido un imperio solo para mantenerla a salvo. Un hombre tan roto que ni siquiera sabe amar de forma normal.

—Lo siento —repito, y cada palabra es como cristal en mi garganta—. Entenderé si quieres irte. Si no quieres que Sophie... si necesitas que me mantenga alejado...

Pero entonces Emma hace algo que destroza cada una de mis defensas: da un paso hacia mí.

—¿Alejarme? —su voz es suave, casi un susurro—. ¿Después de descubrir que el hombre más poderoso de Manhattan ha pasado diez años amándome en silencio?

No puedo respirar. No puedo pensar. No cuando ella está tan cerca, cuando sus ojos brillan

con algo que no me atrevo a nombrar.

—Emma... —mi voz suena extraña, rota—. No entiendes. Esto no es... no es normal. No es sano. Yo no soy...

—¿No eres qué? —Da otro paso hacia mí, y el espacio entre nosotros prácticamente chispea con electricidad—. ¿No eres digno? ¿No eres suficiente?

Su mano se levanta hacia mi rostro y me tenso, esperando que sus dedos eviten las cicatrices. Pero Emma... Dios, Emma traza cada marca con una reverencia que me desarma por completo.

—Mírame —susurra, y hay algo en su voz que hace imposible desobedecer—. Marcus Walker, mírame y escúchame bien.

Sus dedos siguen trazando mis cicatrices, y cada caricia es como fuego sobre mi piel. Debería apartarme. Debería mantener el control. Debería...

—Estas marcas —susurra, sus dedos encontrando la cicatriz más profunda, la que parte mi mejilla—, son la prueba de tu valor. De tu amor. Te interpusiste entre la violencia y alguien que amabas.

—Emma, por favor... —mi voz tiembla. No puedo escuchar esto. No puedo dejarme creer que...

—Y esto —su otra mano encuentra mi corazón, y juro que puede sentir cómo late desbocado bajo su palma—, esto que has construido... Todo este imperio no fue por poder o control. Fue por amor. Por protegerme.

—No es... —intento retroceder, pero mi espalda encuentra la pared. No hay escape—. No es normal. Esta obsesión, esta necesidad de...

—¿De amarme? —su voz es tan suave, tan llena de algo que no me atrevo a nombrar—. ¿De cuidarme? ¿De asegurarte de que estuviera a salvo incluso cuando creías que no merecías estar en mi vida?

Sus palabras me golpean como puñetazos. ¿Cómo puede ver amor donde solo hay obsesión? ¿Cómo puede tocar mis cicatrices como si fueran algo hermoso en lugar de las marcas de mi vergüenza?

—Mírame —repite, y esta vez sus manos enmarcan mi rostro, obligándome a enfrentar su mirada—. Durante diez años has estado amándome desde las sombras. Protegiéndome. Cuidándome.

—Emma...

—Y durante diez años —continúa, y hay lágrimas en sus ojos que hacen que mi corazón se rompa—, he estado incompleta. Como si una parte de mí supiera que faltaba algo. Que faltabas tú.

—Soy un monstruo —susurro, las palabras saliendo como cristales rotos—. Mírame. Mira lo que he hecho. Esta obsesión, este control...

Sus labios encuentran la cicatriz de mi mejilla, y el mundo se detiene.

El primer roce de sus labios sobre mi cicatriz hace que todo mi cuerpo se tense. Sus besos son tan suaves, tan reverentes, que algo primitivo se despierta en mi interior. Algo que he mantenido bajo control durante demasiado tiempo.

—Emma —mi voz es un gruñido bajo—. Me estás matando.

—Esto es lo que quiero —murmura contra mi piel, sus labios trazando el camino de otra cicatriz—. Por primera vez, sé exactamente lo que quiero.

Mis manos se cierran en puños contra la pared. El control... necesito mantener el control. Pero entonces su lengua traza el borde de una cicatriz en mi cuello y algo dentro de mí se rompe.

Con un gruñido, la agarro por la cintura y giro nuestras posiciones, aprisionándola contra la pared. Sus ojos se abren con sorpresa, pero no hay miedo en ellos. Solo... deseo.

—Si no deseas esto, dilo ahora —advierto, mi voz irreconocible incluso para mí.

Sus manos se enredan en mi pelo, tirando suavemente para acercarme más.

—No voy a alejarme —susurra contra mis labios—. No esta vez. No nunca más.

Algo salvaje ruge en mi interior.

La beso como un hombre hambriento. No hay nada suave en este beso, nada contenido. Es posesivo, demandante, una década de amor condensada en un momento. Mis manos recorren su cuerpo con una urgencia que debería asustarla, pero ella...

Dios, ella responde con la misma intensidad.

—Marcus —gime mi nombre cuando mis dientes encuentran su cuello—. Por favor...

—¿Por favor qué? —gruño contra su piel.

—Te quiero dentro de mí —jadea cuando mis dientes rozan su pulso—. Siempre a ti. Solo...

La silencio con otro beso, más profundo, más posesivo. Necesito tomarla para poder creer que esto es real. Que no me está rechazando después de todo lo que ha descubierto de mí.

—Marcus —sus manos agarran mi camisa, tirando hasta que los botones ceden—. Por favor, escúchame.

—Emma... —intento mantener el control, pero cuando sus dedos encuentran las cicatrices de mi pecho, trazándolas con la misma reverencia que las de mi rostro, me derrito, joder.

—Te he amado desde que tenía dieciséis años —susurra contra mi piel—. Desde que fingías leer a Jane Austen solo para estar cerca de mí en la biblioteca.

Mi agarre en su cintura se tensa. ¿Cómo podría creer que esta Diosa siente lo mismo por mí?

—Cuando desapareciste de nuevo... —su voz tiembla—. Intenté odiarte. Intenté olvidarte. Pero nunca... nunca pude dejar de amarte.

—Emma, por favor... —mi voz suena desesperada incluso para mí.

—Y ahora —sus manos suben hasta enmarcar mi rostro, obligándome a mirarla—, descubro que has estado amándome todo este tiempo. Que cada detalle de mi vida ha sido precioso para ti.

Las lágrimas brillan en sus ojos, pero su mirada es firme, decidida.

—¿Cómo podría no amarte más por eso? —susurra—. ¿Cómo podría no adorar cada cicatriz, cada marca que demuestra lo mucho que has luchado, lo mucho que has amado?

No puedo respirar. No puedo pensar. Sus palabras son demasiado. Su amor es demasiado.

—Te amo —dice contra mis labios—. Te he amado siempre. Y voy a pasar el resto de mi vida demostrándotelo hasta que finalmente lo creas.

Un sonido salvaje escapa de mi garganta, algo entre un gruñido y un sollozo. La levanto contra la pared, sus piernas envolviendo mi cintura instintivamente.

—Mía —gruño contra su cuello—. Siempre has sido mía.

Su confesión ha liberado algo primitivo en mí. Algo que he mantenido encadenado durante demasiado tiempo. Mis manos recorren su cuerpo con una urgencia que raya en la desesperación, necesitando marcar, poseer, reclamar.

—Dilo otra vez —gruño contra su cuello mientras mis dedos encuentran el borde de su camiseta—. Necesito oírlo otra vez.

—Te amo —gime cuando mis dientes encuentran ese punto sensible bajo su oreja—. Siempre te he...

Sus palabras se convierten en un jadeo cuando arranco la tela que nos separa. No tengo paciencia para botones o cierres.

Me siento demasiado en carne viva.

—Marcus... —su voz tiembla cuando mis manos encuentran su piel desnuda.

—Shh —murmuro contra su piel—. Déjame... necesito...

Ni siquiera puedo formar frases coherentes. No cuando ella está arqueándose contra mí, cuando sus manos recorren mi pecho con esa mezcla de reverencia y deseo que me vuelve loco.

El sujetador cede bajo mis manos impacientes. La vista de Emma, medio desnuda contra la pared, su piel brillando bajo la luz azulada de las pantallas, sus ojos oscuros de deseo...

—Te amo —gruño, mis manos recorriendo cada curva como si quisiera memorizar su cuerpo con el tacto—. Tan jodidamente perfecta...

Sus gemidos son música mientras mis labios trazan un camino descendente por su cuerpo. Cada beso es una adoración, cada caricia una promesa. Mis manos mantienen sus caderas inmóviles contra la pared mientras mi boca reclama cada centímetro de su piel.

—Marcus... —mi nombre en sus labios es una súplica—. Te necesito...

—Y me tendrás —prometo contra su piel—. Toda la noche. De todas las formas posibles.

Cuando finalmente la tomo, cuando me hundo en ella por completo, el mundo parece detenerse. Diez años de deseo contenido, de amor desesperado... todo culmina en este momento.

—Mírame —ordeno, y cuando sus ojos encuentran los míos, veo todo lo que siempre he deseado: amor, aceptación, deseo—. Necesito verte cuando te hago mía.

Sus uñas se clavan en mis hombros mientras establezco un ritmo implacable. Sus gemidos, la forma en que su cuerpo responde al mío, cómo susurra mi nombre como una plegaria... es más de lo que jamás me permití soñar.

—Eres mía —gruño contra su cuello, necesitando que entienda, que sienta lo profundo que llega esto—. Siempre has sido mía.

—Tuya —jadea, y la palabra hace que algo primitivo ruja en mi interior—. Siempre tuya.

La levanto, cambiando el ángulo, y el sonido que escapa de sus labios me dice que he encontrado ese punto perfecto dentro de ella. Mis embestidas se vuelven más profundas, más precisas, cada una arrancando un gemido más desesperado que el anterior.

Sus párpados se abren, y la intensidad en su mirada casi me hace perder el control. Hay tanto en esos ojos... tanto amor, tanta confianza... Me mira como si fuera algo precioso, algo digno, algo...

—Te amo —susurra, y esas palabras, combinadas con la forma en que su cuerpo se tensa alrededor del mío, me empujan al borde.

El orgasmo nos golpea a ambos con una intensidad devastadora. Por primera vez en mi vida, pierdo completamente el control, y no me importa. No cuando ella está temblando en mis brazos, cuando sus labios susurran mi nombre una y otra vez, cuando finalmente... finalmente soy suyo. Sin barreras.

EMMA

La luz del amanecer se filtra por los ventanales, dibujando patrones sobre su piel desnuda.

Marcus duerme profundamente, su rostro relajado, en paz. Sus brazos me mantienen contra su pecho como si temiera que fuera a desaparecer, y cada pocos minutos murmura mi nombre en sueños.

Se ha quedado. Después de todo lo que compartimos anoche, después de amarme con una intensidad que me robó el aliento, después de susurrar confesiones contra mi piel... no huyó. No volvió a esconderse tras sus muros.

Trazo suavemente una de las cicatrices en su pecho, maravillándome de cómo este hombre, este ser extraordinario, ha estado amándome en silencio durante tanto tiempo. El Marcus del instituto era un sueño, un primer amor perfecto. Pero este Marcus...

Este Marcus es real. Con sus cicatrices, sus miedos, su forma obsesiva de amar. Es mejor que cualquier fantasía, que cualquier recuerdo. Porque es mío. Completamente, absolutamente mío.

Y esta vez, sé que no va a ninguna parte.

Este es el primer día de nuestra nueva vida.

CAPÍTULO 29

MARCUS

El sol de domingo se filtra entre las cortinas cuando abro los ojos. Emma duerme acurrucada contra mi pecho, su respiración suave acariciando mi piel. Aún me cuesta creer que esto sea real: despertar con ella en mis brazos, sentir su calor, poder tocarla sin restricciones.

Han pasado tres semanas desde aquella noche que descubrió mi despacho de vigilancia, y cada mañana me despierto temiendo que todo haya sido un sueño. Pero entonces ella se mueve en sueños, sus dedos acariciándome, y el miedo se desvanece.

Ya no me pongo camiseta para dormir. No con ella. No cuando sus labios encuentran cada marca en mi piel como si fueran algo precioso, cuando sus caricias me hacen sentir... hermoso.

—Buenos días —murmura contra mi pecho, y puedo sentir su sonrisa.

—Buenos días —beso su pelo, permitiéndome este momento de paz perfecta.

El monitor de bebé cobra vida con los alegres balbuceos de Sophie. Es domingo, lo que significa que no hay horarios que cumplir, no hay reuniones, no hay...

Emma ríe suavemente contra mi piel.

—Alguien está impaciente esta mañana.

La observo mientras se estira, su camiseta (mi camiseta, en realidad) subiéndose para revelar un trozo de piel que mis dedos inmediatamente necesitan tocar. Ya no hay timidez entre nosotros, no hay dudas. Solo esta familiaridad que hace que mi corazón se hinche.

—Voy yo —digo, robándole un beso antes de levantarme.

—Mmm, ¿y perderme la vista de Marcus Walker, el terror de Wall Street, cambiando pañales? —bromea, y el sonido de su risa es como música—. Ni hablar.

La cocina, antes un espacio frío y ordenado, ahora es un caos organizado de biberones, papeles de trabajo y juguetes. Sophie está en su trona, intentando atrapar los rayos de sol que bailan sobre la superficie de acero inoxidable. Emma prepara café, moviéndose descalza por el espacio como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Supongo que así es.

—¿Más café? —pregunta, y cuando se acerca para rellenar mi taza, no puedo evitar atraerla hacia mí para otro beso.

—Mmmpa! —protesta Sophie, y ambos reímos contra los labios del otro.

—Alguien está celosa —murmura Emma.

La observo mientras corta fruta para Sophie, la forma en que tararea suavemente, cómo sus dedos rozan mi brazo cada vez que pasa a mi lado... pequeños gestos que han convertido mi ático en un hogar.

No sabía que podía ser así de feliz. No sabía que merecía...

—¡Ba-ba! —Sophie agita sus bracitos hacia mí, trozos de plátano cayendo de sus deditos regordetes.

—Ya voy, pequeña —me acerco a limpiarla, y la familiaridad del gesto me golpea. ¿Cuándo me volví tan natural en esto? ¿Cuándo dejé de consultar manuales de crianza para cada pequeña cosa?

Emma me observa por encima de su taza de café, y hay algo en su mirada que hace que mi corazón se apriete. Como si ella también viera el cambio en mí, como si entendiera lo que de verdad significa para mí tener una familia.

Sophie balbucea feliz cuando la levanto, sus manitas agarrando mi camisa. Sus pequeños dedos dejan manchas de plátano en la tela, pero no me importa. No cuando su risa llena la cocina con ese sonido que nunca me canso de oír, que hace que todas las cicatrices, todos los años de soledad, valgan la pena.

—Ten cuidado con la lámpara —advierte Emma, pero está sonriendo—. No quiero tener que explicarle a James por qué necesitamos reemplazar otra.

—Fue una sola vez —protesto, ajustando a Sophie en mis brazos —. Y técnicamente fue culpa de su peluche.

—Mmhmm, culpa al señor Oso —Emma se acerca, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura—. Muy maduro, señor CEO.

La beso porque puedo, porque está aquí, porque...

—¡Pa-pá! ¡Pa-pá!

El mundo se detiene.

Sophie nos mira desde mis brazos, sonriendo con esa inocencia perfecta de los bebés, completamente ajena a cómo acaba de hacer que mi mundo se tambalee.

El universo deja de girar y mi jodido corazón explota.

—¿Qué...? —mi voz se quiebra.

—¡Pa-pá! —repite ella, más fuerte esta vez, orgullosa de su nueva palabra, sus manitas golpeando suavemente mi mejilla.

Las lágrimas llegan sin aviso. Intento contenerlas, años de control luchando contra esta emoción que amenaza con desarmarme por completo. Sophie toca mi rostro con sus deditos pegajosos de plátano, confundida por las gotas saladas que encuentra allí.

—Marcus —la voz de Emma es suave mientras sus brazos nos rodean a ambos—. Está bien. Está bien llorar.

—Yo... —mi voz es apenas un susurro—. Nunca pensé... nunca creí que podría...

Sophie se acurruca contra mi cuello, balbuceando suavemente «pa-pá» una y otra vez, como una nana, como una promesa. Y es demasiado. Todo es demasiado.

Las lágrimas caen libremente ahora. Por el niño que fui, que nunca conoció este tipo de amor. Por el hombre que soy, que nunca creyó merecer esta felicidad. Por esta pequeña que me mira como si fuera su mundo entero, sin ver cicatrices, sin ver muros, sin ver nada más que a mí.

—Papá —susurra Emma contra mi oído, y puedo oír las lágrimas en su voz también—. Eso es lo que eres. Lo que siempre has sido para ella.

—¿Cómo... —tengo que tragar el nudo en mi garganta—. ¿Cómo puedo merecer esto?

—Oh, Marcus —Emma toma mi rostro entre sus manos, limpiando las lágrimas con sus pulgares—. No se trata de merecer. Se trata de amor. Y tú... tú eres tan fácil de amar.

Sophie elige ese momento para plantar un beso baboso en mi mejilla, y la risa se mezcla con las lágrimas. Es perfecto. Es aterrador. Es...

Es todo lo que nunca me atreví a soñar.

CAPÍTULO 30

EMMA

—¿Estás segura de que las flores no son demasiado? —Claire estudia el arreglo de globos y rosas que decora el ático—. Quiero decir, Sophie probablemente esté más interesada en el papel de regalo que en la decoración.

Sonrío mientras coloco el último detalle en la tarta. Un año. No puedo creer que Sophie vaya a cumplir ya un año.

—Son perfectas —digo, y ambas sabemos que no estoy hablando solo de las flores.

El sonido del ascensor nos hace levantar la vista. Marcus. Siempre sé que es él por la forma en que el aire cambia, como si el espacio mismo respondiera a su presencia.

—¡Pa! ¡Pa! —Sophie se agita en su corralito, sus manitas extendidas hacia la entrada.

Y entonces sucede.

Sophie se agarra al borde del corral, sus piernecitas temblando mientras se pone de pie. La hemos visto intentarlo durante días, dar pequeños pasos agarrada a los muebles, pero esto...

—Emma... —la voz de Claire es un susurro.

Marcus aparece en la entrada, aflojándose la corbata, y se queda congelado al ver a Sophie. Ella suelta el corral, tambaleándose por un momento, y entonces...

Da un paso. Luego otro.

—¡Papá! —sus bracitos extendidos hacia Marcus mientras avanza con pasos inseguros.

El maletín cae al suelo. Marcus se arrodilla, sus brazos abiertos, y la expresión en su rostro... Dios, la forma en que mira a Sophie como si fuera el mayor milagro del universo.

—Eso es, pequeña —su voz tiembla—. Ven con papá.

Sophie llega hasta él entre risas, cayendo en sus brazos. Las lágrimas nublan mi visión mientras los observo.

—¡Mamá! —Sophie me llama, y mi corazón se expande hasta que creo que va a estallar—. ¡Mamá! ¡Papá!

Claire sorbe por la nariz a mi lado.

—Si esto no es la familia más adorable que...

—Vaya, vaya —una voz familiar la interrumpe—. ¿La implacable Claire Price está llorando?

James Richardson está apoyado en la entrada, con esa sonrisa que hace que la mitad de Manhattan suspire. Pero sus ojos... sus ojos están fijos en Claire como si fuera la única persona en la habitación.

—Tengo algo en el ojo —murmura Claire, pero el rubor en sus mejillas la delata.

—Permíteme ayudarte con eso —James se acerca, invadiendo su espacio personal con esa gracia felina tan suya—. Dicen que soy muy bueno encontrando cosas...

Claire pone los ojos en blanco, pero la sonrisa que intenta ocultar me dice todo lo que necesito saber: le gusta. James le gusta.

La mañana avanza en un torbellino de preparativos. Los invitados empiezan a llegar, llenando el ático con risas y felicitaciones. Sophie es el centro de atención, por supuesto, encantando a todos con sus primeros pasos tambaleantes entre los invitados.

—Señor Richardson, ¿podría dejar de reorganizar mis centros de mesa? —la voz de Claire corta el aire—. Los tenía perfectamente colocados.

—Solo intentaba mejorar el ángulo —James le guiña un ojo—. Como mejoraría el ángulo de esta fiesta si me concedieras un baile.

—Estoy trabajando.

—Siempre estás trabajando —se queja él, pero hay algo en su sonrisa que me resulta familiar. Es la misma forma en que Marcus solía mirarme en la biblioteca del instituto—. ¿Qué tal una cena entonces? Para discutir... futuros eventos.

Claire arquea una ceja perfectamente depilada.

—¿Futuros eventos?

—Nunca se sabe cuándo la familia Walker podría necesitar otra celebración —sus ojos se desvían significativamente hacia Marcus, que está hablando con algunos invitados—. Digamos... ¿una boda?

Mi corazón da un vuelco. Antes de que pueda procesar esa insinuación, siento la mano de Marcus en mi espalda.

—¿Me acompañas un momento? —susurra en mi oído—. Hay algo que quiero mostrarte.

Me guía hacia la terraza, y el aire fresco de Manhattan nos envuelve. Las luces de la ciudad brillan como estrellas caídas bajo nosotros.

—Marcus...

—Shh —me interrumpe suavemente—. Solo... escúchame un momento.

Su mano encuentra la mía y, por primera vez desde que lo conozco, puedo sentir que tiembla

ligeramente. Marcus Walker, el hombre que controla medio Manhattan, está nervioso.

—Hace unos meses —empieza, su voz más suave de lo habitual—, entré en el despacho de un abogado esperando encontrar solo más papeles que firmar. En su lugar... en su lugar te encontré a ti.

Se gira hacia mí, y la luz de la ciudad dibuja sombras suaves en sus cicatrices. Ya no intenta ocultarlas. Me encanta.

—Y con el tiempo me diste mucho más que eso —continúa—. Me diste una familia. Me enseñaste que las cicatrices no definen quién soy. Me mostraste que merecía ser amado.

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo respirar. Marcus suelta mi mano para sacar algo de su bolsillo, y el mundo parece detenerse.

—La primera vez que intenté hacer esto —una sonrisa triste cruza su rostro—, te ofrecí un contrato. Porque los contratos, los negocios, el control... era todo lo que conocía. Era lo único que me hacía sentir seguro.

Se arrodilla frente a mí, y las lágrimas empiezan a nublar mi visión.

—Pero ahora sé que el amor no necesita contratos —abre la pequeña caja de terciopelo, revelando un anillo que brilla bajo las luces de Manhattan—. El amor es Sophie llamándonos mamá y papá. Es despertar cada mañana contigo en mis brazos. Es saber que, sin importar cuántos muros construya, tú siempre encontrarás el camino hacia mi corazón.

—Marcus... —mi voz tiembla.

—Te amo, Emma Mitchell —sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. Te he amado desde que tenía dieciséis años. Te he amado durante los diez años que estuvimos separados. Y te amaré por el resto de mi vida, si me das el honor de ser mi esposa.

El «sí» sale entre lágrimas y risas. Marcus se levanta y me atrae hacia él, y cuando sus labios encuentran los míos, puedo saborear la sal de nuestras lágrimas mezcladas.

Un aplauso nos sobresalta. Al girarme, veo a todos los invitados en la puerta de la terraza. Claire está en primera fila, las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas mientras James la sostiene por la cintura. Sophie aplaude desde los brazos de la niñera, aunque probablemente no entiende por qué todos están tan emocionados.

—¡Mamá! ¡Papá! —llama, extendiendo sus bracitos hacia nosotros.

Marcus la toma en sus brazos, y cuando nos abraza a ambas, sé que esto es todo lo que siempre soñé. No el CEO poderoso, no el millonario de Manhattan, sino este hombre que no teme mostrar sus cicatrices, que llora cuando nuestra hija lo llama papá, que me ama con una intensidad que hace que todo lo demás parezca insignificante.

—Te amo —susurra contra mi pelo.

Y esta vez, no hay muros que nos separen.

EPÍLOGO

CLAIRE

—Por última vez, James, no —siseo mientras intento concentrarme en mi tablet. Los arreglos florales para la boda de Emma y Marcus no van a organizarse solos—. Lo que pasó en la despedida de soltero fue un error.

Mi pulso se acelera solo de pensar en esa noche, pero me obligo a mantener mi expresión profesional. Soy Claire Price, la wedding planner más solicitada de Manhattan. He organizado bodas de celebrities y realeza. No voy a dejar que James Richardson me desestabilice.

Otra vez.

—¿Un error? —se apoya en la columna del Four Seasons, bloqueando mi camino con esa sonrisa que hace que todas las mujeres de Manhattan pierdan la cabeza. Todas excepto yo. O al menos de eso intento convencerme—. No parecía un error cuando...

—¡James, cariño!

La expresión de pánico que cruza su rostro casi me hace sonreír. Eleanor Richardson es una fuerza de la naturaleza, especialmente desde que Marcus y Emma anunciaron su compromiso. Ver a su mejor amigo sentar la cabeza parece haber despertado su obsesión por ver a James «establecerse».

—Madre —James se gira, la tensión evidente en sus hombros. Es extraño verlo así, sin esa arrogancia habitual que me saca de quicio —. No te esperaba hasta la cena.

—Oh, quería dar una vuelta por el hotel antes. Asegurarme de que todo esté perfecto para la boda —sus ojos se iluminan con ese brillo que conozco demasiado bien después de años organizando bodas. El brillo de una casamentera en potencia—. Y ya que te encuentro, cariño, Margaret me ha dicho que su hija Amanda también se aloja aquí este fin de semana. Es cirujana plástica, ya sabes, y...

—Madre, por favor —James se pasa una mano por el pelo, y odio notar lo atractivo que se ve cuando está nervioso—. Ya hemos hablado de esto.

—También viene Katherine, la hija de los Morrison. Acaba de volver de París y...

Debería irme. Esta es la oportunidad perfecta para escapar mientras James lidia con su madre. Tengo mil detalles que ultimar para la boda de mi mejor amiga, y solo faltan dos días. Pero mis pies se niegan a moverse.

Es entonces cuando su mirada se cruza con la mía, y reconozco ese brillo peligroso en sus ojos. El mismo que apareció justo antes de...

Oh, no.

—En realidad, madre —da un paso hacia mí—, estoy saliendo con alguien.

—¿Qué? —Eleanor y yo preguntamos al unísono.

—Claire —su mano encuentra mi cintura y me atrae hacia él antes de que pueda escapar. El calor de su palma atraviesa la tela de mi vestido como una marca—. Claire Price.

Le clavo el codo en las costillas, pero él solo sonríe más ampliamente. Siempre ha disfrutado provocándome, desde el primer momento en que nos conocimos en la oficina de Marcus.

—¿La organizadora de la boda? —Eleanor nos estudia con interés —. Vaya, vaya... ¿Y desde cuándo...?

—Hace poco —la interrumpo, intentando separarme. El aroma de su colonia está haciendo que mi cerebro se cortocircuite—. Y, de hecho, es un malentendido. James y yo no...

—Estamos conociéndonos —me corta él, sus dedos apretando suavemente mi cintura en una advertencia—. ¿Verdad, cariño?

—Perfecto —Eleanor aplaude—. Entonces no te importará unirte a nosotros para cenar esta noche, ¿verdad, Claire? Me encantaría conocer mejor a la mujer que finalmente ha capturado el corazón de mi James.

Mi corazón se detiene. ¿Cenar? ¿Con Eleanor Richardson? ¿La mujer que una vez hizo llorar a una novia porque su vestido no era «suficientemente exclusivo»?

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo con los preparativos de la boda y...

—Por favor —James susurra contra mi oído, y el calor de su aliento me hace estremecer—. Te debo una. Te deberé mil.

—No —me separo bruscamente—. Encuentra a otra para tu pequeña farsa.

Me alejo a paso rápido, ignorando la voz de Eleanor preguntando si he dicho «farsa». Necesito aire. Necesito distancia. Necesito...

Necesito olvidar cómo se siente su cuerpo contra el mío.

JAMES

La observo marcharse, y Dios, esos tacones deberían ser ilegales. El vestido se ajusta a sus curvas de una forma que me hace recordar cómo se sentía su piel bajo mis manos aquella noche en el bar. Claire Price es la única mujer en Manhattan que me hace perder el control, y lo peor es que ni siquiera parece intentarlo.

De hecho, hace todo lo contrario.

Es frustrante. Es irritante. Es...

Es absolutamente irresistible.

—James —la voz de mi madre me devuelve a la realidad—. ¿Me vas a explicar qué está pasando?

—Lo siento, madre. Tengo que irme.

Mientras me dirijo hacia los ascensores, no puedo evitar sonreír. Claire Price puede pensar que ha ganado esta batalla, pero no sabe lo persistente que puedo ser cuando quiero algo.

Y la quiero a ella.

Este fin de semana.

En mi cama.

Y si tengo que convertirla en mi novia falsa para conseguirlo... que así sea.

Después de todo, siempre consigo lo que quiero. Y lo que quiero es ver a Claire Price perder el control otra vez.

Como aquella noche en la despedida de soltero.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla

dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder

directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¡CONTINÚA LEYENDO!

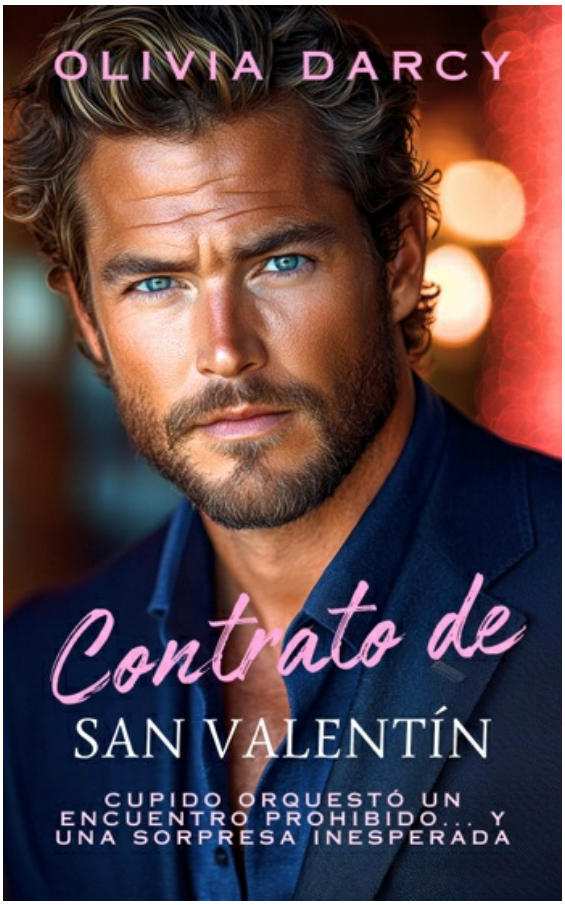
¿Qué harías si el mejor amigo del novio resultara ser irresistible... y una noche de pasión acabara con un «positivo» en el test?

Claire Price tiene una regla de oro: jamás mezclar trabajo y placer. Como la wedding planner más solicitada de Manhattan, ha organizado cientos de bodas perfectas, pero la de su mejor amiga Emma promete ser diferente. No por los preparativos, sino porque **James Richardson**, el irresistible y mujeriego mejor amigo de Marcus, parece decidido a hacerle romper todas sus reglas.

Una noche de champán en la despedida de soltero lo cambió todo... y ahora, cuando James le propone fingir ser su novia durante el fin de semana de la boda para mantener alejada a su entrometida madre, Claire sabe que es una pésima idea. Especialmente porque guarda un secreto que ninguno de los dos esperaba... ¡y que no podrá ocultar durante mucho tiempo!

¡Y es que Cupido siempre tiene sus propios planes!

CONSÍGUELO AQUÍ


OLIVIA DARCY
Contrato de
SAN VALENTÍN
CUPIDO ORQUESTÓ UN ENCUENTRO PROHIBIDO... Y UNA SORPRESA INESPERADA

SOBRE LA AUTORA



¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas. Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: https://oliviadarcyautora.com/